CLÁSICOS
A MEDIDA



La conmovedora historia de cuatro niñas que crecerán rebelándose contra los roles que su sociedad les impone. El título en inglés de esta novela, «Little Women», significa literalmente «mujeres pequeñas», e intenta resaltar las peculiaridades de esa época de la vida en la que las chicas no son adultas todavía, pero tampoco son niñas. La historia de cuatro hermanas (Meg, Jo, Beth y Amy) y su cotidianidad durante la Guerra de Secesión norteamericana, en la que su padre está luchando, y los momentos tan difíciles que toda la familia debe afrontar. Una aventura del día a día en que cada suceso se vive como un descubrimiento o una oportunidad para crecer y cambiar.

Louisa May Alcott

Mujercitas

Clásicos a medida - 51

ePub r1.0
Titivillus 17.07.2023

Título original: *Little Women*
Louisa May Alcott, 1968
Ilustraciones: Begoña Fernández Corbalán

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1


Louisa May Alcott
Introducción

Una novela juvenil para todas las edades

Louisa May Alcott llevaba muchos años escribiendo cuando publicó la novela *Little Women* (*Mujercitas* en español) en el año 1768. Gracias a su actividad literaria, había conseguido cierta independencia económica, pero había publicado casi toda su obra bajo diferentes seudónimos, y era una desconocida para el gran público. Escribía sobre todo folletines góticos que se publicaban por entregas en distintas revistas, aunque también había publicado en la prensa una interesante serie de cartas escritas mientras trabajaba como enfermera en un hospital militar durante la guerra de Secesión.

Probablemente fueron estas cartas llenas sentido del humor y de detalles de la vida cotidiana las que atrajeron la atención del editor Thomas Niles, un amigo del padre de Alcott. Él fue quien le sugirió a Louisa que escribiese una novela utilizando el mismo tono de las cartas, pero con muchachas adolescentes como protagonistas. Se había dado cuenta de que existía un hueco en el mercado editorial que nadie estaba aprovechando, ya que no había novelas juveniles propiamente dichas, y menos aún dirigidas al público femenino.

Thomas Niles acertó de lleno, porque *Mujercitas* se convirtió en un éxito instantáneo en cuanto se publicó. La crítica la valoró muy positivamente desde el primer momento, y su popularidad se extendió con gran rapidez, especialmente entre las lectoras jóvenes, a quienes iba dirigida. Por ese motivo, se considera que este libro inaugura la literatura juvenil de corte realista, aunque en realidad se trata de una obra que puede disfrutarse a cualquier edad gracias a sus sólidos valores literarios, la naturalidad de los personajes y la agilidad de su estilo.

Una autobiografía novelada

La primera sorprendida por el éxito de *Mujercitas* fue la propia autora. Louisa May Alcott había aceptado la sugerencia de Niles porque su familia

necesitaba dinero, pero no estaba nada convencida de que el proyecto fuese a salir bien. Ella misma contó en sus entrevistas lo difícil que le había resultado el proceso de escritura, y lo insegura que se sentía cuando terminó.

El motivo de sus dudas era que nunca se había interesado por los «asuntos de chicas», y sus mejores amigos eran todos varones. Pensaba que no sería capaz de inventar personajes femeninos creíbles… hasta que se dio cuenta de que podía utilizar como modelos a las personas que mejor conocía: ella misma y sus tres hermanas.

En muchos aspectos, *Mujercitas* se puede considerar una biografía novelada. El personaje protagonista, Jo, tiene muchos rasgos de la propia escritora, y el ambiente doméstico que describe refleja las vivencias de los Alcott, una familia muy poco convencional, con un padre filósofo que nunca tuvo un empleo y una madre de origen aristocrático que fue una de las primeras trabajadoras sociales del mundo. Al igual que en la novela, las cuatro hermanas Alcott combinaban sus aficiones artísticas con distintos trabajos que realizaban para ayudar en la economía familiar, y en su casa reinaba un ambiente de creatividad y libertad muy poco corriente en los hogares burgueses del siglo XIX. Louisa reflejó a la perfección esas peculiaridades de su adolescencia, aunque en algunos aspectos prefirió apartarse de sus propias experiencias. Por ejemplo, la familia March no es tan pobre como los Alcott, que a menudo llegaron a pasar hambre, y el padre tiene un talante más conciliador y comprensivo que Amos Bronson Alcott, el padre de Louisa en la vida real.

El título del libro

El título en inglés de esta novela, *Little Women*, significa literalmente «mujeres pequeñas», e intenta resaltar las peculiaridades de esa época de la vida en la que las chicas no son adultas todavía, pero tampoco son niñas. En realidad, el título contenía toda una declaración de intenciones, porque significaba que en aquella historia se iban a tomar en serio los problemas de las adolescentes, y no se las iba a tratar con condescendencia. El tema de la novela es precisamente ese: los esfuerzos de cuatro hermanas durante la pubertad para entenderse a sí mismas y crecer como personas.

La aventura de cada día

Louisa May Alcott tenía mucha experiencia como escritora de novelas folletinescas con argumentos complicados y giros sorprendentes en cada capítulo. Curiosamente, esto le sirvió para crear la estructura y el estilo de *Mujercitas*, una novela totalmente realista. Su habilidad para transformar las pequeñas anécdotas de la vida cotidiana en grandes acontecimientos y las esperanzas, miedos y deseos de las protagonistas en un torbellino de emociones para el lector es una de las claves del éxito de la novela y de su conexión con el público. No era nada fácil convertir el día a día de cuatro muchachas americanas de clase media en una aventura donde cada suceso se viviese un descubrimiento o una oportunidad para crecer y cambiar. Louisa lo consiguió, y el resultado nos parece convincente porque, en la vida real, es así también como nosotros interpretamos lo que nos sucede: todo es importante, todo tiene significado, y cada pequeño suceso añade un nuevo capítulo o un giro de guion a nuestras vidas.

La cuestión de género

Aunque el título del libro y el recuerdo de algunas versiones cinematográficas edulcoradas puedan resultar «cursis» para un lector del siglo XXI, lo cierto es que esta obra sigue siendo tan rompedora y revolucionaria como cuando Alcott lo escribió. Y en el centro de su planteamiento se encuentra, sin duda, la cuestión de los derechos de las mujeres y de su papel dentro de las sociedades modernas. Gracias a la educación que había recibido, Louisa era una feminista decidida, y durante toda su vida defendió la causa de las sufragistas (movimiento que reclamaba el derecho al voto para las mujeres). Su propia biografía refleja la importancia que tenían estas ideas para ella, ya que decidió no casarse y se propuso desde la adolescencia conseguir la independencia económica. Eso explica que los personajes del libro nos resulten tan modernos. A diferencia de lo que sucedía con las protagonistas de la mayoría de las novelas de entonces, Jo y sus hermanas no tienen como único objetivo en la vida el de casarse y replicar los roles femeninos tradicionales. Cada una busca su propio camino, que a menudo se aparta de lo que se esperaba de una mujer en la segunda mitad del siglo XIX.

Algunas adaptaciones recientes de la obra, como la película dirigida por Greta Gerwig en 2019, subrayan esta perspectiva de género. Pero la novela original es mucho más que un alegato en defensa de la igualdad de las mujeres, ya que aborda toda la complejidad de los cambios que afrontan los adolescentes de ambos sexos en su transición hacia la edad adulta.

El comienzo de una saga

Tras el éxito de *Mujercitas*, Louisa recibió un aluvión de cartas de las lectoras pidiéndole que escribiese una segunda parte, y ella respondió escribiendo en tres meses la secuela del libro, situada cuatro años más tarde y titulada en español *Aquellas mujercitas*. En este segundo libro de la serie vemos cómo ha evolucionado cada hermana, sus problemas amorosos y el terremoto que sacude la vida doméstica de todas ellas cuando Beth vuelve a enfermar. El éxito fue tan abrumador como el de la novela original, y las dos partes se publican juntas a menudo. Casi todas las versiones cinematográficas combinan los sucesos de *Mujercitas* con los de *Aquellas mujercitas*.

Algunos años después, Alcott publicó un tercer libro de la serie, protagonizado por los alumnos de Jo en el colegio que ella funda con su marido. El libro se publicó en español con el título de *Hombrecitos*, y tiene como tema principal la educación. En 1886, la autora publicó la última entrega de la saga, *Los muchachos de Jo*, donde nos reencontramos con los personajes de *Hombrecitos* cuando ya están en la universidad.

Esta edición

Esta versión de *Mujercitas* no incluye el texto íntegro de la obra de Louisa May Alcott. Se trata de una traducción directa del original en inglés en la que se han omitido algunos capítulos relacionados con las tramas secundarias de la historia y se han fusionado y simplificado otros. Hemos procurado conservar íntegramente el estilo de Alcott tanto en las descripciones como en los diálogos, y únicamente hemos eliminado una parte de los textos que figuran en la novela como transcripciones de los cuentos, artículos y obras de teatro de Jo, así como algunas reflexiones morales o filosóficas que podrían resultar complicadas para el público juvenil. En algunos casos hemos incluido algún poema o canción, traduciéndolo libremente para no perder el ritmo y la rima, esenciales en el original.

Esperamos que este primer acercamiento a la obra anime a los lectores a leer también la versión original, y a atreverse con la segunda parte, *Aquellas mujercitas*, que, sin duda, les resultará tan satisfactoria y adictiva como la primera.


Jo
Beth
Amy
Meg
Mujercitas

El juego de los peregrinos

NAVIDAD SIN REGALOS NO parece Navidad —murmuró Jo, tumbada en la alfombra.

—¡Es tan horrible ser pobre! —suspiró Meg echando una ojeada a su viejo vestido.

—Creo que no es justo que algunas chicas tengan tantas cosas bonitas y otras ninguna —añadió la pequeña Amy en tono herido.

—Tenemos a Padre y a Madre, y nos tenemos unas a otras —dijo Beth apaciblemente desde su rincón.

Los cuatro rostros juveniles, que reflejaban el fuego de la chimenea, se iluminaron con aquellas palabras reconfortantes, pero volvieron a oscurecerse cuando Jo dijo con tristeza:

—A padre no lo tenemos, y no lo tendremos en mucho tiempo.

No dijo «quizá nunca más», pero cada una lo añadió mentalmente, pensando en lo lejos que estaba su padre, en el frente[1].

Nadie habló durante un minuto. Después, Meg dijo en un tono diferente:

—Sabes que la razón de que Madre haya propuesto que no haya regalos esta Navidad es porque va a ser un invierno duro para todo el mundo. Y piensa que no debemos gastar por gastar mientras nuestros hombres sufren en el ejército. No podemos hacer mucho, pero sí estos pequeños sacrificios, y deberíamos estar contentas de poder hacerlos. Aunque yo no lo estoy.

Meneó la cabeza mientras pensaba con pesar en todas las cosas bonitas que quería.

—No creo que ninguna de vosotras sufra tanto como yo —exclamó Amy —. Porque no tenéis que ir al colegio con chicas impertinentes que se burlan de ti si no te sabes la lección y se ríen de tus vestidos y hablan mal de tu padre si no es rico, y te insultan si tu nariz no es perfecta.

—¿No te gustaría que tuviésemos el dinero que papá perdió cuando éramos pequeñas, Jo? —preguntó Meg, que aún se acordaba de los viejos tiempos—. Madre mía… ¡Qué felices y qué buenas seríamos si no tuviésemos preocupaciones!

—El otro día dijiste que somos mucho más felices que los niños de los King, que están todo el día peleándose y quejándose, a pesar de tener mucho dinero.

—Lo dije, Beth. No sé, supongo que lo somos. Porque, aunque tenemos que trabajar, nos divertimos, y formamos una panda de cuidado, como diría Jo.

—¡Jo habla de una manera tan vulgar! —dijo Amy con una mirada de reprobación hacia la figura tendida en la alfombra.

Jo se sentó de inmediato, se metió las manos en los bolsillos y empezó a silbar.

—No lo hagas, Jo. ¡Es tan masculino!

—Por eso lo hago.

—¡Detesto a las chicas rudas y poco femeninas!

—¡Y yo detesto a las cursis relamidas!

—Vamos, chicas, ninguna de las dos tenéis razón —dijo Meg, metida en su papel de hermana mayor—. Eres lo bastante mayor para dejar ya de una vez esas tonterías de chicos y comportarte mejor, Josephine. Cuando eras pequeña no importaba tanto, pero ahora que eres tan alta y que ya te recoges el pelo, deberías recordar que eres una señorita.

—¡No lo soy! Y si recogerme el pelo me convierte en una, iré con trenzas hasta los veinte —exclamó Jo. Y, arrancándose la redecilla, liberó su larga melena castaña—. Odio pensar que tengo que crecer y convertirme en la señorita March[2], y llevar vestidos largos, y parecer tan remilgada como una margarita de porcelana. ¡Ya es bastante malo ser una chica, cuando lo que me gustan son los juegos y los trabajos y los modales de los chicos! No puedo superar mi desilusión por no ser un chico. Y ahora es peor que nunca, porque me muero de ganas de ir a luchar con papá. Y lo único que puedo hacer es quedarme en casa y tejer, como una anciana encogida.

Jo sacudió el calcetín del ejército que estaba tejiendo hasta que las agujas tintinearon como castañuelas, y su ovillo salió rodando por el suelo.

—¡Pobre Jo! Es una lástima, pero no se puede hacer nada, así que tendrás que contentarte con que tu nombre suene a chico y jugar a ser nuestro hermano —dijo Beth, acariciando el rostro áspero con una mano enrojecida que, a pesar de tanto limpiar y lavar, no había perdido su suavidad.

—Y en cuanto a ti, Amy —continuó Meg—. Eres demasiado caprichosa y remilgada. Esos aires que te das ahora resultan graciosos, pero cuando crezcas parecerás una oca engreída, si no andas con cuidado. Me gustan tus buenos

modales y tu manera refinada de hablar cuando no intentas ser elegante. Pero tus palabras absurdas son tan malas como las vulgaridades de Jo.

—Si Jo es un chicarrón y Amy una oca, ¿yo que soy, a ver? —preguntó Beth, lista para ser incluida en el sermón.

—Tú eres un cielo y nada más —contestó Meg cálidamente; y nadie la contradijo, porque el «ratoncito» era la preferida de la familia.

Las cuatro hermanas estaban sentadas tejiendo a la luz del crepúsculo mientras la nieve caía suavemente en el exterior y el fuego crepitaba alegre en la chimenea. Era una habitación confortable, aunque la alfombra estaba algo descolorida y el mobiliario era sencillo. Un par de cuadros buenos adornaban las paredes, había libros por todos los rincones, en las ventanas florecían los crisantemos y las rosas de Navidad, y una atmósfera agradable y hogareña lo impregnaba todo.

Margaret, la mayor de las cuatro, tenía dieciséis años y era muy guapa, de piel clara y un poco rellenita, con los ojos grandes, una abundante melena castaña, labios dulces y las manos, de las que estaba bastante orgullosa, especialmente blancas. A sus quince años, Jo era muy alta, delgada y morena, y su aspecto recordaba un poco al de un potrillo, porque nunca parecía saber qué hacer con sus largas extremidades, que le estorbaban para casi todo. Tenía una boca decidida, una nariz algo cómica y unos agudos ojos grises a los que nada se les escapaba y que podían volverse fieros, divertidos o pensativos, según el momento. Su mayor orgullo era su largo y espeso cabello, aunque lo solía llevar recogido en una redecilla para que no le molestara. Elizabeth, o Beth, como la llamaba todo el mundo, era una niña de trece años con las mejillas sonrosadas, el pelo liso y los ojos brillantes, de modales tímidos y con una expresión pacífica que rara vez se alteraba. Su padre la llamaba «señorita Tranquilidad», y el nombre le iba estupendamente, porque parecía vivir en un mundo feliz del que solo salía para comunicarse con las escasas personas en las que confiaba y a las que quería. Amy, a pesar de ser la más joven, se tenía por una persona de gran importancia. Pálida y esbelta, con la piel muy blanca, ojos azules y cabellos rubios que le caían sobre los hombros formando tirabuzones, siempre se comportaba como una pequeña dama, y cuidaba mucho sus modales.

El reloj dio las seis y Beth, después de recoger las cenizas de la chimenea, colocó ante ella un par de zapatillas para que se calentaran. La imagen de aquel viejo calzado tuvo un efecto positivo en las chicas, porque significaba que su madre estaba a punto de llegar, y todo se iluminaba para recibirla. Meg dejó sus sermones y encendió la lámpara, Amy se levantó del sillón sin que

nadie se lo pidiera, y Jo se olvidó de lo cansada que estaba al coger las zapatillas y acercarlas al fuego.

—Están bastante desgastadas. Necesita unas nuevas.

—Creo que se las compraré con mi dólar —dijo Beth.

—No, se las compraré yo —protestó Amy.

—Yo soy la mayor —comenzó Meg; pero Jo la interrumpió con decisión.

—Yo soy el hombre de la familia ahora que papá no está, y yo conseguiré las zapatillas, porque me dijo que cuidara de mamá en su ausencia.

—Ya sé lo que haremos —dijo Beth—. Que cada una le regale una cosa por Navidad, en lugar de comprarnos algo para nosotras.

—¡Que idea tan propia de ti, Beth! —exclamó Jo—. ¿Y qué le compramos?

Todas se quedaron pensando unos instantes. La primera en hablar fue Meg, a quien la visión de sus preciosas manos le había dado una idea.

—Yo le regalaré unos guantes bonitos.

—Yo, zapatos del ejército, los mejores que hay —decidió Jo.

—Yo pañuelos bien rematados —dijo Beth.

—Yo, un frasco de agua de colonia. Le encanta, y no me costará mucho, así me quedará algo para comprarme unos lápices —explicó Amy.

—¿Y cómo le daremos los regalos? —preguntó Meg.

—Los podemos poner en la mesa y llevarla hasta allí y esperar a que los abra —contestó Joe—. Como solíamos hacer en los cumpleaños, ¿no os acordáis?

—A mí me daba miedo cuando me tocaba sentarme en la silla con la corona puesta mientras vosotras desfilabais con los regalos y me ibais dando un beso cada una. Me gustaban los regalos y los besos, pero era horrible veros allí sentadas mirándome mientras yo abría los paquetes —dijo Beth, que estaba tostando sus mejillas y el pan al mismo tiempo para la hora del té.

—Dejaremos que Madre piense que vamos a comprar cosas para nosotras y le daremos una sorpresa. Tendremos que ir a comprar mañana por la tarde, Meg. Nos queda mucho trabajo todavía con la obra de teatro de Navidad —dijo Jo caminando arriba y abajo con las manos a la espalda y la nariz levantada hacia el techo.

—Esta es la última vez que pienso actuar. Ya soy demasiado mayor para esas cosas —observó Meg, que disfrutaba tanto jugando a disfrazarse como cualquier niña.

—No vas a dejarlo, estoy segura. Al menos, mientras puedas pasearte con un largo vestido blanco, el pelo suelto y joyas de papel dorado. Eres la mejor

actriz que tengo, y todo se estropearía si tú lo dejas. Esta noche hay que ensayar. Ven aquí, Amy, y haz la escena del desmayo, porque te pones rígida como un palo cuando llegas a esa parte.

—No puedo evitarlo. Nunca he visto a nadie desmayarse, y no pienso llenarme de moretones tirándome en plancha como haces tú. Si puedo deslizarme suavemente hasta el suelo, lo haré. Si no puedo, me caeré sobre una silla con elegancia. Me da igual que Hugo me esté apuntando con una pistola —replicó Amy, que no tenía grandes dotes para el teatro, pero era la heroína porque, gracias a su corta estatura, el villano de la obra podía llevársela en brazos mientras gritaba.

—Hazlo así. Entrelaza las manos suplicando y atraviesa la habitación dando tumbos mientras gritas frenética: «¡Rodrigo! ¡Rodrigo! ¡Sálvame! ¡Sálvame!».

Mientras hablaba, Jo hizo una demostración que terminó con un melodramático grito que les puso a todas los pelos de punta.

Amy intentó imitarla, pero avanzaba tiesa como un palo, como un autómata, y su «Oh» sonó más al de alguien que se clava un alfiler que a miedo y angustia. Jo gruñó desesperada mientras Meg se reía a carcajadas, y a Beth se le quemó el pan al distraerse mirando la escena.

—Es una pérdida de tiempo. Hazlo lo mejor que puedas cuando llegue el momento, y, si el público se echa a reír, que nadie me eche la culpa. Vamos, Meg.

A partir de ahí, las cosas fluyeron sin sobresaltos, y don Pedro desafió al mundo en un discurso de dos páginas sin una sola interrupción. La bruja Hagar entonó un lúgubre sortilegio sobre su caldera humeante llena de sapos hirvientes, Rodrigo rompió sus cadenas como un héroe, y Hugo murió en una agonía de remordimiento y arsénico[3] pronunciando al final un salvaje «Jaa Jaa»…

—Es la mejor que hemos hecho —dijo Meg cuando terminaron.

—No sé cómo puedes escribir cosas tan maravillosas, Jo. ¡Eres como Shakespeare[4]! —declaró Beth, convencida de que sus hermanas estaban dotadas de la más asombrosa genialidad.

—No tanto —replicó Jo modestamente—. Sí creo que *La maldición de las brujas*, una tragedia operística, es bastante buena, pero me gustaría probar también con *Macbeth*. Siempre he querido interpretar la parte del crimen. «¿Es una daga eso que veo ante mí?».

—No, es un tenedor, con la zapatilla de mamá tostándose en lugar del pan. ¡Beth está hipnotizada por la obra! —exclamó Meg, y el ensayo terminó

con una carcajada general.

—Me alegro de encontraros tan contentas, hijas —dijo una voz cálida desde la puerta, y las actrices se dieron la vuelta para dar la bienvenida a una dama alta, de aspecto maternal, que no iba vestida elegantemente, pero tenía un cierto aire de nobleza.

—Bueno, ¿cómo ha ido el día? Había tanto que hacer, con las cajas que tienen que salir mañana, que no pude escaparme a comer. ¿Ha venido alguien, Beth? ¿Qué tal tu catarro, Meg? Jo, pareces cansada. Ven y dame un beso, mi niña.

Mientras hacía estas preguntas, la señora March se quitó los zapatos mojados, se puso las zapatillas, se sentó en un sillón y le dio un cariñoso abrazo a Amy, preparándose para disfrutar del momento más feliz de la jornada. Las chicas se apresuraron a prepararlo todo para que ella se sintiese cómoda. Meg puso la mesa, Jo trajo leña y acercó las sillas, Beth iba y venía del salón a la cocina, serena y ocupada, mientras Amy les daba instrucciones a todas sin levantarse de su asiento.

Cuando por fin se sentaron todas a tomar el té, la señora March dijo, con una mirada especialmente alegre:

—Tengo un regalo para después.

Una sonrisa iluminó uno a uno, como un rayo de sol, los rostros de las cuatro hermanas.

—¡Una carta! —exclamó Jo—. ¡Una carta de padre!

—Sí, una carta larga y bonita. Se encuentra bien, y cree que terminará el invierno mejor de lo que pensábamos. Nos felicita la Navidad, y manda un mensaje especial para vosotras.

—¡Pues deprisa, vamos a terminar cuanto antes! —dijo Jo atragantándose con el té y dejando caer la tostada en la alfombra por el lado de la mantequilla, de pura impaciencia.

Beth ya no comió más, y se fue a su rincón a esperar el momento mientras las otras se preparaban.

—Cómo me gustaría poder ir yo también a la guerra. De tamborilera… o de enfermera. Así podría estar con él y ayudarle.

—Pobre papá —suspiró Amy—. Debe de ser muy desagradable dormir en una tienda y comer esas cosas tan malas, y beber en una taza de latón.

—¿Cuándo volverá, madre? —preguntó Beth con un temblor en la voz.

—No en unos cuantos meses, hija, a no ser que se ponga enfermo. Se quedará a cumplir su deber todo el tiempo que pueda, y nosotras no le pediremos que vuelva ni un minuto antes. Bueno, venid a escuchar la carta.

Se acercaron todas al fuego, la madre en el sillón grande con Beth sentada a sus pies, Meg y Amy situadas una en cada brazo, y Jo apoyada en el respaldo, donde nadie podría notar su emoción si la carta se volvía especialmente conmovedora. Y en aquellos tiempos, pocas cartas había que no resultasen conmovedoras, sobre todo las de los padres que escribían a casa. En esta se hablaba poco de las asperezas de la vida en el frente, los peligros cotidianos y la nostalgia del hogar. Era una carta alegre y llena de esperanza, con vívidas descripciones de la vida militar, las marchas, las noticias de la guerra… Solo al final, el escritor se permitía dejarse llevar por los sentimientos y el amor hacia su familia.

Dales a todas mi cariño y un beso. Diles que pienso en ellas durante el día, que rezo por ellas cada noche, y que son en todo momento mi mayor consuelo. Un año todavía sin verlas parece muy largo, pero recuérdales que, mientras esperamos, debemos trabajar todos para que estos meses tan duros no sean inútiles. Sé que se acordarán de todo lo que les dije, que se portarán bien contigo, que cumplirán su deber y que lucharán contra sus flaquezas con valentía. Y sé que saldrán vencedoras, y que cuando vuelva podré estar más orgulloso que nunca de mis mujercitas.

Todas lloraron al llegar a aquella parte. Jo no se avergonzó por la gruesa lágrima que colgaba de la punta de su nariz, y a Amy no le importó que los rizos se le aplastasen cuando enterró la cara en el regazo de su madre mientras sollozaba:

—¡Soy una egoísta! Pero voy a intentar de verdad ser mejor, para que no se sienta decepcionado conmigo cuando vuelva.

—Todas lo vamos a hacer —dijo Meg—. Yo pienso demasiado en mi aspecto y odio trabajar, pero voy a intentar cambiar, si puedo.

—Yo voy a intentar ser lo que nos llama en la carta, una «mujercita», y no una salvaje, y me centraré en cumplir mi deber aquí en lugar de soñar con estar en otro sitio —dijo Jo, convencida de que mantener la calma en casa era mucho más difícil que enfrentarse a un rebelde o dos allá en el Sur[5].

Beth no dijo nada, pero se limpió las lágrimas con el calcetín azul del ejército que estaba tejiendo y luego reanudó su labor, para no perder ni un segundo en poner en práctica sus propósitos.

La señora March rompió el silencio que siguió a las palabras de Jo diciendo en tono alegre:

—¿Os acordáis de cuando erais pequeñas y jugabais al Progreso del peregrino[6]? Lo que más os gustaba en el mundo era que os atase las mochilas a la espalda, os hiciese encargos y os diese vuestros sombreros y bastones para recorrer toda la casa desde el sótano, que era la Ciudad de la Destrucción, hasta el desván, donde juntabais todas las cosas que habíais reunido para construir la Ciudad Celestial.

—¡Qué divertido era! Sobre todo, pasar junto a los leones, y luchar con Apolión, y cruzar el Valle de los Duendes —dijo Jo.

—A mí me gustaba llegar al sitio donde se abandonaban las cargas y las dejábamos rodar escaleras abajo —suspiró Meg.

—Yo no me acuerdo de casi nada, solo de que me daba miedo entrar en el sótano, y de que me encantaban el pastel y la leche que nos encontrábamos al llegar arriba. Si no fuese demasiado mayor para esas cosas, me encantaría volver a jugar a eso otra vez —dijo Amy, que había empezado a hablar de renunciar a las cosas de niños al cumplir doce años.

—Nunca somos demasiado mayores para eso, hija, porque es un juego al que estamos jugando siempre de una manera o de otra. Nuestras cargas están aquí, tenemos el camino delante, y el deseo de ser felices y de hacer el bien nos guía para superar todos los problemas y errores antes de llegar a la verdadera Ciudad Celestial. Así que suponed que volvemos a empezar, pero esta vez no como un juego, sino en serio, y vamos a ver hasta doónde podemos llegar antes de que Padre vuelva a casa.

—¿De verdad, mamá? ¿Y cuáles son nuestras cargas? —preguntó Amy, que era una jovencita muy literal.

—Cada una de vosotras acaba de explicarla en voz alta, excepto Beth. Yo creo que no tiene ninguna —dijo su madre.

—Sí, sí la tengo. Son los platos y los plumeros, y envidiar a las chicas que tienen pianos buenos, y tener miedo de la gente.

La «mochila» descrita por Beth era tan curiosa que todas se habrían echado a reír, pero ninguna lo hizo, porque habrían herido sus sentimientos.

—Hagámoslo —dijo Meg pensativa—. Es solo otro nombre para intentar ser buenas, pero la historia nos puede ayudar, porque, aunque queramos serlo, es muy duro y se nos olvida, y no nos esforzamos al máximo.



—Hoy estábamos en el Pantano del Desconsuelo, y madre nos ha ayudado a salir. ¿Adónde tendríamos que ir ahora? —preguntó Jo, encantada de poder

adornar los deberes cotidianos con un poco de fantasía.

—La mañana de Navidad, mirad debajo de vuestras almohadas y encontraréis vuestras guías —contestó la señora March.

Hablaron sobre el nuevo plan mientras la vieja Hannah quitaba la mesa, y después sacaron sus cuatro pequeñas cestas de labores, y las agujas volaban en sus dedos mientras cosían sábanas para la tía March[7]. A ninguna le interesaba especialmente aquello de coser, pero esa noche no protestaron. Pusieron en práctica el plan de Jo de dividirse las costuras más largas en cuatro partes, llamándolas Europa, Asia, África y América, y de esa manera se lo pasaron estupendamente, sobre todo porque iban hablando de los diferentes países cuando les tocaba coser a través de ellos.

A las nueve dejaron de trabajar y cantaron un rato antes de irse a la cama, como hacían siempre. Solo Beth tocaba el piano, pero lo hacía admirablemente, acompañando las sencillas canciones que entonaban. Meg tenía una voz aflautada, y ella y su madre dirigían el pequeño coro. Amy gorjeaba como un grillo, y Jo canturreaba con su peculiar estilo, soltando siempre una nota demasiado grave o desafinada en el momento cumbre. Llevaban haciéndolo así desde que aprendieron a hablar, y se había convertido en una costumbre de la casa, porque su madre era una cantante con un talento natural. El primer sonido de la mañana era siempre su voz mientras iba y venía por la casa cantando como una alondra, y el último sonido de la noche era aquella misma voz cálida y alegre, porque ninguna de las muchachas se sentía demasiado mayor para disfrutar de una melodiosa nana.

Una alegre Navidad

Jo fue la primera que se despertó en el gris amanecer de la mañana de Navidad. No había calcetines colgados en la chimenea, y, por un momento, se sintió tan decepcionada como aquella vez en que uno de sus pequeños calcetines se cayó al suelo por estar demasiado lleno de regalos. Después se acordó de la promesa de su madre y, deslizando la mano bajo la almohada, sacó un librito[8] de cubierta púrpura. Lo conocía muy bien: era la preciosa historia de la vida más bella que se ha vivido, y bien podía servir como guía para cualquier peregrino.

Despertó a Meg con un «Feliz Navidad» y le recordó que mirase bajo su almohada. Apareció un libro de cubierta verde, pero con el mismo grabado dentro, y unas pocas palabras escritas por su madre. Enseguida se despertaron también Beth y Amy y encontraron sus libros, uno de color gris y otro azul. Las cuatro se sentaron a mirarlos y a hablar de ellos mientras, por el este, el cielo se iba tiñendo de rosa.

Media hora más tarde, Meg y Jo bajaron a buscar a su madre para darle las gracias por el regalo, pero no la encontraron.

—Solo Dios sabe adónde habrá ido —les explicó Hannah—. Alguna pobre criatura vino pidiendo, y allá que se fue vuestra madre a ver dónde la necesitaban. No he visto nunca una mujer tan generosa.

Hannah vivía con la familia desde el nacimiento de Meg, y todas la consideraban más una amiga que una criada.

—Volverá pronto, creo yo, así que vamos a prepararlo todo —dijo Meg, mirando hacia la cesta de los regalos, que estaba escondida bajo el sofá—. Pero ¿dónde está el frasco de colonia de Amy?

—Lo cogió hace un momento para ponerle un lazo o algo por el estilo —contestó Jo, bailando por toda la habitación para ablandar la rigidez de sus zapatillas del ejército.

—Qué bonitos han quedado mis pañuelos, ¿a que sí? Hannah me los ha lavado y planchado, y yo los he bordado uno por uno —dijo Beth, orgullosa de las letras algo irregulares, que le habían costado tanto esfuerzo.

—¡Criatura! Has puesto «Madre» en lugar de «M.[9] March». ¡Qué gracioso! —dijo Jo, cogiendo uno.

—¿Y eso está mal? Pensé que era mejor así, porque las iniciales de Meg son M. M., y no quiero que estos los use nadie más que mamá —dijo Beth, preocupada.

—Está perfecto, cariño, y es una idea preciosa, y muy sensata, porque así nadie se confundirá. Le va a encantar, estoy segura —dijo Meg, mirando a Jo con el ceño fruncido.

—Ahí está madre. ¡Esconded la cesta, deprisa! —exclamó Jo al oír la puerta.

Amy entró apresuradamente, y se ruborizó al ver que sus hermanas la estaban esperando. Traía el abrigo puesto. Era ella la que acababa de entrar.

—¿Dónde estabas?, ¿y qué tienes ahí escondido? —preguntó Meg, sorprendida.

—¡No te rías de mí, Jo! Nadie tenía que enterarse hasta que llegase el momento. Solo quería cambiar el frasco pequeño por uno grande, y he dado todo mi dinero por él. Estoy intentando de verdad no ser egoísta.

Mientras hablaba, Amy mostró el elegante frasco que iba a remplazar al otro. Su declaración parecía tan sincera que Meg la abrazó en el acto, Jo afirmó que era un tesoro, y Beth corrió a la ventana a coger una rosa para adornar el perfume.

—Es que estaba un poco avergonzada de mi regalo, y, después de hablar sobre lo de ser buenas, nada más levantarme decidí ir corriendo a la tienda de la esquina y cambiarlo. La verdad es que estoy contentísima, porque, ahora, el mío es el mejor.

Se oyó de nuevo el ruido de la puerta de la calle. La cesta de los regalos volvió a su sitio bajo el sofá, y todas se sentaron a la mesa para desayunar.

—¡Feliz Navidad, mamá! ¡Feliz Navidad! Gracias por los libros. Hemos leído algo, y vamos a seguir un poco cada día —resonaron a la vez las voces de las cuatro hermanas.

—¡Feliz Navidad, hijas! Me alegro de que ya hayáis empezado a ponerlo en práctica, y espero que sigáis. Pero, antes de que nos sentemos, quería deciros una cosa. Cerca de aquí hay una pobre mujer con un bebé recién nacido. Sus otros seis hijos están todos metidos en una cama para no congelarse, porque no tienen fuego. Tampoco tienen nada que comer, y el niño mayor vino esta mañana para contármelo. Chicas, ¿me dais vuestro desayuno como regalo de Navidad?

Estaban todas muy hambrientas, porque llevaban esperando casi una hora, así que, en el primer momento, ninguna contestó. Sin embargo, Jo no tardó en romper el silencio.

—¡Me alegro de que hayas llegado antes de que empezáramos!

—¿Podemos ir nosotras a llevar la comida a esos niños? —preguntó Beth.

—Yo llevaré la nata y las magdalenas —añadió Amy, cediendo heroicamente lo que más le gustaba.

Meg ya estaba cortando rebanadas de pan y apilándolas en una bandeja.

—Sabía que lo haríais —dijo la señora March sonriendo orgullosa—. Vendréis todas y me ayudaréis, y, cuando volvamos, tomaremos pan y leche para desayunar. Ya lo compensaremos con la comida.

En cuanto estuvieron listas, la procesión partió. Afortunadamente era temprano, y fueron por callejuelas estrechas, así que poca gente las vio, y nadie pudo reírse de aquella extraña comitiva.

La madre enferma y sus hijos vivían en una miserable habitación con las ventanas rotas, sin fuego en la chimenea, y con harapos en lugar de sábanas y mantas. Un racimo de rostros hambrientos asomaba bajo la raída colcha con la que los niños intentaban protegerse del frío. Sus ojos se agrandaron de asombro y sus labios amoratados sonrieron al ver entrar a las chicas.

—*Ach, mein Gott!*[10] ¡Han venido unos ángeles! —dijo la mujer, con lágrimas de alegría.

—Pues vaya unos ángeles más absurdos, con guantes y capucha —contestó Jo, y todos se echaron a reír.

Unos minutos más tarde, parecía de verdad que la casa hubiese sido visitada por criaturas celestiales. Hannah, que había traído leña, encendió el fuego, y tapó los huecos de las ventanas usando sombreros viejos y su propio abrigo. La señora March le dio a la madre gachas y té, y la reconfortó prometiendo ayudarla mientras vestía al bebé con tanta ternura como si fuera suyo. Las chicas, entretanto, pusieron la mesa, acercaron a los niños al fuego y les dieron de comer como si fueran pajarillos hambrientos, todo ello sin parar de hablar y reír.

Fue un desayuno muy feliz, aunque no lo probaron. Y, cuando se fueron, no había en toda la ciudad cuatro personas más alegres que aquellas hambrientas muchachas que acababan de cambiar su desayuno de Navidad por un poco de leche con pan.

—Esto ha sido amar al prójimo más que a nosotras mismas, y me ha encantado —dijo Meg, sacando los regalos mientras la madre recogía ropa para los Hummels en el piso de arriba.

—¡Ya viene! ¡Empieza, Beth! ¡Abre la puerta, Amy! ¡Tres hurras para mamá! —exclamó Jo, mientras Meg salía a buscar a su madre para guiarla hasta el asiento de honor.

Beth se puso a tocar una alegre marcha, Amy abrió la puerta solemnemente, y Meg hizo de escolta con gran dignidad. La señora March se mostró a la vez sorprendida y conmovida, y sonreía con los ojos mientras iba examinando uno a uno los regalos y leyendo las notas que los acompañaban. Se puso las zapatillas al momento, se perfumó bien con la colonia de Amy, cogió la rosa para adornarse el vestido, y declaró que los guantes le sentaban a la perfección.

Hubo un montón de risas y besos y explicaciones, como suele ocurrir en esos momentos que ponen la guinda a las celebraciones familiares, y que terminan convirtiéndose en maravillosos recuerdos. Después, todas se pusieron a trabajar.

Dedicaron el resto del día a preparar la celebración de la noche. Como eran demasiado jóvenes para ir al teatro y tampoco se podían pagar una representación privada, las chicas habían hecho de la necesidad, virtud, y preparaban y ensayaban sus propias obras. Con guitarras de cartón, lámparas antiguas hechas de botes de mantequilla forrados con papel de plata, armaduras fabricadas con las tapas de los tarros de conserva y elegantes túnicas confeccionadas a partir de viejos retales, el decorado estaba listo para empezar la función. Cuando llegó la noche, una docena de niñas del vecindario se acomodó en la gran cama con dosel que hacía de patio de butacas, y las cortinas azules y amarillas de la cama sirvieron como telón.

Como no se admitía a ningún chico, Jo tenía que interpretar todos los papeles masculinos, y estaba encantada porque eso le permitía disfrazarse con unas altas botas de cuero que le había dado una amiga que conocía a una señora que conocía a un actor.

Lo reducido de la compañía obligaba a las dos actrices principales a interpretar varios personajes, y, desde luego, había que valorar el trabajo que suponía aprenderse tantos papeles diferentes y cambiarse de traje a toda prisa para pasar de uno a otro.



La representación de la tragedia operística estuvo a la altura de lo que se esperaba. Comenzó en un lúgubre bosque que no tardó en convertirse en una cueva donde el villano, Hugo, declaró su odio inmenso hacia el heroico Rodrigo. A partir de ahí, se sucedieron las invocaciones a la hechicera Hagar, que aparecía siempre iluminada con mucho dramatismo y conseguía ponerle al público la carne de gallina con sus impresionantes hechizos. Luego vinieron las escenas de amor entre Rodrigo y la bella Zara, quien, al descender de la torre por una cuerda, tropezó e hizo caer el castillo entero, enterrando a los desgraciados amantes bajo las ruinas. En el cuarto acto, Rodrigo estuvo a punto de clavarse un puñal porque creía que Zara había dejado de amarlo, pero justo en ese momento alguien se puso a cantar bajo su ventana para informarle de que Zara le quería y estaba en peligro, aunque aún podía salvarla. Solucionado ese escollo, en el quinto acto Zara se enfrentaba a su padre, don Pedro, que le había prohibido casarse con Rodrigo porque era pobre. Justo en ese momento llegaban una carta y una bolsa de parte de Hagar, misteriosamente desaparecida. La carta les informaba de que la hechicera había legado un tesoro de incalculable valor a la pareja, la bolsa resultaba estar llena de relucientes monedas, y los dos enamorados se

arrodillaban ante don Pedro para recibir su bendición antes de que cayese el telón.

El público estalló en un cálido aplauso, que se interrumpió bruscamente cuando las cortinas del dosel se cerraron de golpe, ocultando a las entusiastas espectadoras. Rodrigo y don Pedro acudieron al rescate y todo terminó en un ataque colectivo de risa. Todavía no se habían apagado las últimas carcajadas cuando apareció Hannah para anunciar que la cena estaba servida y que podían bajar.

Cuando las actrices vieron aquella mesa, se miraron asombradas unas a otras. Era típico de su madre darles una pequeña sorpresa, pero aquellas delicias no se habían visto en la casa desde los días de abundancia del pasado. Había helado, dos helados en realidad, uno rosa y otro blanco, y pastel y fruta y bombones franceses, y, en el centro de la mesa, cuatro grandes ramos de flores de invernadero.

Al principio no les salían ni las palabras, y los ojos de todas pasaron de la mesa a su madre, que parecía estar pasándoselo en grande con su reacción.

—¿Han sido las hadas? —preguntó Amy.

—Ha sido Santa Claus —afirmó Beth.

—No. Lo ha hecho madre —dijo Beth sonriendo.

—La tía March ha tenido un ataque de bondad y nos ha mandado la cena.

—Todas equivocadas. Ha sido el señor Laurence —replicó la señora March.

—¿El abuelo del joven Laurence? ¿Y cómo habrá tenido esa ocurrencia? ¡No lo conocemos! —exclamó Meg.

—Hannah le contó a una de sus criadas lo de vuestro desayuno. Es un caballero un tanto peculiar, pero parece que le gustó. Conocía a mi padre, y esta tarde me envió una nota muy educada expresando su amistad y pidiéndome permiso para enviar algunas cosas. No podía negarme, así que aquí tenéis vuestra fiesta de la noche para compensar el pan con leche del desayuno.

—Ese chico se lo metió en la cabeza, ¡sé que lo hizo! Es un tipo genial, y me encantaría que hiciésemos amistad con él. Actúa como si quisiese conocernos, pero es demasiado tímido, y Meg es tan remilgada que no me deja hablar con él cuando nos lo encontramos —dijo Jo mientras las bandejas iban y venían y el helado desaparecía entre «ohs» y «ahs» de satisfacción.

—Estáis hablando de la gente que vive al lado, en la casa grande, ¿no? —preguntó una de las niñas que había asistido a la representación—. Mi madre conoce al viejo Laurence, pero dice que es muy orgulloso y que no está

interesado en mezclarse con los vecinos. Tiene a su nieto encerrado, menos cuando sale a cabalgar o a pasear con su preceptor, y le hace estudiar muy duro. Nosotros lo invitamos a una fiesta, pero no vino. Mi madre dice que es un encanto, aunque nunca habla con las chicas.

—Una vez, nuestro gato se escapó, y él vino a devolvérnoslo, y hablamos un rato junto a la valla, y nos entendimos muy bien, sobre todo hablando de críquet[11], pero, cuando apareció Meg, salió corriendo. Pienso volver a hablar con él un día de estos, porque el pobre necesita divertirse, estoy segura de que lo necesita —dijo Jo con decisión.

—A mí me encantan sus modales, parece todo un caballero, así que no veo mal que tratéis con él si surge la oportunidad. Trajo las flores él mismo, y le habría invitado a quedarse si hubiese pensado que arriba lo recibiríais bien. Parecía tan melancólico cuando se fue, mientras oía las risas y el alboroto…

—Pues menos mal que no lo invitaste, madre —dijo Jo riendo y mirándose las botas—. Pero, para otra vez, haremos una obra a la que le podamos invitar. A lo mejor, hasta podría actuar.

—Nunca había tenido un ramo como este. ¡Es precioso! —exclamó Meg, examinando sus flores con gran interés.

—Son encantadoras. Pero las rosas de Beth aún me gustan más —dijo la señora March, oliendo la flor marchita que llevaba prendida en su cinturón.

Beth se abrazó a ella.

—Ojalá pudiera mandarle un ramo a papá —susurró—. No creo que el pobre esté teniendo una Navidad tan alegre como la nuestra.

El joven Laurence

¡JO! ¡JO! ¿DÓNDE ESTÁS? —llamó Meg al pie de las escaleras de la buhardilla.

—Aquí —susurró una voz ronca desde arriba.

Meg subió corriendo y se encontró a su hermana sentada en un viejo sofá de tres patas junto a la soleada ventana, envuelta en un edredón, comiendo manzanas y llorando por *El heredero de Redclyffe*[12]. Aquel era el refugio favorito de Jo, adonde se retiraba siempre que podía con un poco de fruta y un buen libro para disfrutar de la tranquilidad y de la compañía de una ratita que vivía allí como una especie de mascota. En cuanto Meg apareció, Scrabble corrió a esconderse en su agujero. Jo se secó las lágrimas con un pañuelo y se dispuso a escuchar las noticias.

—¡Qué divertido! ¡Ya verás! ¡Una invitación formal del señor Gardiner para mañana por la noche! —exclamó Meg, agitando ante ella el valioso papel, para luego proceder a leerlo con infantil excitación.

—«La señora Gardener tiene el placer de invitar a la señorita March y a la señorita Josephine a un baile la noche de fin de año». Mamá está de acuerdo en que vayamos. ¿Qué vamos a ponernos?

—¿Para qué preguntas eso, si sabes que llevaremos los vestidos de popelín[13] porque no tenemos nada más? —preguntó Jo con la boca llena.

—¡Si tuviera uno de seda! —suspiró Meg—. Mamá dice que a lo mejor puedo tener uno cuando cumpla dieciocho, pero dos años de espera son una eternidad.

—Estoy segura de que nuestros vestidos parecen de seda, y son suficientemente bonitos. El tuyo está prácticamente nuevo, pero se me habían olvidado el desgarro y la quemadura del mío. ¿Qué voy a hacer? La quemadura se ve muchísimo, y no hay forma de taparla.

—Tendrás que quedarte sentada todo el tiempo que puedas y no darle la espalda a nadie. Por delante está bien. Yo estrenaré un lazo para el pelo, y mamá me dejará su alfiler de perlas, y mis zapatos nuevos son preciosos, y mis guantes servirán, aunque no son tan bonitos como a mí me gustaría.

—Los míos están manchados de limonada, y no puedo comprarme unos nuevos, así que tendré que ir sin guantes —dijo Jo, a quien no le preocupaba demasiado el asunto de la ropa.

—Tienes que llevar guantes, o yo no voy —declaró Meg con decisión—. Los guantes son lo más importante de todo. No puedes bailar sin ellos, y, si no bailas, te sentirás fatal.

—Pues me quedaré quieta. No me interesa demasiado bailar en público. Siempre en círculos… no es divertido. A mí me gusta ir a mi aire y hacer la cabra.

—No puedes pedirle a Madre unos nuevos, son muy caros, y tú eres tan poco cuidadosa… Cuando estropeaste los que tienes, dijo que ya no te compraría otros este invierno. ¿No puedes arreglártelas con ellos?

Puedo llevarlos en la mano, así nadie se dará cuenta de las manchas que tienen. Eso sí podría hacerlo. ¡No! Ya sé cómo podemos arreglarlo. Cada una llevará un guante bueno y uno malo. ¿No lo ves?

—Tus manos son más grandes que las mías, y me lo vas a dar de sí. Se deformará todo… —comenzó Meg, que sentía una verdadera debilidad por sus guantes.

—Entonces me apañaré sin ellos. ¡A mí no me importa lo que diga la gente! —exclamó Jo, volviendo a su libro.

—¡No, no, te lo presto! Pero no lo manches, y compórtate bien. No pongas las manos a la espalda, ni te quedes mirando, ni digas «¡Por Cristóbal Colón!»… ¿Lo harás?

—Por mí no te preocupes. Seré todo lo remilgada que pueda y no me meteré en líos, si puedo evitarlo. Ahora, vete a contestar la nota, y déjame a mí terminar esta magnífica historia.

De modo que Meg se fue a «aceptar la invitación con su agradecimiento», a revisar su vestido y a cantar preparando su único cuello de encaje, mientras Jo terminaba su historia y sus cuatro manzanas.

La tarde de Nochevieja nadie bajó a la sala de estar, porque las dos hermanas pequeñas hicieron de ayudantes de las dos mayores en la importantísima tarea de prepararse para la fiesta. Aunque los vestidos eran sencillos, hubo mucho ajetreo, risas y charla, y en un momento dado el olor a pelo chamuscado llenó la casa entera. Meg quería unos rizos sobre su frente, y Jo se había ofrecido a hacérselos enroscándole el cabello sobre unos bigudíes[14] de papel con un par de tenacillas calientes.

—¿Es normal que echen tanto humo? —preguntó Beth, mirando desde la cama.

—Es la humedad, que tiene que evaporarse —replicó Jo.

—¡Qué olor tan raro! Como a plumas quemadas —observó Amy acariciándose sus bonitos tirabuzones con aire de superioridad.

—Ya está. Ahora, cuando quite los papeles, se verá una cascada de rizos —dijo Jo dejando a un lado las tenacillas.



Quitó los papeles, pero no hubo cascada de rizos, porque el pelo se desprendió con ellos, y la horrorizada peluquera tuvo que ir depositando una hilera de tirabuzones chamuscados en el escritorio, delante de su víctima.

—¡Ay, madre mía! ¿Qué has hecho? ¡Estoy desfigurada! ¡Ya no puedo ir! ¡Mi pelo! ¡Ay, mi pelo! —gimió Meg, mirándose con desesperación el desigual flequillo que ahora le cubría la frente.

—¡No es culpa mía! No debiste pedirme que lo hiciera, siempre lo estropeo todo. Lo siento mucho, pero las tenacillas estaban demasiado calientes, por eso ha salido tan mal —se justificó la pobre Jo, mirando aquellos pastelillos negros con lágrimas de arrepentimiento.

—No están tan mal. Simplemente rízatelo, y ponte el lazo de manera que las puntas te caigan un poco sobre la frente, y estarás a la última. Se lo he visto hacer a muchas chicas —dijo Amy para animar a su hermana.

—Me está bien empleado por tratar de parecer elegante. Ojalá hubiese dejado mi pelo como estaba —exclamó Meg con resentimiento.

—Sí, ojalá. Lo tenías liso y precioso. Pero bueno, volverá a crecer pronto —dijo Beth, acercándose a darle un beso para consolarla.

Después de algunos otros accidentes de menor importancia, Meg acabó de prepararse, y, gracias a los esfuerzos coordinados de toda la familia, el pelo de Jo terminó en un recogido, y su vestido perfectamente abrochado. Les sentaban muy bien aquellas ropas sencillas. Meg llevaba un vestido de tono plateado con un cuello de encaje, el alfiler de perlas y una redecilla de terciopelo azul en el pelo. El de Jo era marrón, con un cuello de lino rígido y algo masculino, y un par de crisantemos como único adorno. Cada una se puso uno de los guantes buenos y uno de los manchados, y las cuatro se declararon satisfechas con el resultado. Los zapatos de Meg tenían algo de tacón y le hacían daño, aunque no estaba dispuesta a admitirlo, y Jo tenía la sensación de que llevaba las diecinueve horquillas de su pelo directamente clavadas en la cabeza, lo cual no resultaba precisamente cómodo, pero la elegancia estaba por encima de todo.

—¡Pasadlo bien, hijas! —dijo la señora March cuando bajaron para irse —. No cenéis demasiado, y volved a las once cuando envíe a Hannah a buscaros.

Estaban cerrando la verja de la entrada, cuando una voz las llamó desde la ventana.

—¡Chicas, chicas! ¿Lleváis pañuelos bonitos?

—Sí, sí, llevamos pañuelos perfectos, y Meg le ha echado colonia al suyo —contestó Jo, para luego añadir, un poco más adelante—. Creo que mamá nos preguntaría eso aunque estuviésemos huyendo de un terremoto.

—Es uno de sus gustos aristocráticos, y muy adecuado, porque siempre se puede reconocer a una verdadera dama por sus botas limpias, sus guantes y su pañuelo —replicó Meg, que también tenía un montón de «gustos aristocráticos» propios.

—No te olvides de esconder la quemadura, Jo. ¿Llevo el lazo bien? ¿Y el pelo tiene muy mala pinta? —preguntó Meg, volviéndose para mirar a Jo después de exhaminar su aspecto en el espejo del vestíbulo del señor Gardiner.

—Sé que se me va a olvidar. Si me ves haciendo algo mal, recuérdamelo con un guiño, ¿vale? —contestó Jo, ajustándose el cuello y peinándose rápidamente con la mano.

—No, guiñar no es de señoritas. Subiré las cejas si algo está mal, y asentiré si todo va bien. Pon la espalda recta, da pasos cortos, y no vayas estrechando la mano a la gente. No es apropiado.

—¿Cómo has podido aprenderte todas esas reglas? Yo nunca podré. ¿No es alegre esa música?

Y allá fueron, sintiéndose un poco tímidas, porque no solían ir a fiestas, y, aunque aquella era una celebración informal, para ellas suponía un gran acontecimiento. La señora Gardiner, una elegante anciana, las saludó con amabilidad y las dejó en manos de la mayor de sus seis hijas. Meg conocía a Sally y no tardó en sentirse a gusto, pero Jo, que no disfrutaba demasiado con las conversaciones de chicas, se quedó por allí de pie, siempre procurando apoyar la espalda en la pared, y sintiéndose tan fuera de lugar como un potrillo en un jardín.

En otro rincón del salón, media docena de muchachos estaban charlando sobre patinaje. A ella le habría encantado irse con ellos, porque patinar era uno de sus pasatiempos favoritos. Comunicó sus deseos a Meg por señas, pero las cejas de su hermana se alzaron de una manera tan alarmante, que no se atrevió a moverse. Nadie vino a hablar con ella, y las otras chicas fueron dispersándose hasta que se quedó sola. No podía vagabundear a sus anchas y divertirse por su cuenta, porque se le vería la quemadura del vestido, así que se dedicó a mirar la gente con aire desamparado hasta que empezó el baile.

A Meg la sacaron a bailar enseguida, y sus apretados zapatos volaban con tal agilidad sobre el suelo que nadie se habría imaginado el daño que le hacían a su sufrida y sonriente propietaria. Jo vio a un pelirrojo alto que venía a su encuentro, y, temiendo que la invitase a bailar, se deslizó detrás de una cortina y se encontró en un saloncito reservado desde donde podía observar y disfrutar tranquila. Por desgracia, otra persona tímida había elegido el mismo refugio, porque, cuando se dio la vuelta, se encontró cara a cara con «el joven Laurence».

—¡Lo siento, no sabía que había alguien! —balbuceó Jo, preparándose para retirarse tan deprisa como había entrado.

Pero el chico se echó a reír y dijo en tono agradable, aunque un tanto sorprendido:

—No te preocupes por mí, quédate si quieres.

—¿No te molesto?

—Ni pizca. Solo he venido aquí porque no conozco a casi nadie y me sentía un poco raro al principio, ¿sabes?

—Lo mismo que yo. No te vayas, por favor…, a no ser que prefieras hacerlo.

El chico se sentó de nuevo y se miró los zapatos, hasta que Jo dijo, intentando mostrarse educada y desenvuelta:

—Creo que he tenido el placer de verte antes. Vives cerca de nuestra casa, ¿no?

—En la casa de al lado.

Levantó la vista hacia ella y se echó a reír, porque los modales remilgados de Jo le parecieron bastante cómicos, sobre todo al compararlos con la conversación sobre críquet que habían tenido cuando fue a devolverle el gato. Su reacción tranquilizó a Jo, que también soltó una carcajada.

—Disfrutamos mucho con tu regalo de Navidad —dijo.

—Lo envió mi abuelo.

—Pero la idea fue tuya, ¿a que sí?

—¿Cómo está su gato, señorita March? —preguntó el muchacho, tratando de mantener la compostura, aunque sus ojos brillaban de diversión.

—Estupendamente, gracias, señor Laurence. Pero yo no soy la señorita March, soy simplemente Jo.

—Y yo no soy el señor Laurence, soy simplemente Laurie.

—Laurie Laurence… Qué nombre tan curioso.

—En realidad me llamo Theodore, pero no me gusta, porque los compañeros me empezaron a llamar Dora, así que lo cambié por Laurie.

—Yo también odio mi nombre, ¡es tan sentimental! Ojalá todo el mundo me llamase Jo en lugar de Josephine. ¿Cómo conseguiste que los compañeros te dejasen de llamar Dora?

—Me pegué con ellos.

—Yo no puedo pegarme con la tía March, así que supongo que tendré que aguantarme. —Y Jo se resignó con un suspiro.

—¿No le gusta bailar, señorita Jo? —preguntó Laurie, que al parecer encontraba aquel nombre perfecto para ella.

—Me gusta bastante cuando hay sitio de sobra y cuando todo el mundo está animado. En un baile como este, estoy segura de que terminaría tirando algo, pisándole el pie a alguien o haciendo cualquier cosa horrible, así que prefiero evitar los problemas y dejarle todo el campo libre a Meg. Y tú, ¿no bailas?

—A veces. La verdad es que he vivido en el extranjero un montón de años, y desde que volví no me he relacionado tanto como para saber cómo se hacen las cosas por aquí.

—¡En el extranjero! —exclamó Jo—. ¡Por favor, cuéntamelo! Me encanta oír a la gente hablar de sus viajes.

Laurie no parecía saber por dónde empezar, pero las preguntas llenas de interés de Jo le fueron indicando el camino, y le contó que había estado en un

colegio en Vevay[15] donde los chicos nunca llevaban sombrero y había botes en el lago, y en vacaciones se iban a hacer excursiones por toda Suiza con sus profesores.

—¡Cómo me gustaría ir allí! —dijo Jo—. ¿Estuviste en París?

—Pasamos allí el último invierno.

—¿Sabes francés?

—En Vavay no nos permiten hablar en otro idioma.

—¡Di algo! Yo puedo leerlo, pero no sé pronunciarlo.

—*Quel nom a cette jeune demoiselle en les pantoufles jolis?*

—¡Qué bien lo haces! Espera, a ver…, has dicho… «¿quién es esa joven de las zapatillas bonitas?»

—*Oui, mademoiselle*[16].

—Es mi hermana Margaret, ¡y ya lo sabías! ¿Te parece guapa?

—Sí. Me recuerda a las chicas alemanas. Parece tan encantadora y serena… y baila como una dama.

Jo resplandeció de placer al oír aquel elogio de su hermana, y lo retuvo en la memoria para repetírselo a Meg más tarde. Los dos estuvieron espiando y criticando y charlando hasta que se sintieron como viejos amigos. La timidez de Laurie no tardó en desaparecer, porque los modales masculinos de Jo le divertían y a la vez le hacían sentirse cómodo, mientras Jo volvía a ser ella misma, porque se había olvidado de su vestido y nadie la miraba levantando las cejas. El joven Laurence le caía mejor que nunca, y no perdía ocasión de observarlo para luego poder describirlo en casa, porque no tenían hermanos, muy pocos primos varones, y los chicos les resultaban seres prácticamente desconocidos.

«Pelo oscuro y rizado, piel morena, grandes ojos negros, nariz elegante, dientes bonitos, manos y pies pequeños, más alto que yo, muy educado para ser un chico, y muy alegre. Me pregunto cuántos años tendrá…».

Jo estuvo a punto de formular la pregunta en voz alta, pero se contuvo a tiempo y, con un tacto inusual en ella, trató de averiguarlo de manera indirecta.

—Supongo que irás pronto a la universidad… Te he visto empollando tus libros…, quiero decir, estudiando duro. —Y Jo se ruborizó por aquel horrible «empollando» que se le había escapado.

Laurie sonrió sin escandalizarse ni lo más mínimo.

—Todavía me faltan un año o dos —contestó, encogiéndose de hombros —. No voy a ir antes de los diecisiete, en todo caso.

—¿Entonces solo tienes quince? —preguntó Jo, que, por la estatura del muchacho, le había echado como mínimo diecisiete años.

—El mes que viene cumplo dieciséis.

—¡Cómo me gustaría ir a la universidad! A ti no parece que te guste la idea.

—¡La odio! La gente solo va allí a aburrirse o a hacer el gamberro. Y ninguna de las dos cosas me gusta, por lo menos tal y como se suelen hacer en este país.

—Entonces, ¿qué te gusta?

—Vivir en Italia, y divertirme a mi manera.

Jo tenía muchas ganas de preguntar qué manera era esa, pero sus cejas oscuras resultaban un tanto amenazadoras cuando las fruncía, así que prefirió cambiar de tema:

—¡Qué polca tan bonita! ¿Por qué no vas a bailarla?

—Si vienes conmigo —contestó él con una galante reverencia.

—No puedo, porque le dije a Meg que no lo haría, porque…

Jo se detuvo, insegura de si debía continuar.

—Porque ¿qué?

—¿No se lo dirás a nadie?

—¡Nunca!

—Bueno, pues es que tengo la mala costumbre de quedarme plantada junto a la chimenea y me quemo la ropa, y este vestido se me chamuscó, y, aunque está bastante bien remendado, se nota, y Meg me dijo que me estuviese quieta para que nadie se diese cuenta. Puedes reírte si quieres. Es gracioso, lo sé.

Pero Laurie no se rio. Solo miró hacia abajo un momento, y la expresión de su cara dejó perpleja a Jo cuando le dijo en tono amable:

—No te preocupes por eso. Te diré cómo lo haremos. Ahí fuera hay una galería inmensa, y podemos bailar a la grande, y nadie nos verá. Por favor, acompáñame.

Jo le dio las gracias y se fue encantada con él, aunque, cuando vio los guantes de color perla de su compañero, elegantes e inmaculados, lamentó no tener unos igual de limpios. La galería estaba vacía, y disfrutaron de una magnífica polca, ya que Laurie bailaba bien, e incluso le enseñó el paso alemán, que entusiasmó a Jo, porque estaba lleno de energía y ritmo.

Cuando la música se detuvo, se sentaron en las escaleras a recuperar el aliento, y Laurie estaba describiendo una fiesta de estudiantes en Heidelberg cuando apareció Meg buscando a su hermana. Desde lejos, le hizo una seña

para que se acercara, y Jo la siguió de mala gana hasta una pequeña sala contigua, donde Meg ya la aguardaba sentada en un sofá, pálida y con el pie en alto.

—Me he torcido el tobillo. Este estúpido tacón resbaló y me dio un tirón. Me duele tanto, que no puedo estar de pie, y no sé cómo voy a volver a casa —explicó, balanceándose atrás y adelante para calmar el dolor.

—Sabía que te harías daño con esos estúpidos zapatos. Lo siento. Pero no sé qué podemos hacer, aparte de pedir un carruaje[17] o quedarnos aquí a pasar la noche —contestó Jo, frotando con suavidad el pobre tobillo mientras hablaba.

—No puedo pedir un carruaje, es carísimo. Además, no creo que pudiésemos conseguirlo, porque casi todo el mundo ha venido en su propio coche, y los establos están muy lejos, y no tenemos a nadie que pueda ir a buscarlo.

—Iré yo.

—¡De ninguna manera! Son más de las nueve, y está oscuro como la boca de un lobo. Y aquí no podemos quedarnos, porque la casa está llena. Intentaré descansar hasta que venga Hannah, y luego ya veré cómo me las arreglo.

—Se lo diré a Laurie. Irá él —dijo Jo, aliviada al pensar en esa solución.

—¡Ni se te ocurra! No se lo digas a nadie ni pidas nada. Tráeme mis botas y deja estos zapatos donde están nuestras cosas. Ya no puedo bailar más, pero, en cuanto termine la cena, vigila a ver si llega Hannah y avísame en cuanto la veas.

—Van a cenar ya. Me quedaré aquí contigo. Lo prefiero.

—No, querida, vete, y tráeme algo de café. Estoy tan cansada que no puedo ni moverme.

Meg se recostó con las botas bien escondidas, y Jo se fue tropezando hacia el comedor, donde consiguió un poco de café, que inmediatamente se le derramó, poniendo la parte frontal de su vestido tan perdida como la parte trasera.

—Dios mío, ¡qué torpe soy! —murmuró, terminando de estropear el guante de Meg al frotarse la mancha con él.

—¿Puedo ayudarte? —dijo una voz amigable. Y allí estaba Laurie, con una taza llena en una mano y un plato de hielo en la otra.

—Estaba intentando coger algo para Meg, que está muy cansada, y alguien me empujó, y mira cómo me he puesto.

—¡Qué mala suerte! Yo estaba buscando a alguien a quien darle esto. ¿Se lo puedo llevar a tu hermana?

—¡Oh, gracias! Te enseñaré dónde está. Y no me ofrezco a llevarla yo, porque podría ocurrir otra desgracia…

Jo le mostró el camino, y, cuando llegaron, Laurie acercó una mesilla para servir el café, y se mostró tan encantador que incluso la exigente Meg admitió que era un perfecto caballero. Pasaron un buen rato comiendo bombones y contando chistes, y estaban jugando a los disparates con otros dos o tres jóvenes que se les habían unido cuando apareció Hannah. Meg se olvidó de su tobillo y se levantó tan deprisa que tuvo que agarrarse a Jo con gesto de dolor.

—Calla, no digas nada —susurró, para añadir en voz alta—. No es nada, me he torcido un poco el pie, nada más. —Y salió cojeando hacia las escaleras para recoger sus cosas.

Hannah la regañó, Meg se echó a llorar, y Jo decidió actuar por su cuenta y bajó a buscar a algún criado, con la idea de enviarle a pedir un carruaje. Pero el hombre al que se lo pidió resultó ser un camarero contratado para la ocasión que no conocía el vecindario, y Jo se estaba preguntando qué hacer cuando Laurie, que la había oído, se acercó y le ofreció el coche de su abuelo, que acababa de llegar para recogerlo.

—Pero es muy temprano… ¿De verdad pensabas marcharte ya? —preguntó Jo, aliviada pero insegura de si debía aceptar o no el ofrecimiento.

—Siempre me voy pronto, ¡te lo aseguro! Por favor, déjame que os acompañe a casa. Me queda de camino, ya lo sabes, y, además, está lloviendo.

Aquello resolvió las dudas de Jo, que le contó el accidente de Meg y aceptó su ayuda agradecida. Hannah odiaba la lluvia tanto como los gatos, así que no puso objeciones, y las tres se subieron al lujoso carruaje, sintiéndose elegantes y especiales. Laurie se montó en el pescante para que Meg pudiese llevar el pie en alto, así que las chicas pudieron hablar sobre la fiesta con entera libertad.

—Me lo he pasado de miedo. ¿Y tú? —dijo Jo soltándose el pelo y poniéndose cómoda.

—Sí, hasta que me pasó lo del tobillo. Y tú… ¿dónde te habías metido?

Jo le contó sus aventuras, y para cuando terminó ya estaban en casa. Después de dar las gracias y las buenas noches, se deslizaron en el vestíbulo sin hacer ruido para no molestar a nadie, pero, en cuanto abrieron la puerta de su cuarto, aparecieron dos gorros de noche en la oscuridad.

—¡Contadnos cómo ha sido la fiesta! ¿Cómo ha sido?

Con total falta de modales, en opinión de Meg, Jo había cogido algunos bombones para las niñas, quienes, después de oír los acontecimientos más importantes de la velada, se volvieron a la cama a seguir durmiendo.

—Te aseguro que me siento como una gran dama, aquí sentada en bata mientras una doncella me atiende —dijo Meg, mientras Jo le frotaba el pie con un poco de árnica[18].

—No creo que las grandes damas se diviertan más que nosotras, a pesar de nuestro pelo quemado, los vestidos viejos, el guante sucio y los zapatos estrechos que nos tuercen los tobillos cuando somos lo bastante tontas para ponérnoslos —dijo Jo. Y yo creo que tenía razón.

Cargas

¡QUÉ DURO RESULTA TENER que volver a la rutina! —suspiró Meg la mañana después de la fiesta, porque las vacaciones se habían terminado.

—Ojalá fuese siempre Navidad o Nochevieja. ¿A que sería divertido? —contestó Jo después de un largo bostezo.

—Perdería su gracia, supongo. Pero ha sido maravilloso disfrutar de esas cenas, y de esos ramos, e ir a fiestas, y venir a casa en carruaje, y no trabajar… Siempre he envidiado a las chicas que viven así. ¡Me encanta el lujo! —declaró Meg mientras elegía el vestido de calle menos raído de los dos que tenía.

—Bueno, pero es lo que hay, así que intentemos llevar nuestras cargas con tanto ánimo como mamá. Desde luego, la tía March para mí es como el villano de los cuentos, pero supongo que tendré que aprender a soportar mi carga sin quejarme, hasta que me la quite de encima o hasta que ya ni lo note.

La idea puso de buen humor a Jo, pero no logró animar a Meg, porque su carga, que consistía en cuidar a cuatro niños mimados, le parecía más pesada que nunca. Ni siquiera tenía ganas de ponerse guapa como de costumbre, atándose un lazo azul en el cuello o arreglándose el pelo de la manera más favorecedora posible.

—¿Para qué quiero tener buen aspecto, si los únicos que me ven son esos mocosos malhumorados? —murmuró, cerrando el cajón de golpe—. Me pasaré la vida trabajando y sufriendo, con algún momento de diversión de vez en cuando, hasta que me vuelva vieja y fea, porque soy pobre y no puedo disfrutar como otras chicas. ¡Es horrible!

Beth se había levantado con dolor de cabeza y estaba tumbada en el sofá tratando de consolarse con la gata y sus tres gatitos. Amy se sentía muy nerviosa porque no había hecho los deberes para el primer día de clase, y Jo silbaba mientras terminaba de prepararse. La señora March tenía prisa porque debía terminar de escribir una carta, y Hannah refunfuñaba entre dientes, porque no le sentaba bien trasnochar.

—¡Nunca ha habido una familia tan malhumorada! —afirmó Jo, perdiendo la paciencia después de volcar un tintero, romper los cordones de sus zapatos y aplastar su sombrero sentándose encima.

—¡Tú eres la más malhumorada de todas! —replicó Amy, emborronando la suma que no le salía con las lágrimas que le caían sobre la pizarra.

—Por favor, chicas, un poco de silencio. Tengo que mandar esta carta en el correo de la mañana, y con tanto ruido no me puedo concentrar —dijo la señora March, tachando por tercera vez una frase sobre el papel.

Se hizo un breve silencio, que se rompió cuando entró Hannah con dos empanadas recién hechas. Aquellas empanadas eran toda una institución, y las chicas las llamaban sus «manguitos[19]», porque las usaban para calentarse las manos con la masa recién horneada en las frías mañanas invernales. Hannah nunca dejaba de prepararlas, por muy ocupada o malhumorada que estuviera, porque sabía que la jornada sería larga y dura. Las pobres criaturas no iban a poder comer nada más hasta que volvieran a casa, y rara vez volvían antes de las tres.

—Que se te pase el dolor de cabeza, Bethy. Adiós, mamá. Hoy estamos hechas unas granujas, pero cuando volvamos a casa nos portaremos como ángeles. ¡Vamos, Meg! —Y Jo se puso en camino con la sensación de que los peregrinos no estaban empezando como debían.

Se despidió de Meg dándole una palmada de ánimo, y cada una se fue por su lado, con la empanada caliente en las manos, y tratando de poner buena cara al mal tiempo, al duro trabajo y a sus deseos insatisfechos.

Cuando el señor March perdió su fortuna al intentar ayudar a un amigo en apuros, las dos chicas mayores pidieron que les dejasen hacer algo para contribuir a sostener la familia. Convencidos de que nunca es demasiado pronto para cultivar la energía, el esfuerzo y la independencia, sus padres aceptaron, y las dos se pusieron a trabajar llenas de buena voluntad. Margaret encontró un puesto como institutriz y se sentía rica con su pequeño salario. Como solía decir, era «aficionada al lujo», y su principal preocupación era la pobreza. Le resultaba más difícil sobrellevarla que a sus hermanas, porque se acordaba de los tiempos en los que no les faltaba de nada. Intentaba no mostrarse envidiosa ni descontenta, pero soñaba con tener cosas bonitas, amistades alegres, aficiones elegantes y una vida feliz. En casa de los King veía todos los días lo que le faltaba, porque las hermanas mayores de los niños acababan de ser presentadas en sociedad, y Meg captaba siempre algún fogonazo de sus suntuosos vestidos de baile y sus ramos, y oía sus chismorreos sobre teatros, conciertos y diversiones de todas clases, y veía

cómo despilfarraban en tonterías un dinero que para ella habría sido un tesoro. La pobre Meg no solía quejarse, pero a veces la invadía un amargo sentimiento de injusticia, ya que todavía no había aprendido lo rica que era en la clase de cosas que realmente dan la felicidad. Jo encontró acomodo en casa de la tía March, que estaba coja y necesitaba una persona activa que la ayudase. La anciana, que no tenía hijos, se había ofrecido a adoptar a una de las muchachas cuando comenzaron a tener problemas, y se ofendió muchísimo cuando su oferta fue rechazada. Mucha gente decía que aquello haría perder a los March cualquier posibilidad de recibir algo en el testamento de la dama, pero los March contestaban:

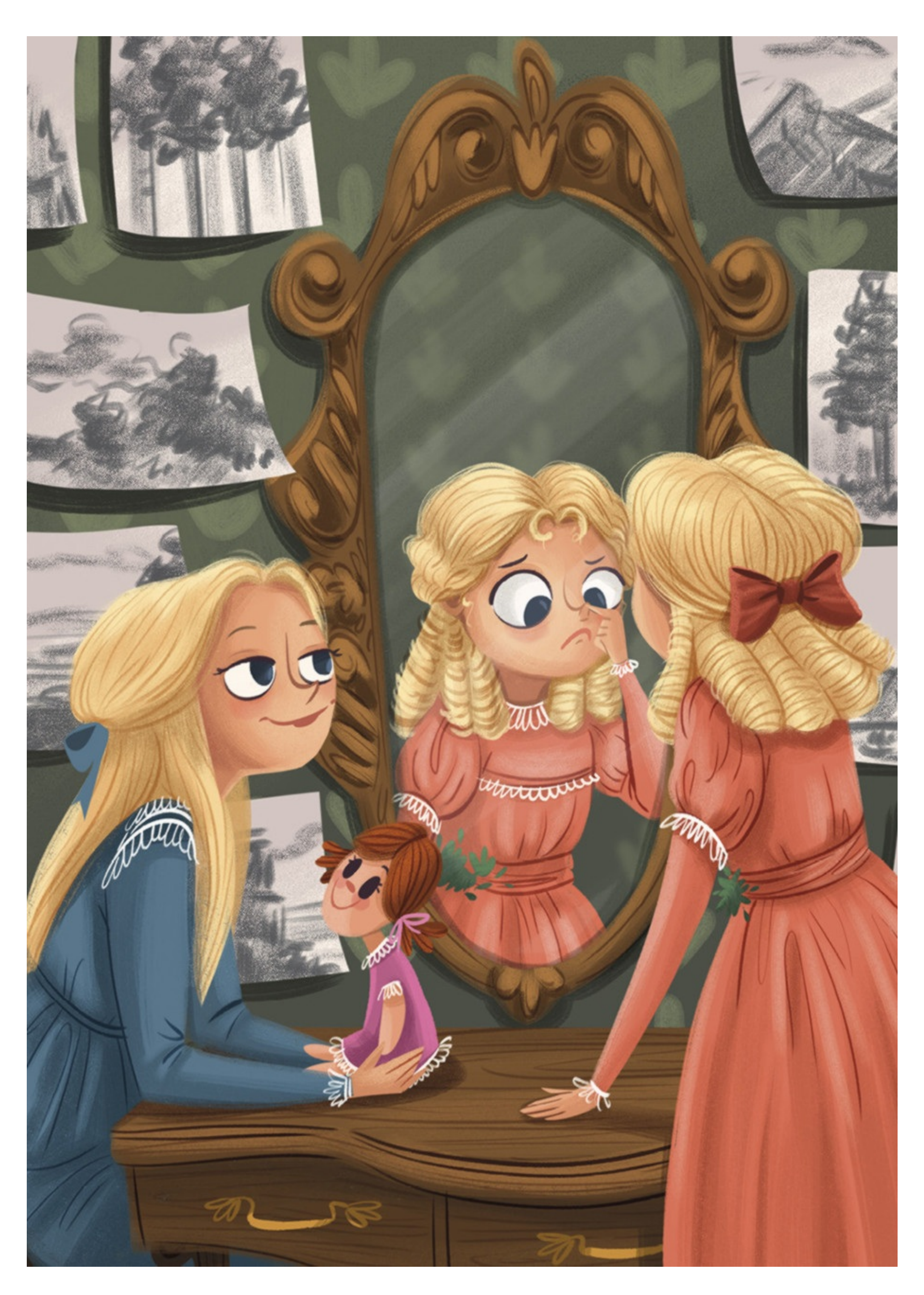
—No podríamos dar a una de nuestras hijas, aunque fuera por una docena de fortunas. Ricos o pobres, nos mantendremos juntos y seremos felices con lo que tenemos.

La anciana estuvo un tiempo sin hablarles, pero, cuando conoció a Jo en casa de una amiga, su cómica expresión y sus maneras directas le cayeron en gracia, y le propuso que se convirtiera en su dama de compañía. A Jo el plan no le agradaba en absoluto, pero, como no encontró nada mejor, terminó aceptando, y, para sorpresa de todos, se llevaba bastante bien con su irascible pariente. De vez en cuando había alguna discusión, y Jo volvía a casa declarando que ya no la soportaba, pero a la tía March se le pasaba enseguida y enviaba a buscarla con tanta urgencia que no podía negarse a ir, porque en el fondo se había encariñado con aquella anciana cascarrabias. Aunque sospecho que el verdadero motivo era la atracción que sentía hacia su gran biblioteca, llena de valiosos libros que acumulaban polvo y arañas desde la muerte del tío March. Jo se acordaba del agradable anciano, que solía dejarle construir ferrocarriles y puentes con sus enormes diccionarios, le contaba historias sobre los extraños grabados de sus libros en latín, y le compraba panecillos de jengibre cada vez que se la encontraba por la calle. La amplia sala en penumbra, con los bustos de hombres ilustres, sus cómodos sillones, y, sobre todo, aquel bosque de libros en el que le encantaba perderse, era un lugar mágico para ella.

En cuanto la tía March se echaba la siesta o recibía visitas, Jo corría a refugiarse en aquel rincón, y, encajada en una de las butacas, devoraba poesía, novela, historia, libros de viajes y tratados de arte como un auténtico ratón de biblioteca. Pero, como toda felicidad, no duraba mucho, porque, en cuanto llegaba a lo más interesante de un relato, o al verso más conmovedor, o a la aventura más peligrosa de un viajero, una voz chillona empezaba a llamarla… «Josyphine… ¡Josyphine!» y tenía que abandonar su paraíso para devanar

madejas, lavar al perro o leer en voz alta durante horas los ensayos de Belsham[20].

Beth era demasiado tímida para ir al colegio. Lo había intentado, pero sufría tanto que sus padres no insistieron, y su padre empezó a darle clases en casa. Incluso cuando se fue, y su madre tuvo que dedicar todas sus energías a la Sociedad de Ayuda a los Soldados, Beth continuó estudiando por su cuenta y haciendo todo lo que podía. Era una criatura muy hogareña, y le encantaba ayudar a Hannah a mantener la casa limpia y acogedora. Se pasaba los días tranquila, y no se sentía sola ni aburrida, porque su pequeño mundo estaba poblado de amigos imaginarios, y era trabajadora como una abeja. Tenía que vestir y atender a seis muñecas cada mañana, porque Beth era una niña aún, y le encantaban sus juguetes. Ninguna de las muñecas era nueva ni elegante, todas eran refugiadas que Beth había acogido cuando sus hermanas mayores dejaron de jugar con ellas, porque Amy no quería nada viejo. Pero Beth las quería más precisamente por eso, y hasta fundó un hospital para muñecas enfermas. Eso sí, nunca les clavaba agujas en sus cuerpos de algodón, ni les pegaba o insultaba, sino que se ocupaba de todas con el mismo cariño. Pero Beth tenía sus problemas como las otras, y, como no era un ángel, sino una niña muy humana, de vez en cuando lloraba porque no podía recibir clases de música ni tener un buen piano. Le gustaba tanto la música, y se esforzaba tanto por aprender, practicando en el viejo instrumento desafinado, que lo justo habría sido que alguien (por ejemplo, la tía March) la ayudase. Pero nadie lo hacía, y nadie la veía limpiar las lágrimas que caían sobre las teclas amarillentas, mientras día tras día se repetía a sí misma: «Sé que alguna vez conseguiré mi música, si soy buena».



En cuanto a Amy, si alguien le hubiese preguntado cuál era su mayor problema en la vida, habría respondido sin vacilar: «Mi nariz». Cuando era

pequeña, Jo la empujó sin querer contra un montón de carbón, y Amy insistía en que la caída le había estropeado la nariz para siempre. No es que la tuviera grande ni roja, solo que era un poco chata, y no conseguía darle un aire aristocrático. Nadie se fijaba más que ella, y con el crecimiento iba cambiando, pero Amy sufría por no tener una nariz griega, y dibujaba centenares de rostros clásicos para consolarse.

«El pequeño Rafael[21]», como la llamaban sus hermanas, tenía verdadero talento para dibujar, y lo que más feliz le hacía era copiar flores, diseñar hadas o ilustrar historias. Sus profesores se quejaban de que, en lugar de hacer las sumas, llenaba su pizarra de animales. Las páginas en blanco de su atlas las usaba para copiar mapas, y de sus libros surgían, en el momento más inoportuno, las más cómicas caricaturas. Sobrellevaba las clases lo mejor que podía, y evitaba las reprimendas gracias a sus modales impecables. Era muy popular entre sus compañeras, ya que era encantadora con ellas y tenía el don de agradar a todos sin esfuerzo. Sus elegantes maneras eran muy admiradas, igual que sus aptitudes, ya que, además de dibujar, sabía tocar nueve canciones, hacer ganchillo, y hablar en francés sin pronunciar mal más que dos tercios de las palabras. Tenía una forma muy conmovedora de hablar de «cuando papá era rico», y sus expresiones rebuscadas eran consideradas como el colmo de la elegancia por las otras chicas.

Amy llevaba camino de convertirse en una niña malcriada, ya que todo el mundo la consentía, y su vanidad y egoísmo no paraban de crecer. Aunque, en cuanto a la vanidad, había una cosa que la frenaba: tenía que llevar siempre la ropa de su prima, pero la madre de Florence no tenía ni pizca de buen gusto, y Amy sufría con aquellos vestidos poco favorecedores, los gorros rojos en lugar de azules, y los delantales que no le sentaban bien. Todo era de buena calidad y estaba bien confeccionado, además de poco usado, pero su alma de artista sufría. Especialmente aquel invierno, porque le había tocado llevar a clase un vestido morado con topos amarillos y sin ningún adorno.

Meg era la confidente y mentora de Amy, y, por una extraña atracción de los opuestos, Jo hacía el mismo papel con la dulce Beth. A Jo era a la única a la que la niña le contaba sus pensamientos, y a su vez ejercía más influencia que nadie sobre su impetuosa hermana. Jo y Meg se querían mucho, pero cada una había tomado a una de las pequeñas como protegida y la cuidaba a su manera, haciendo un poco de madres, como si sus hermanas sustituyesen a las muñecas que habían abandonado hacía poco.

—¿Alguien tiene algo que contar? Ha sido un día tan deprimente que me muero por un poco de diversión —dijo Meg cuando las cuatro se sentaron a

coser por la tarde.

—A mí me ha pasado una cosa divertida con la tía, y, como salí ganando, os lo voy a contar —comenzó Jo, que disfrutaba narrando historias—. Estaba leyéndole ese interminable ensayo de Belsham, y esperando a que le diese el sueño para ir a por algún libro interesante, pero resulta que fui yo la que empecé a quedarme adormilada, y se me escapó un bostezo tan enorme, que la tía me preguntó si quería tragarme el libro de un bocado. «Ojalá pudiera, y así terminaríamos con él de una vez», contesté. Entonces me soltó un sermón sobre mis pecados y me dijo que me sentara a reflexionar sobre él mientras ella descansaba un momento. En cuanto empezó a cabecear como una dalia demasiado grande, saqué *El vicario de Wakefield*[22] del bolsillo y me puse a leerlo, vigilándola de reojo. Pero al llegar a la escena en la que se caen todos al agua, no me di cuenta y me eché a reír a carcajadas. La tía se despertó y, como después de la siesta está de mejor humor, me pidió que le leyese un poco de aquella historia frívola que me gustaba tanto. Eso hice, y le gustó… tanto, que me pidió que empezara por el primer capítulo.

—¿Reconoció que le gustaba? —preguntó Meg.

—¡Cielos, no! Pero no volvió a pensar en el viejo Belsham, y, cuando entré a por mis guantes esta tarde, me la encontré tan embebida en el *Vicario* que ni siquiera me oyó bailar y reírme en el vestíbulo. ¡Con la vida tan estupenda que podría tener si quisiera! No la envidio, a pesar de todo su dinero, porque la verdad es que los ricos tienen tantas preocupaciones como los pobres.

—Eso me recuerda que tengo algo que contaros —dijo Meg—. Hoy, en casa de los King, todos parecían muy agitados, y uno de los niños me dijo que el hermano mayor había hecho algo horrible y que su padre lo había echado de casa. Oí llorar a la señora King, y al señor King gritando, y Grace y Hellen tenían la cara hinchada de tanto llorar. No pregunté nada, claro, pero me dieron pena, y me alegré de no tener hermanos horribles que pudieran destrozar a la familia.

—Peor que eso es que te destrocen en clase —dijo Amy meneando la cabeza como si tuviera una enorme experiencia de la vida—. Hoy, Susie Perkings trajo a clase un anillo precioso de cornalina[23]. Yo lo quería con todas mis fuerzas… Pero luego, resulta que dibujó al profesor Davis con una nariz monstruosa y una joroba, y todas nos estábamos riendo de la caricatura cuando nos dimos cuenta de que nos estaba mirando, y ¿sabéis lo que hizo? Cogió a Susie por la oreja, la sacó a la tarima y le hizo quedarse allí enseñando su pizarra a toda la clase durante media hora. Se me pasó toda la

envidia, porque esa humillación no la podría compensar ni con miles de anillos de cornalina.

—Pues yo vi una cosa curiosa esta mañana —dijo Beth—. Fui a comprar unas ostras que me encargó Hannah, y el señor Laurence estaba en la pescadería, pero no me vio, porque me escondí detrás del barril de pescado. Entones entró una mujer pobre y le preguntó al señor Cutter si podía limpiar a cambio de algo de pescado, porque no tenía nada de comer para sus hijos. El señor Cutter le dijo que no, y la mujer ya se había dado la vuelta para irse cuando el señor Laurence enganchó un pez enorme con la curva de su bastón y se lo dio. La mujer se puso tan contenta que abrazó el pescado como si fuera un bebé, y no paraba de dar las gracias.

Todas se rieron con la historia de Beth, y después le pidieron a su madre que contase algo. Tras reflexionar un momento, ella explicó:

—Hoy estaba en la asociación cortando tela para las chaquetas de los soldados y no paraba de pensar en padre, y en lo solas y desamparadas que nos sentiríamos si le pasase algo. No podía pensar en otra cosa… hasta que llegó un anciano que venía a recoger unos uniformes. Se sentó a mi lado, y empezamos a hablar. «¿Tiene hijos en el ejército?», le pregunté. «Sí, señora. Tenía cuatro, pero a dos los mataron, otro está prisionero, y ahora voy a recoger al cuarto, que está muy enfermo en el hospital de Washington», contestó sereno. «Ha hecho usted mucho por su país, señor», dije, impresionada. «Solo he cumplido mi deber, señora. Iría yo mismo si sirviese de algo, pero, como no puedo, ofrezco a mis hijos, y lo hago de buen grado». Hablaba con tal convicción, y parecía tan sincero, que me avergoncé de mí misma. Yo he cedido a mi marido, pero tengo a mis cuatro hijas para consolarme… A él solo le quedaba un hijo… ¡y a lo mejor iba a verlo por última vez!

—Cuenta otra historia, mamá, una que tenga moraleja —dijo Jo, después de un breve silencio.

La señora March, que conocía bien a su público y sabía cómo agradarle, no se hizo de rogar.

—Había una vez cuatro chicas que tenían suficiente para comer y vestirse, además de numerosos placeres y comodidades, amigos estupendos y unos padres que las querían mucho, y, sin embargo, no estaban contentas.

Aquí, las oyentes empezaron a mirarse de reojo, y a coser más deprisa que nunca.

—Si tuviera esto… Si pudiera hacer lo otro… Siempre estaban igual, olvidándose de las muchas cosas que tenían y que podían hacer. Así que le

preguntaron a una anciana qué hechizo podían usar para ser felices, y ella les contestó: «Cuando os sintáis insatisfechas, recordad lo que tenéis y sed agradecidas». El caso es que siguieron su consejo, y, según creo, nunca se arrepintieron de haber escuchado a la anciana.

—Vamos, mamá… ¡En lugar de contarnos una historia nos has soltado un sermón! —dijo Meg.

—Pues a mí me gustan esa clase de sermones. Se parecen a los de papá —dijo Beth pensativa.

—Yo no me quejo tanto como las demás, y a partir de ahora tendré todavía más cuidado, porque la caída de Susie me ha servido de advertencia —dijo Amy en tono moralista.

—Necesitábamos la lección, y no la olvidaremos. Pero, si se nos olvida, mamá, siempre puedes decir como la vieja Chloe en *La cabaña del tío Tom*[24]: «¡Pensad en vuestras *bensidiones*, niñas, pensad en vuestras *bendisiones*!» añadió Jo, que no podía resistirse a soltar una broma, aunque el sermón le hubiese impresionado tanto como a las demás.

Buenos vecinos

¿ADÓNDE SE SUPONE QUE vas, Jo? —preguntó Meg una tarde de nieve al ver a su hermana en el vestíbulo con las botas de goma, un viejo abrigo con capucha, una pala en una mano y una escoba en la otra.

—Voy a hacer un poco de ejercicio —contestó Jo con un brillo malicioso en los ojos.

—Pensé que los dos paseos larguísimos de la mañana eran suficiente… Hace frío ahí fuera, y es mejor que te quedes aquí junto al fuego, como yo —dijo Meg, estremeciéndose en la mañana invernal.

—¡Nunca sigo los consejos de nadie! No puedo estarme quieta todo el día, y, como no soy un gato, no se me ha perdido nada al lado de la chimenea. Me gustan las aventuras, así que voy a buscarlas.

Meg se volvió a calentarse los pies mientras leía *Ivanhoe*[25], y Jo se dedicó a excavar senderos con gran energía. La nieve estaba blanda, y con la escoba consiguió enseguida abrir un camino alrededor del jardín para que Beth pudiese pasear un rato cuando saliese el sol y sus muñecas necesitasen un poco de aire.

El jardín separaba su casa de la del señor Laurence. Ambas se encontraban a las afueras de la ciudad, en una zona arbolada, con calles tranquilas, bosquecillos y prados. Entre las dos propiedades se alzaba un seto. A un lado se veía una casa marrón, de aspecto un tanto desangelado sin las enredaderas que, durante el verano, cubrían sus muros. Al otro lado había una elegante mansión dotada de todos los lujos y comodidades, desde la enorme cochera y los patios bien cuidados al invernadero y los espléndidos muebles que se atisbaban tras las cortinas. Sin embargo, parecía una casa un tanto solitaria y sin vida, porque nunca había niños en el césped, ni un rostro maternal sonriendo desde una ventana, y muy poca gente entraba y salía, aparte del anciano caballero y su nieto. Con su calenturienta imaginación, Jo se imaginaba que la gran casa era un palacio encantado, lleno de esplendores y delicias que nadie disfrutaba. Hacía mucho tiempo que soñaba con ver aquellas maravillas y con conocer al joven Laurence, que parecía ansioso por

ser conocido, si le daban la oportunidad. Después de la fiesta, Jo estaba más decidida que nunca a dar el paso, y había planeado varias maneras de hacerse amiga de él, pero llevaba un tiempo sin verlo, y empezaba a pensar que se había ido, hasta que un día, desde una ventana del piso de arriba, vio su rostro moreno observando melancólico el jardín, donde Beth y Amy se estaban tirando bolas de nieve.

—Ese chico necesita amigos y diversión —se dijo—. Su abuelo no comprende lo que es bueno para él, y lo tiene ahí solo y encerrado… Necesita una buena panda de chicos para jugar, o alguien joven y animado. Estoy pensando en ir allí y decírselo.

El plan de «ir allí» no cayó en el olvido, y Jo decidió ponerlo en práctica aprovechando la tarde de nieve. Cuando vio salir en coche al señor Laurence, se escabulló hasta el seto, y allí se detuvo para echar una ojeada. Todo tranquilo, las cortinas echadas, ningún criado a la vista, y nadie por allí excepto el muchacho de cabello oscuro al que se veía recostado junto a una ventana del primer piso.

—Ahí está —pensó Jo—. ¡Pobre chico! Ahí solo y enfermo en este día tan triste. ¡Es una pena! Le voy a lanzar una bola de nieve para que mire hacia abajo y le diré algo amable.

La bola salió silbando y se estrelló en el cristal, la cabeza del muchacho se giró, sus ojos brillaron de placer, y su boca empezó a sonreír. Jo saludó agitando la escoba.

—¿Qué te pasa? ¿Estás enfermo?

Laurie abrió la ventana y croó desde arriba, ronco como un cuervo.

—Estoy mejor, gracias. He tenido un resfriado muy malo, y llevo una semana encerrado.

—Lo siento. ¿Y qué haces para entretenerte?

—Nada. Me aburro como una ostra.

—¿No lees?

—No mucho. El médico no me deja.

—¿Y no puede leerte alguien?

—Mi abuelo me lee a veces, pero mis libros no le interesan, y no me gusta tener que pedirle favores a Brooke todo el tiempo.

—Pues invita a alguien a que te visite.

—No hay nadie a quien quiera ver. Los chicos son muy ruidosos, y me duele la cabeza.

—¿Y no hay alguna chica agradable que te pueda leer y entretener un poco? Las chicas son más tranquilas, y les encanta hacer de enfermeras.

—No conozco a ninguna.

—Nos conoces a nosotras —dijo Jo, y se echó a reír.

—¡Es verdad! ¿Puedes venir, por favor?

—Yo no soy agradable ni tranquila, pero iré, si mi madre me deja. Voy a preguntárselo. Cierra la ventana como un buen chico y espérame ahí.

Jo se echó la escoba al hombro y se fue a casa, mientras Laurie, lleno de nerviosismo por la visita, se cepillaba el pelo, se cambiaba de ropa y ordenaba un poco su habitación, que, a pesar los seis criados que tenía a su disposición, se encontraba bastante revuelta. Al rato se oyó el timbre, una voz resuelta preguntó por «el señor Laurie», y una sorprendida criada apareció para anunciar a la joven.

—Muy bien, dile que suba, es la señorita Jo —dijo Laurie, y él mismo salió a la puerta de su salita para recibir a su invitada, que apareció, rosada y segura de sí misma, con un plato cubierto por una tapadera en una mano y los tres gatitos de Beth en la otra.

—Aquí estoy con todo mi equipo —saludó, enérgica—. Mi madre te manda su cariño, y se alegra de que pueda hacer algo por ti. Meg quería que te trajera un poco de arroz con leche, que le sale muy bien, y Beth pensó que sus gatos te animarían. Sabía que te ibas a reír de ellos, peor no podía decirle que no, estaba tan ansiosa por hacer algo…

Resultó que la ocurrencia de Beth dio en el clavo, y, con las risas provocadas por las pequeñas mascotas, Laurie se olvidó de su timidez y se volvió sociable al instante.

—Eso es demasiado bonito para comérselo —dijo sonriendo cuando Jo destapó el plato y le mostró el arroz con leche adornado con una guirnalda de hojitas verdes y flores carmesíes del geranio preferido de Amy.

—No es nada, solo que todas querían aportar algo. Dile a la chica que lo guarde para el té. Es tan suave que te lo puedes comer sin hacerte daño en la garganta. ¡Qué habitación tan acogedora!

—Podría serlo si estuviera bien arreglada, pero a las doncellas se les olvida, y no sé cómo decírselo.

—Estará perfecta en dos minutos, porque solo hay que limpiar un poco la chimenea, así, y poner los adornos rectos en la repisa, así…, y los libros aquí, las botellas aquí, y tu sofá un poco girado hacia la luz, y las almohadas un pelín ahuecadas. Ya está, todo arreglado.

Y así era, porque, mientras hablaba, Jo fue poniéndolo todo en orden, y consiguió darle a la habitación un aire distinto.

—¡Qué amable eres! —dijo Laurie, dejándose caer en el sofá cuando Jo terminó—. Es perfecto. Por favor, siéntate ahí en la butaca grande y hazme compañía…

—No. He venido a entretenerte. ¿Quieres que te lea en voz alta? —Y Jo miró con afecto hacia unos libros que había cerca.

—No, gracias, esos ya los he leído. Si no te importa, prefiero que hablemos.

—Yo encantada. Puedo hablar todo el día si me dan cuerda. Beth dice que nunca sé cuándo parar.

—¿Beth es la sonrosada, la que se queda mucho en casa y a veces sale con una cestita? —preguntó Laurie interesado.

—Sí, esa es Beth. Es mi chica, y un encanto, te lo aseguro.

—La guapa es Meg, y la del pelo rizado Amy, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes?

Laurie se sonrojó, pero contestó con sinceridad.

—Bueno, muchas veces os oigo llamaros unas a otras, y, cuando estoy aquí solo, no puedo evitar mirar hacia vuestra casa. ¡Siempre parecéis pasarlo tan bien! Lo siento si suena un poco indiscreto, pero a veces os olvidáis de echar las cortinas en la ventana de las flores, y, cuando las lámparas están encendidas, es como mirar un cuadro, porque se ve el fuego, y a vosotras sentadas a la mesa con vuestra madre. Ella se sienta justo enfrente, y me parece tan encantadora que no puedo dejar de mirarla. Yo no tengo madre, ¿sabes?

Laurie se levantó a atizar el fuego para ocultar un leve temblor en sus labios. Jo lo miró con expresión amistosa.

—Nunca más volveremos a correr esa cortina —dijo con una suavidad inusual en ella—, y te damos permiso para mirar todo lo que quieras. Pero me gustaría que, en lugar de mirar, vinieses a visitarnos. Mamá es increíble, te encantará hablar con ella, y Beth cantará si yo se lo pido, y Amy bailará. Meg y yo te haremos reír con nuestro talento teatral, y nos lo pasaremos en grande. ¿Te dejará ir tu abuelo?

—Creo que me dejaría si tu madre se lo dijera. Es muy amable, aunque no lo parece, y me deja hacer lo que quiero, más o menos… Solo que tiene miedo de que pueda molestar a unas desconocidas…

—Nosotras no somos desconocidas, somos tus vecinas, y nunca serías una molestia. Queremos conocerte, y yo llevo intentándolo desde hace tiempo. No llevamos mucho en esta casa, pero conocemos a todos los vecinos menos a vosotros.

—Es que mi abuelo vive metido en sus libros, y no le importa lo que pasa a su alrededor. Mi tutor, el señor Brooke, no vive aquí, y yo no tengo a nadie con quien salir, así que prefiero quedarme en casa.

—Pues eso está mal. Deberías hacer un esfuerzo e ir a visitar a todo el mundo, y así tendrías un montón de amigos y sitios agradables adonde ir. No te preocupes por la timidez, se pasa si no le haces caso.

Laurie volvió a ponerse rojo, pero no se ofendió, porque Jo tenía tan buena voluntad que era imposible tomarse a mal sus discursos.

—¿Te gusta tu colegio? —preguntó el chico, cambiando de tema.

—No voy al colegio, soy un hombre de negocios…, una chica, quiero decir. Voy a hacerle compañía a mi tía abuela, una vieja gruñona.

Laurie abrió la boca para hacer otra pregunta, pero se acordó justo a tiempo de que no era de buena educación mostrar demasiada curiosidad por la vida de la gente, y se calló, avergonzado.

A Jo no le pasó desapercibido su esfuerzo, y, como no le importaba echarse unas risas a cuenta de la tía March, le ofreció una vívida descripción de la anciana, su perro regordete, el loro que hablaba español, y aquella biblioteca que adoraba.



Laurie se divirtió muchísimo, y cuando contó la anécdota del joven remilgado que fue a visitar a la tía, y de cómo, en medio de su discurso, el loro le arrancó la peluca, se rio tanto que le corrían las lágrimas por las mejillas, y una de las doncellas se asomó a ver qué pasaba.

—Esto es genial. Sigue, por favor —decía, con la cara enterrada en los cojines del sofá, rojo de tanto reírse.

Encantada con su éxito, Jo «siguió», y habló de sus juegos y sus planes, de sus esperanzas y su miedo por su padre, y de los acontecimientos más interesantes del pequeño mundo que habitaba con sus hermanas. Después, hablaron de libros, y, para gran alegría suya, descubrió que a Laurie le gustaban tanto como a ella, y que había leído más que ella incluso.

—Si tanto te gustan los libros, ven conmigo a ver los nuestros. Mi abuelo no está, así que no tienes por qué tener miedo —dijo Laurie, levantándose.

—Yo no tengo miedo de nada —aseguró Jo.

—¡Te creo! —exclamó el chico con sincera admiración, aunque secretamente pensaba que habría hecho mejor en tenerle un poquito de miedo al viejo caballero, si lo pillaba en uno de sus días malos.

Como la casa entera estaba caldeada, Laurie salió con ella y la condujo de estancia en estancia, dejando que Jo se detuviese a examinar todo lo que le llamase la atención. Cuando llegaron a la biblioteca, la muchacha juntó las manos en un gesto de arrobamiento. Estaba forrada de libros, y había cuadros y estatuas, y pequeñas vitrinas llenas de monedas y curiosidades, mesitas extrañas, butacas confortables, bronces, y, lo mejor de todo, una gran chimenea abierta revestida de hermosos azulejos.

—¡Qué riqueza! —suspiró Jo, hundiéndose en un sillón de terciopelo y mirando a su alrededor con gran satisfacción—. Theodore Laurence, deberías ser el chico más feliz del mundo —añadió en tono solemne.

—Nadie puede vivir solo de libros —contestó Laurie.

Antes de que pudiera añadir algo, sonó un timbre, y Jo se puso en pie de un salto, alarmada.

—¡Ay, Dios mío! ¡Es tu abuelo!

—¿Y qué? No tienes miedo de nada, recuerda —contestó el muchacho en tono malicioso.

—Bueno, creo que sí que le tengo un poco de miedo, aunque no sé por qué. Estoy aquí con permiso de mi madre, y no creo que a ti te haya sentado mal —contestó Jo recomponiéndose un poco, aunque sus ojos seguían fijos en la puerta.

—Estoy mucho mejor gracias a ti, y muy agradecido.

—El doctor ha venido a verle, señor —anunció la doncella con una reverencia.

—¿Te importa si te dejo sola un momento? —preguntó Laurie.

—Por mí no te preocupes. Aquí estoy feliz como un grillo.

Laurie salió, y su invitada se entretuvo a su manera. Estaba mirando un retrato del dueño de la casa cuando se abrió la puerta y, sin volverse, dijo:

—Ahora sé que no le voy a tener miedo, porque tiene unos ojos amables, aunque su boca es demasiado seria, y parece tener una fuerza de voluntad tremenda. No es tan guapo como mi padre, pero me gusta.

—Gracias, señorita —dijo una voz ronca detrás de ella. Y allí, para gran sorpresa suya, estaba el señor Laurence.

La pobre Jo enrojeció hasta la raíz del cabello. Por un segundo pensó en salir corriendo, pero eso habría sido una cobardía, así que decidió quedarse y salir del apuro como pudiera. Una segunda ojeada le demostró que los ojos que la miraban bajo las pobladas cejas eran más amables incluso que los del retrato, y además brillaban con un destello de diversión.

—Entonces no me tiene miedo, ¿no?

—No mucho, señor.

—¿Y no le parezco tan guapo como su padre?

—No tanto, señor.

—Y tengo una fuerza de voluntad tremenda, ¿verdad?

—Solo he dicho que lo parecía.

—¿Pero le gusto a pesar de todo?

—Sí, señor.

La respuesta agradó al anciano caballero, que dejó escapar una breve carcajada y le estrechó la mano. Después, observó su cara con interés.

—Tienes la viveza de tu abuelo, aunque no sus rasgos. Era un gran hombre, pero, lo que es aún mejor, sobre todo era una buena persona, y tuve el orgullo de ser su amigo.

—Gracias, señor. —Y Jo se quedó satisfecha, porque aquella descripción le pareció perfecta.

—¿Y qué ha estado haciendo ese nieto mío? —fue la siguiente pregunta del anciano.

—Solo intentando ser un buen vecino, señor. —Y Jo pasó a contar cómo había surgido la idea de su visita.

—Así que crees que necesita animarse un poco, ¿no?

—Sí, señor. Parece muy solo, y no le vendría mal relacionarse con gente de su edad. Nosotras somos chicas, pero nos encantaría ayudar, porque no hemos olvidado su maravilloso regalo de Navidad.

—Bah, nada. Fue cosa del chico. ¿Cómo está esa pobre mujer?

—Bastante bien, señor.

—Un día de estos me gustaría ir a visitar a tu madre. Díselo. Ahí está la campanilla del té, lo tomamos pronto por el chico. Ven conmigo y continúa siendo una buena vecina.

—Gracias, señor.

Salieron los dos del brazo, y en las escaleras se encontraron a Laurie, que bajaba corriendo las escaleras.

—No sabía que había vuelto, abuelo —dijo, deteniéndose en seco al ver al anciano.

—Es evidente, por tu forma de bajar. Ven con nosotros a tomar el té, y compórtate como un caballero.

El señor Laurence continuó su camino con Jo mientras Laurie los seguía haciendo cómicas reverencias, que provocaron una carcajada de la muchacha. El anciano no dijo mucho mientas tomaban el té, pero observaba a los dos jóvenes, que charlaban como dos amigos de toda la vida, y el cambio en la expresión de su nieto no le pasó inadvertido. Había color, luz y vida en la cara del muchacho, una viveza desconocida en sus gestos, y en su risa una nota de auténtica diversión. «Tiene razón, el chico está solo. Veremos lo que pueden hacer por él nuestras vecinas», se dijo. Cuando terminaron el té, Laurie le propuso enseñarle el invernadero, que había sido iluminado en su honor. A Jo le pareció salido de un cuento de hadas, con las paredes llenas de flores, el aire suave y húmedo, las maravillosas enredaderas y los árboles que se erguían a su alrededor. Laurie cortó las mejores flores y, cuando ya no le cabían más en los brazos, las ató y se las dio a Jo.

—Para tu madre —dijo—. Y dile que la medicina me ha sentado muy bien.

De vuelta en la casa, se encontraron al señor Laurence junto al fuego en el saloncito grande, pero toda la atención de Jo se dirigió al gran piano abierto en un rincón.

—¿Tocas? —preguntó, mirando a Laurie.

—A veces —contestó él modestamente.

—Por favor, toca. Me encantaría oírte, así se lo cuento a Beth.

—¿No quieres tocar tu primero?

—Yo no sé, pero me encanta la música.

Así que Laurie tocó y Jo escuchó, mientras su nariz aspiraba el delicioso aroma de las rosas y el heliotropo[26]. Su respeto y cariño hacia el joven Laurence aumentaron todavía más, si cabe, porque tocaba muy bien y sin importancia. Cuando terminó, lo cubrió de elogios, hasta que su abuelo acudió al rescate.

—Ya basta por hoy, señorita. Demasiadas alabanzas. Su música no es mala, solo espero que se le den igual de bien otras cosas más importantes. ¿Ya se va? Bueno, le estoy muy agradecido, y espero que vuelva. Mis respetos para su madre. Buenas noches, doctora Jo.

Le estrechó la mano con amabilidad, pero daba la sensación de estar incómodo por algo. Ya en el vestíbulo de entrada, Jo le preguntó a Laurie si había cometido algún error.

—No, he sido yo. No le gusta que toque.

—¿Por qué?

—Ya te lo contaré algún día. John te acompañará a casa, ya que yo no puedo.

—No hace falta. No soy una niña, y está a dos pasos. Cuídate, ¿de acuerdo?

—Sí…, pero volverás pronto, ¿verdad? ¿Lo prometes?

—Si tú prometes venir a vernos cuando te pongas bien.

—Lo prometo.

—Buenas noches, Laurie.

—¡Buenas noches, Jo!

El palacio encantado

LA CASA GRANDE RESULTÓ ser un verdadero palacio de cuento, aunque les llevó un tiempo conquistarlo, y tuvieron algunos problemas para atravesar el foso de los leones. El principal escollo era el anciano señor Laurence. Aunque, después de que las visitara y les dijese algo agradable o gracioso a cada una, todas le perdieron el miedo excepto la tímida Beth.

El otro león era el hecho de ser pobres, porque les daba vergüenza aceptar favores que no podían devolver. Sin embargo, no tardaron en darse cuenta de que Laurie las consideraba a ellas sus benefactoras, y no sabía cómo mostrarles su agradecimiento por la maternal acogida de la señora March, su alegre compañía, y lo reconfortante que encontraba el trato con sus vecinas. Así que pronto se olvidaron de su orgullo y empezaron a intercambiar amabilidades sin pararse a pensar quién era el más amable.

La nueva amistad floreció como la hierba en primavera. A todas les caía bien Laurie, y él informó a su tutor de que «Las March eran unas chicas increíbles». Con el entusiasmo de la juventud, incluyeron al solitario muchacho en todos sus planes, y él estaba encantado con su compañía. Enseguida se empezó a notar su influencia, y, al verlas siempre tan ocupadas y hacendosas empezó a avergonzarse un poco de su vida indolente. Estaba harto de libros, y tan interesado en sus vecinas que los informes de señor Brooke empezaron a ser muy poco satisfactorios, porque Laurie se escapaba en cuanto podía a casa de las March.

—No pasa nada, déjale que se divierta. Ya lo recuperará —decía el anciano caballero—. Que haga lo que quiera. Con esas muchachas no puede pasarle nada malo.

Desde luego, se divertían de lo lindo. Obras de teatro y retablos vivientes, carreras en trineo y patinaje en el hielo, tardes agradables en la vieja salita, y, de vez en cuando, alguna excursión a la gran mansión. Meg recibió permiso para ir al invernadero cuando quisiera y disfrutar haciendo ramos, Jo se lanzó sobre la nueva biblioteca con voracidad, Amy copiaba los cuadros y disfrutaba de toda aquella belleza, y Laurie desempeñaba el papel de anfitrión

de un modo impecable. Sin embargo, Beth, aunque suspiraba por el gran piano, no fue capaz de reunir el valor para ir a la «mansión de las bendiciones», como la llamaba Meg. Fue una vez con Jo, pero el anciano, que no conocía su timidez, la miró tan directamente y la saludó tan alto que la asustó y salió corriendo, para después declarar que nunca volvería allí, ni siquiera por el piano. De nada sirvieron las súplicas y las explicaciones de sus hermanas, pero el hecho llegó a oídos del señor Laurence, y él se propuso arreglar las cosas. En una de sus breves visitas, llevó la conversación hacia la música, y estuvo hablando de los grandes cantantes que había visto y de los espléndidos órganos que había escuchado, contando anécdotas tan interesantes que Beth se fue acercando poco a poco, fascinada.

Él continuó hablando como si no hubiese advertido su presencia, y, en un momento dado, como si se le acabase de ocurrir la idea, le dijo a la señora March:

—Laurie ya no toca tanto como antes, y yo me alegro, porque se estaba aficionando demasiado. Pero el piano sufre por falta de uso. ¿No querría alguna de sus hijas pasarse por allí y practicar de vez en cuando, para mantenerlo afinado?

Beth dio un paso al frente con las manos juntas, porque aquella era una tentación irresistible, y la idea de practicar en un instrumento tan espléndido la dejaba sin aliento. Antes de que la señora March pudiese contestar, el anciano Laurence continuó con un curioso asentimiento y una sonrisa.

—No tienen que ver ni hablar con nadie, solo ir cuando quieran. Porque yo me encierro en mi estudio en el otro extremo de la casa, Laurie está fuera gran parte del tiempo, y los criados no se acercan a la sala después de las nueve.

Inmediatamente se puso en pie para irse, y Beth, a quien aquella última aclaración le había disipado todas las dudas, se atrevió a dar un paso hacia él.

—Bueno, dígaselo a las chicas, y, si no quieren venir, pues no pasa nada —dijo el anciano.

—Sí quieren —murmuró Beth—. ¡Y mucho!

—Ah… ¿Tú eres la musical?

—Soy Beth. Me encantaría ir, e iré, si me asegura que no molestaré a nadie —contestó la muchacha, temblando asombrada ante su propio atrevimiento.

—A nadie, querida. La casa está vacía casi todo el día, así que venga y aporréelo todo lo que quiera. Yo le estaré muy agradecido.

—¡Qué amable es usted!

Beth se sonrojó al notar la benevolente mirada del anciano. Ya no sentía miedo, e incluso le estrechó brevemente la mano entre las suyas, porque no tenía palabras para expresar su gratitud. El anciano le apartó suavemente un rizo de la frente y le dio un beso en la mejilla.

—Hace tiempo tuve una nieta con una mirada así —murmuró—. ¡Dios te bendiga, pequeña! Buenos días, señora. —Y salió a toda prisa.

Beth se abrazó a su madre, y luego corrió a comunicar la asombrosa noticia a su familia de muñecas, ya que ninguna de sus hermanas estaba en casa. Qué maravillosamente cantó esa tarde, y cómo se rieron todas cuando, por la noche, despertó a Amy tocando el piano sobre su cara mientras dormía. Al día siguiente, después de ver salir de la casa al anciano caballero y a Laurie, Beth consiguió llegar a la puerta de la mansión y deslizarse silenciosa como un ratón hasta la sala donde se encontraba su ídolo. Como por casualidad, había en el atril varias partituras sencillas y preciosas, y ella, con dedos temblorosos, se atrevió por fin a posar los dedos sobre el gran instrumento. Pero, en cuanto empezó a tocar, se le olvidó el miedo, y todo desapareció salvo la felicidad que le provocaba la música.

Se quedó hasta que Hannah fue a buscarla para comer, pero no tenía hambre, y lo único que podía hacer era sonreír a todo el mundo, en un estado de completa beatitud.

A partir de entonces, se vio a menudo su caperuza marrón deslizándose a través del seto, y la sala del piano parecía hechizada por un espíritu musical que entraba y salía sin ser visto. Nunca supo que el señor Laurence abría la puerta de su estudio para escuchar las antiguas tonadas que le gustaban. Ni vio a Laurie montando guardia en el vestíbulo para impedir que los criados se acercasen. Jamás sospechó que los libros de ejercicios y las canciones nuevas que se encontraba cada día estuviesen allí especialmente para ella. Así que disfrutaba de todo corazón, y descubrió que su deseo cumplido era todo lo que se había imaginado y más (cosa que no siempre sucede).

—Mamá, le quiero regalar al señor Laurence unas zapatillas. Es tan amable conmigo que quiero agradecérselo, y no se me ocurre otra manera. ¿Puedo hacerlo? —le preguntó a su madre unas semanas después de la memorable visita del anciano.

—Claro, hija. Le encantará, y es una forma muy bonita de darle las gracias. Las chicas te ayudarán, y yo pagaré los materiales —replicó la señora March, encantada de concederle algo a Beth, porque nunca pedía nada.

Después de varias discusiones con Meg y Jo, eligieron el patrón, compraron los hilos y dio comienzo la labor. Habían escogido un ramo de

pensamientos sobre un fondo púrpura, y Beth trabajaba en ellos noche y día. Era una bordadora habilidosa, y consiguió acabar antes de cansarse del asunto. Después, escribió una breve nota, y, con ayuda de Laurie, las dejó sobre la mesa del estudio una mañana, antes de que el anciano se levantase.

Pasado el primer momento de excitación, Beth aguardó a ver qué ocurría. Transcurrió un día sin noticias, y ya empezaba a pensar que había ofendido a su quisquilloso amigo cuando, en la tarde del segundo día, al volver de un recado vio cuatro caras sonriendo y haciéndole gestos desde la ventana de la sala.

—¡Ha llegado una carta del señor Laurence! Vamos, ¡léela!

—Ay, Beth, te ha mandado… —empezó Amy. Pero no se atrevió a ir más lejos, porque Jo cerró de golpe la ventana.

Beth corrió hacia la puerta, donde sus hermanas prácticamente la cogieron en volandas y la llevaron hasta el salón en procesión triunfal, para luego señalar todas en la misma dirección.

—¡Mira ahí! ¡Mira ahí! —le decían.

Beth miró, y se puso pálida de sorpresa y de alegría, porque allí había un pequeño piano con una carta sobre su brillante tapa, dirigida a la señorita Elizabeth March.

—¿Es para mí? —preguntó Beth, agarrándose a Jo como si estuviese a punto de desmayarse de la emoción.

—Sí, es para ti, preciosa. ¿No es increíble por su parte? ¿No te parece el hombre más generoso del mundo? La llave está dentro de la carta. No la hemos abierto, pero nos morimos por saber lo que dice —contestó Jo abrazando a su hermana y entregándole la nota.

—Léela tú, ¡yo no puedo! Me siento tan rara… ¡Es demasiado bonito! —Y Beth enterró el rostro en el delantal de Jo, abrumada por el regalo.

Jo abrió el papel y se echó a reír, porque las primeras palabras eran:

—«Apreciada señorita».

—¡Qué bien suena! ¡Ojalá alguien me escribiera así! —suspiró Amy, a quien le encantaban las fórmulas de cortesía algo anticuadas.

—«He tenido muchos pares de zapatillas en mi vida, pero nunca he tenido unos que me sienten tan bien como los suyos —continuó Jo—. Los pensamientos son mi flor favorita, y estos siempre me recordarán a su joven bordadora. Me gusta pagar mis deudas, así que tendrá que permitirle a este “anciano caballero” que le envíe algo que una vez perteneció a la nietecita que perdió. Con todo mi agradecimiento y mis mejores deseos. Su sincero amigo y leal servidor, James Laurence».

—Vaya, Beth, ¡tienes que estar muy orgullosa! Laurie me ha contado lo mucho que quería el señor Laurence a esa niña que murió, y, fíjate, te ha dado su piano. Es lo que pasa por tener los ojos azules y amar la música —dijo Jo, intentando calmar a Beth, que temblaba como una hoja.

—Mira estos candelabros para las velas, y el forro de seda verde con la rosa bordada en oro en el medio, y el atril, y la banqueta. No le falta de nada —añadió Meg, después de abrir el instrumento.

—«Tu leal servidor, James Laurence». ¡Imagínate, escribirte eso! Se lo contaré a las chicas, les parecerá maravilloso —dijo Amy, impresionada por la carta.

—Pruébalo, cielo. Vamos a oír el sonido de este pequeñín —dijo Hannah, que siempre participaba en las alegrías y en las penas de la familia.

Beth lo probó, y todo el mundo afirmó que era el piano más asombroso que habían oído. Estaba claro que lo acababan de afinar, pero, aunque era perfecto, yo creo que su verdadera magia estaba en la alegría de los rostros que lo rodeaban mientras Beth pulsaba con veneración sus preciosas teclas y pisaba los pedales.

—Tendrás que ir a darle las gracias —dijo Jo en broma, porque ni siquiera se le había pasado por la cabeza que la niña pudiese ir de verdad.

—Sí, pienso ir. Creo que voy a ir ahora, antes de que me entre miedo solo de pensarlo.

Y, para asombro de toda la familia, Beth salió hacia el jardín, cruzó el seto y se dirigió con paso resuelto hacia la casa de los Laurence.

—Bueno, ¡que me aspen si no es la cosa más rara que he visto en mi vida! ¡El pianito la ha trastornado! Si estuviera en sus cabales, no habría ido —exclamó Hannah perpleja, mientras las hermanas la seguían con la vista desde la ventana, mudas de asombro.

Pero aún se habrían asombrado más si hubiesen visto lo que hizo Beth a continuación. Sin darse tiempo para pensar, llamó con decisión a la puerta del estudio, y cuando una voz ronca la invitó a entrar, entró y se fue directamente hacia el señor Laurence, que parecía un poco avergonzado, y le tendió la mano, diciendo, con un temblor casi imperceptible en la voz:

—He venido a darle las gracias, señor, por…

Pero no pudo terminar, porque el anciano la miraba con tanto cariño que se olvidó de su discurso y, recordando en cambio a la nieta que había perdido, le echó los brazos al cuello y le dio un beso.

Si el tejado de la casa hubiese salido volando, el señor Laurence no se habría sorprendido más. Pero le gustó. Sí, ¡le gustó muchísimo! Y se sintió

tan conmovido por aquel pequeño gesto, que toda su aspereza se esfumó de golpe, y sentó a la pequeña en sus rodillas, y la abrazó como si fuese su nieta perdida. A partir de ese momento, todos los temores de Beth desaparecieron, y se quedó un buen rato conversando con él como si lo conociese de toda la vida, porque el amor ahuyenta el miedo, y la gratitud derrota al orgullo.

Cuando volvió a casa, él la acompañó hasta la puerta, le estrechó la mano y se despidió saludándola con su sombrero, después de lo cual se dirigió de nuevo a su mansión, muy erguido y elegante, como un antiguo soldado, que es lo que era.

Al ver aquello, Jo se puso a bailar de entusiasmo, y Amy estuvo a punto de caerse por la ventana de la sorpresa, y Meg exclamó, levantando las manos hacia el cielo:

—¡Esto es el fin del mundo!



Jo conoce a Apolión[27]

¿ADÓNDE VAIS, CHICAS? —PREGUNTÓ Amy al entrar en el dormitorio una tarde de sábado y encontrarse a sus hermanas mayores preparándose para salir con cierto aire de secretismo.

—No te importa. Las niñas pequeñas no deben hacer preguntas —replicó Jo, cortante.

Si hay algo mortificante para nuestros sentimientos cuando somos pequeños, es que nos lo recuerden. Y que nos despidan con un «vete, querida» es aún peor.

Ofendida por el insulto, Amy decidió averiguar el secreto, aunque tuviera que insistir una hora. Volviéndose a Meg, que nunca le negaba nada por mucho tiempo, dijo en tono mimoso:

—Dímelo, anda… Creo que deberíais dejarme ir con vosotras, porque Beth está con su piano y yo no tengo nada que hacer, y me siento muy sola.

—No puedo, querida, porque no te han invitado —comenzó Meg; pero Jo la interrumpió impaciente.

—Calla, Meg, o lo estropearás todo. No puedes ir, Amy, así que no seas cría y deja de lloriquear.

—Vais a algún sitio con Laurie, seguro. Ayer por la noche estuvisteis cuchicheando y riendo en el sofá, y cuando entré parasteis. Vais con él, ¿a que sí?

—Sí. Ahora estate callada y deja de dar la lata.

Amy dejó descansar la lengua, pero no los ojos, y se fijó en que Meg deslizaba un abanico en su bolsillo.

—¡Ya lo sé! Vais al teatro a ver *Los siete castillos* —afirmó triunfal, y añadió con decisión—: y yo también voy, porque madre dijo que la podía ver, y tengo mi dinero de las propinas, así que habéis hecho muy mal en no avisarme a tiempo.

—Escúchame un momento y sé una buena chica —dijo Meg en tono sereno—. Madre no quiere que vayas esta semana, porque estás acatarrada.

La semana que viene podrás ir con Beth y con Hannah, y os lo pasaréis genial.

—Prefiero mil veces ir con vosotras y con Laurie. Por favor, dejadme. Llevo tanto tiempo encerrada con este resfriado, que me muero por un poco de diversión. ¡Por favor, Meg! Me portaré muy bien —suplicó Amy con voz lastimera.

—Supón que la llevamos. No creo que a madre le importe, si la abrigamos bien —empezó Meg.

—Si va ella no voy yo, y, si no voy yo, a Laurie no le gustará, y, teniendo en cuenta que nos ha invitado solo a nosotras dos, sería de muy mala educación encasquetarle a Amy. Estoy segura de que ella no querrá meterse donde no la llaman —dijo Jo, malhumorada ante la perspectiva de tener que vigilar a una niña inquieta cuando lo que quería era divertirse.

Pero Amy empezó a ponerse las botas.

—Voy a ir —insistió en tono impertinente—. Meg dice que puedo, y pagaré mi entrada, así que Laurie no tiene nada que opinar.

—No podrás sentarte con nosotras, porque tenemos asientos reservados, y sola no puedes sentarte tampoco, así que Laurie tendrá que cederte su sitio y nos arruinarás toda la diversión. O conseguirá otra entrada para ti, y eso sería impropio, cuando no te han invitado. Así que te quedas en casa y no hay más que hablar.

Sentada en el suelo con una bota puesta, Amy se echó a llorar. Meg estaba intentando razonar con ella cuando oyeron a Laurie llamar en la puerta principal, y las dos jóvenes se apresuraron a bajar, dejando a su hermana hecha un mar de lágrimas, porque, de vez en cuando, se le olvidaba lo adulta que pretendía ser y se comportaba como una niña mimada. Justo cuando ya estaban saliendo los tres, Amy apareció en lo alto de las escaleras y dijo en tono amenazador:

—Te arrepentirás de esto, Jo March. Ya lo verás.

—¡Bobadas! —replicó Jo, cerrando la puerta de un portazo.

Se divirtieron muchísimo, porque *Los siete castillos del lago de diamante* era una obra tan brillante y maravillosa como habían imaginado. Pero, a pesar de los diablillos rojos, los chispeantes duendes y los apuestos príncipes y princesas, en el placer de Jo había una pizca de amargura. Los rizos dorados de la reina de las hadas le recordaron a Amy, y en los entreactos se entretuvo preguntándose que habría querido decir su hermana con lo de que «se arrepentiría». Amy y ella chocaban a menudo, porque las dos eran impulsivas y reaccionaban con violencia cuando las provocaban. Amy hacía rabiar a Jo, y

Jo se burlaba de Amy, y de vez en cuando estallaba el conflicto, aunque luego las dos se avergonzaban. A pesar de ser la mayor, Jo era la que menos autocontrol tenía, y le costaba horrores dominar aquel fiero temperamento que siempre la estaba metiendo en líos. Eso sí, sus enfados nunca duraban mucho, y siempre terminaba admitiendo su falta y arrepintiéndose de verdad. Sus hermanas solían decir que les gustaba provocar a Jo, porque después de cada enfado se volvía un ángel. La pobre Jo intentaba desesperadamente ser buena, pero sus indomables demonios interiores siempre parecían dispuestos a derrotarla, y tuvieron que pasar muchos años hasta que aprendió a lidiar con ellos.

Cuando volvieron a casa, se encontraron a Amy leyendo en el salón. Al verlas entrar, adoptó una expresión dolida, y no levantó los ojos del libro ni hizo una sola pregunta. Quizá la curiosidad se habría impuesto al rencor, de no ser porque ya tenía a Beth para preguntar y para recibir una brillante descripción de la velada.

Cuando subió a quitarse su mejor sombrero, la primera mirada de Jo se dirigió a su escritorio, porque en su última pelea Amy se había desahogado volcando el cajón de Jo en el suelo. Sin embargo, todo estaba en su sitio, así que, después de echar una ojeada rápida a sus armarios, cajas y bolsas, Jo dedujo que Amy la había perdonado y se había olvidado del asunto.

Se equivocaba, porque al día siguiente hizo un descubrimiento que provocó una tempestad. A media tarde, Meg, Beth y Amy estaban sentadas juntas cuando Jo irrumpió en la sala muy alterada, y preguntó sin aliento:

—¿Alguien ha cogido mi libro?

Meg y Beth contestaron que no de inmediato, sorprendidas. Amy se levantó a atizar el fuego y no dijo nada. Jo notó que se ruborizaba, y se abalanzó sobre ella.

—Amy, lo tienes tú.

—No, no lo tengo.

—Pues entonces, sabes dónde está.

—No, no lo sé.

—¡Es mentira! —gritó Jo, agarrándola por los hombros, con una expresión lo bastante salvaje como para aterrorizar a una niña mucho más valiente que Amy.

—No lo es. No lo tengo, no sé dónde está ahora, y no me importa.

—Tú sabes algo, y más vale que lo digas ahora mismo, o te voy a… —Jo le dio una leve sacudida.

—Ponte como quieras, no volverás a ver nunca tu estúpido libro —replicó Amy calentándose a su vez.

—¿Por qué no?

—Porque lo he quemado.

—¿Qué? ¿Mi libro? ¿Con lo que es para mí? ¿Con el tiempo que le he dedicado? Pensaba acabarlo antes de que volviera padre. ¿De verdad lo has quemado?

Jo se había puesto muy pálida. Sus ojos brillaban desencajados mientras seguía agarrando con fuerza a Amy.

—¡Sí, lo hice! Te dije que me las pagarías por lo de ayer, y lo he cumplido, así que…

Amy no pudo decir nada más, porque la furia de Jo la dominó por completo, y se vio sacudida adelante y atrás hasta que los dientes le castañetearon en la boca.

—¡Eres mala! ¡Eres horriblemente mala! No puedo volver a escribirlo, y no pienso perdonarte mientras viva.

Meg acudió al rescate de Amy, y Beth corrió a apaciguar a Jo, pero esta se encontraba fuera de sus casillas, y, cuando por fin lograron separarla de su hermana, corrió a las escaleras para refugiarse en el viejo sofá de la buhardilla.

Abajo, las cosas se fueron calmando, porque la señora March llegó a casa y, después de escuchar lo ocurrido, le hizo ver a Amy la gravedad de lo que le había hecho a su hermana. El libro de Jo era su mayor orgullo, y toda la familia lo consideraba un proyecto literario de lo más prometedor. Contenía solo media docena de cuentos de hadas, pero Jo había trabajado muy duro en ellos, poniendo toda su alma en la obra, con la esperanza de que fuera lo bastante buena como para publicarla. Incluso los había copiado con gran cuidado y había destruido el manuscrito original, de modo que el fuego de Amy había consumido el trabajo de varios años. A otros podía parecerles una minucia, pero ella sentía que nunca se recuperaría de aquello. Beth estaba tan destrozada como si se le hubiese muerto uno de sus gatitos, y Meg no hizo ningún intento de defender a su protegida. La señora March parecía disgustada y triste, y Amy tuvo la sensación de que nadie volvería a quererla a menos que pidiese perdón por aquella acción que ahora lamentaba.



Cuando sonó la campanilla del té, Jo apareció con una expresión tan seria y distante, que a Amy le costó reunir el valor para decir humildemente:

—Por favor, perdóname, Jo. Lo siento mucho. Muchísimo.

—Nunca te perdonaré —fue la grave respuesta de Jo, y, a partir de ese momento, ignoró a Amy por completo.

Nadie habló de lo ocurrido, ni siquiera la señora March, ya que todas sabían por experiencia que, cuando Jo estaba así, no había palabras en el mundo que pudieran consolarla, y lo mejor era esperar hasta que algún incidente, o su propio carácter generoso, suavizase su resentimiento y cicatrizase la herida. No fue una tarde alegre, porque, aunque estuvieron cosiendo como de costumbre mientras su madre les leía, faltaba algo, y se notaba que la paz del hogar había desaparecido. Sobre todo, lo notaron cuando llegó el momento de cantar, porque Beth se limitó a tocar el piano, Jo se quedó muda como una roca, y Amy estalló en sollozos, así que Meg y su madre terminaron cantando solas. Pero, a pesar de sus esfuerzos por mostrarse alegres como alondras, sus voces aflautadas no parecían coordinarse como otras veces, y de vez en cuando desafinaban.

Cuando Jo fue a recibir su beso de buenas noches, la señora March le susurró suavemente:

—Hija, no te vayas de dormir enfadada. Perdonaos una a la otra, ayudaos mutuamente, y, mañana, empezad de cero.

A Jo le habría gustado acurrucarse en su regazo y quedarse allí llorando hasta que le saliesen toda la ira y la pena que llevaba dentro, pero las lágrimas le parecían una debilidad, y se sentía tan profundamente herida que aún no estaba lista para perdonar. Así que parpadeó, meneó la cabeza y dijo con voz áspera, porque sabía que Amy estaba escuchando:

—Fue algo abominable, y no se merece que la perdone.

Después de decir eso, se fue a la cama, y esa noche no hubo risas ni confidencias.

Amy estaba muy ofendida por el desprecio hacia sus ofertas de paz, y empezaba a arrepentirse de haberse humillado. Se sentía más herida que nunca, y adoptó un aire de superioridad moral exasperante. Jo seguía pareciendo una nube de tormenta, y el día fue de mal en peor. Por la mañana hacía un frío helador, la empanada se le cayó a una alcantarilla, la tía March estuvo particularmente quisquillosa, Meg se mostró muy susceptible, y hasta Beth parecía triste y ausente cuando volvió a casa. Amy continuaba haciendo observaciones sobre la gente que siempre hablaba de ser buena y luego ni siquiera lo intentaba, a pesar de los virtuosos ejemplos que tenían a su alrededor.

«Todo el mundo está tan insoportable, que voy a ver si a Laurie le apetece patinar. Él siempre es agradable y divertido, y me hará sentir mejor, seguro», se dijo Jo, y se fue a buscar a su amigo.

Al oír el tintineo de los patines, Amy miró hacia fuera, dolida.

—¡Ahí esta! Me prometió que la próxima vez me llevaría, porque este año no volveremos a tener hielo. Pero cualquiera se lo dice a esa gruñona.

—No hables así —la regañó Meg—. Fuiste malísima con ella, y es normal que le cueste perdonarte, pero yo creo que ya está preparada, si se lo pides en el momento adecuado. Vete detrás de ellos. No le digas nada a Jo hasta que esté con el bueno de Laurie. Aprovecha un momento tranquilo y, simplemente, vete y dale un beso. Estoy segura de que te perdonará de todo corazón.

—Lo intentaré —dijo Amy, y corrió a prepararse para salir corriendo tras su hermana y Laurie, que acababan de desaparecer al otro lado de la colina.

No se encontraban lejos del río, pero los dos estaban ya preparados cuando Amy los alcanzó. Jo la vio venir y le dio la espalda. Laurie no la vio, porque estaba patinando con cuidado por los bordes del cauce, probando el hielo, ya que antes de aquella helada había habido unos días más tibios.

—Voy hasta el primer meandro para ver si está firme antes de que empecemos la carrera —le oyó decir Amy. Y salió disparado… Parecía un joven ruso, con su gorro y su abrigo ribeteado de piel.

Jo oyó a Amy jadear tras ella, patear el suelo con los pies y soplarse en los dedos para entrar en calor antes de ponerse los patines, pero no se volvió, y empezó a deslizarse en zigzag río abajo, regodeándose con amarga satisfacción en los problemas de su hermana. Había dejado crecer su ira y ahora la dominaba por completo. Cuando Laurie pasó la curva, le gritó:

—Quédate junto a la orilla. En el centro no es seguro.

Jo lo oyó, pero Amy estaba luchando por no caerse y no se enteró de nada. Jo miró por encima de su hombro, y su pequeño demonio interior le susurró al oído:

—Da igual que lo haya oído o no, que se las arregle como pueda.

Laurie había desaparecido tras la curva, Jo estaba a punto de hacerlo, y Amy, que se había quedado muy atrás, se desvió hacia el centro del río, donde el hielo era más fino. Jo se quedó inmóvil un momento, con una sensación extraña, y, después, decidió reanudar la marcha. Pero algo se lo impidió y le hizo volverse justo a tiempo para ver a Amy agitar los brazos mientras resonaba el crujido del hielo roto. Un instante después, la niña se hundió con un grito.

Jo se quedó petrificada de horror. Intentó llamar a Laurie, pero se había quedado sin voz. Trató de moverse, pero no tenía fuerza en las piernas, y, por un momento no pudo hacer otra cosa que quedarse inmóvil mirando la cara aterrorizada y la capucha azul que sobresalían sobre el agua oscura. Hasta que algo pasó silbando a su lado, y la voz de Laurie gritó:

—Coge una estaca de la valla. ¡Deprisa, deprisa!

No sabía cómo, pero lo hizo. Durante los siguientes minutos forcejeó como una posesa para cumplir la orden de Laurie, que no había perdido la calma y estaba tumbado en el hielo, sujetando a Amy con su brazo y el palo de hockey, hasta que Jo logró arrastrar la estaca desde la valla y entre los dos sacaron a la niña, más atemorizada que herida.

—Vamos, tenemos que llevarla a casa lo más rápido posible. Abrígala todo lo que puedas mientras yo le quito esos malditos patines —gritó Laurie, envolviendo a Amy en su abrigo e intentando desabrochar las correas que se enredaban alrededor de los tobillos.

Temblando, chorreando y llorando, consiguieron llevar a Amy a casa. Durante el alboroto que se produjo a su llegada, Jo apenas dijo palabra, pero iba y venía sin parar de un lado a otro, pálida y desencajada, con el abrigo a medio quitar, el vestido desgarrado y las manos llenas de arañazos y golpes. Solo cuando todo se quedó tranquilo, con Amy dormida, la señora March, que estaba sentada junto a la cama, le hizo una seña para que se acercara y empezó a vendarle las manos heridas.

—¿Estás segura de que se pondrá bien? —susurró Jo, mirando hacia los rizos dorados de su hermana, que podían haber desaparecido para siempre bajo aquel hielo traidor.

—Perfectamente. No está herida, y no creo que se resfríe siquiera, porque tuvisteis cuidado de abrigarla y la trajisteis a casa enseguida —replicó su

madre en tono cálido.

—Lo hizo todo Laurie. Yo solo la dejé a su aire. Madre, si se muere, será culpa mía.

Jo se arrodilló junto a la cama hecha un mar de lágrimas y contó lo que había pasado, condenándose amargamente por su dureza.

—¡Es por culpa de mi condenado mal genio! Intento curarme, creo que lo he conseguido y resulta que vuelve peor que nunca. Madre, ¿qué puedo hacer? ¿Qué puedo hacer? —sollozaba la pobre, desesperada.

—No te canses de intentarlo, y no pienses que es imposible dominar tu defecto —dijo la señora March, atrayendo hacia su hombro la despeinada cabeza y besándole la mejilla con tanta ternura, que Jo lloró aún con más fuerza.

—Tú no lo entiendes. ¡No te puedes imaginar lo horrible que es! Cuando estoy furiosa, es como si me sintiera capaz de todo. Me vuelvo salvaje, podría hacerle daño a cualquiera y disfrutar con ello. Tengo miedo de hacer algo espantoso algún día y arruinar mi vida. Ay, mamá, ¡ayúdame! ¡Ayúdame!

—Jo, hija, todos tenemos nuestras debilidades, algunas mucho más graves que las tuyas, y a veces nos lleva la vida entera dominarlas. Tú crees que tienes el peor genio del mundo, pero el mío era exactamente igual.

—¿El tuyo, madre? Pero ¡si tú nunca te enfadas! —Y, por un momento, la sorpresa hizo que Jo se olvidase de sus remordimientos.

—Llevo intentando curarme cuarenta años, y lo más que he conseguido es controlarme un poco. Me enfado casi todos los días de mi vida, Jo, pero he aprendido a no mostrarlo, y tengo la esperanza de aprender también a no sentirme así, aunque puede que me lleve otros cuarenta años.

La paciencia y humildad de aquel rostro que tanto quería fueron para Jo una lección mejor que cualquier sermón o reproche. Aquella confesión la consoló y la reconfortó. Saber que su madre tenía el mismo defecto que ella y luchaba por enmendarlo hacía que su propia carga pareciese más fácil de sobrellevar, y fortaleció su resolución de cambiar, aunque cuarenta años le parecían demasiado tiempo para conseguirlo.

—Mamá, cuando estás enfadada aprietas los labios y te vas de la habitación, ¿verdad? Como, por ejemplo, cuando la tía March te echa una regañina —dijo Jo, sintiéndose más cercana a su madre que nunca.

—Sí. He aprendido a callarme las palabras hirientes que me vienen a los labios en esos momentos, y, cuando noto que se me van a escapar en contra de mi voluntad, salgo un momento, y me doy una pequeña sacudida a mí

misma por ser tan débil —contestó la señora March con un suspiro y una sonrisa, acariciando los despeinados cabellos de Jo.

—¿Y cómo aprendiste a callarte? Porque a mí se me escapan las palabras antes de que me dé cuenta, y, cuanto más hablo, peor es todo, porque es como si disfrutara diciendo cosas horribles. Dime cómo lo haces, mamá.

—Mi madre solía ayudarme…

—Como tú a mí —dijo Jo, interrumpiéndola con un beso en la mejilla.

—Pero la perdí cuando era poco mayor que tú, y durante años luché yo sola, porque era demasiado orgullosa para confiarle mi debilidad a nadie. Lo pasé mal, Jo, y lloré mucho, porque, a pesar de mis esfuerzos, me parecía que no conseguía nada. Después llegó tu padre, y era tan feliz, que ser buena se volvió fácil. Pero, poco a poco, con cuatro hijas pequeñas y sin dinero, los viejos problemas volvieron, porque no soy paciente por naturaleza, y me sublevaba la idea de que a mis hijas les faltase algo.

—¡Pobre mamá! ¿Y quién te ayudó?

—Tu padre, Jo. Nunca pierde la paciencia, nunca duda ni se queja, siempre tiene esperanza, y trabaja y se esfuerza de tal manera que no tienes más remedio que seguir su ejemplo. Él me ayudaba y me consolaba, y me hizo ver que debía poner en práctica todas las virtudes que quería ver en mis hijas, porque el ejemplo es fundamental. Hacerlo por vosotras fue más fácil que hacerlo por mí. Cuando hablaba con aspereza y una de vosotras me miraba asustada, me sentía peor que si alguien me hubiese cubierto de recriminaciones, y la confianza de mis hijas se convirtió en la mejor recompensa a mis esfuerzos por ser la mujer que quería ser.

—Ay, mamá, yo, con llegar a ser la mitad de buena que tú, me conformaría —exclamó Jo conmovida.

—Seguro que serás mucho mejor, pero tienes que estar alerta para que esta tendencia tuya no te arruine la vida.

—Lo haré, madre, de verdad que lo haré. Pero tienes que ayudarme, y recordármelo. Algunas veces he visto a padre mirarte y ponerse un dedo en la boca, y entonces tú apretabas los labios y te ibas. ¿Era un aviso?

—Sí. Le pedí que lo hiciera, y él nunca se olvida.

En ese momento, Amy se removió y suspiró en sueños. Jo la miró con una intensa expresión de pesar.

—Me fui a dormir enfadada. No quise perdonarla, y hoy, si no hubiera sido por Laurie, podría haber sido demasiado tarde. ¿Cómo pude ser tan mala? —dijo a media voz. Y se inclinó sobre su hermana para acariciarle con suavidad los húmedos cabellos desparramados sobre la almohada.

Como si la hubiese oído, Amy abrió los ojos, tendió los brazos y sonrió de un modo que a Jo le llegó al alma. Ninguna de las dos dijo ni una palabra, pero se abrazaron con fuerza sobre las mantas, y todo quedó olvidado y perdonado.

El Club Pickwick y el buzón de correos

CON LA PRIMAVERA LLEGARON nuevas diversiones, y, al ser más largos los días, disponían de tiempo durante la tarde para trabajar y para toda clase de entretenimientos. Había que organizar el jardín, y cada hermana tenía un pequeño terreno para hacer con él lo que quisiera. En el de Meg crecían rosas y heliotropo, mirtos[28] y un pequeño naranjo. El de Jo cambiaba cada temporada, porque siempre estaba experimentando con cosas nuevas. Ese año tocaba una plantación de girasoles, cuyas semillas estaban destinadas a alimentar a la tía Cockle[29] y a sus polluelos. El de Beth estaba lleno de flores antiguas, de fragante aroma, como guisantes de olor, espuela de caballero, reseda, clavelinas, pensamientos y artemisa[30], con alpiste para los pájaros y hierba gatera por los mininos. Amy tenía un emparrado pequeño y desigual, pero muy bonito, con madreselvas e ipomeas[31] que colgaban de él formando graciosas guirnaldas, además de azucenas, delicados helechos, y todas las flores llamativas y pintorescas que conseguía hacer crecer.

Los jardines, los paseos, las excursiones al río y la recolección de flores animaban los días de buen tiempo, y, cuando llovía, tenían diversiones en casa, algunas viejas, otras nuevas, y todas más o menos originales. Una de ellas era el C. P., porque, como las sociedades secretas estaban de moda, les pareció apropiado tener una, y, como las chicas admiraban a Dickens[32], la llamaron el Club Pickwick[33]. Con algunos intervalos de inactividad, habían conseguido mantenerla activa durante un año, y se reunían cada sábado por la noche en la gran buhardilla, con el siguiente ceremonial: colocaban tres sillas en fila ante una mesa con una lámpara, se ponían sus insignias del club, cada una de un color, y sacaban el semanario titulado *Los papeles de Pickwick*, en el que todas escribían y Jo hacía de editora. A las siete en punto, las cuatro subían al club, se ponían las insignias y se sentaban con gran solemnidad. Meg, por ser la mayor, era Samuel Pickwick; Jo, por sus inclinaciones literarias, hacía de Augustus Snodgrass; Beth, por su piel sonrosada, hacía de Tracy Tupman, y Amy, que siempre se empeñaba en cosas imposibles, era Nathaniel Winkle. El presidente, Pickwick, leía el periódico, que estaba lleno

de originales cuentos, poemas, noticias locales, anuncios divertidos, e indirectas en las que se recordaban unas a otras sus faltas o errores sin perder el sentido del humor.

Un sábado de primavera, después de que el presidente terminase la lectura completa de todas las secciones de su publicación y de que resonara el correspondiente aplauso, el señor Snodgrass se puso en pie para hacer una propuesta.

—Señor presidente… Caballeros… —comenzó, adoptando una actitud y un tono propios de un parlamentario—. Quisiera proponer la admisión de un nuevo miembro, alguien que lo merece de verdad y que estaría profundamente agradecido, y que aportaría muchísimo al espíritu del club y la calidad literaria del periódico, además de ser increíblemente majo y agradable. Propongo al señor Theodore Laurence como miembro honorario del Club Pickwick. Vamos, aceptadlo.

El brusco cambio de tono hizo reír a sus hermanas, pero todas parecían un poco nerviosas, y nadie habló mientras Snodgrass regresaba a su asiento.

—Lo someteremos a votación —dijo por fin el presidente—. Todos los que estén a favor de esta moción, que lo manifiesten diciendo: «Sí».

Se oyó el ruidoso asentimiento de Snodgrass, seguido, para sorpresa de todas, con otro mucho más tímido de Beth.

—Los que estén en contra, que digan «no».

Meg y Amy estaban en contra, y el señor Winkle se levantó para defender su postura con gran elegancia:

—No queremos chicos. No hacen más que armar jaleo y gastar bromas. Este es un club de señoritas, y queremos que continúe siendo privado.

—A mí me da miedo que se ría de nuestro periódico y de que luego se burle de nosotras —observó Pickwick apartándose un rizo de la frente, como hacía siempre que tenía dudas.

El señor Snodgrass se puso en pie de nuevo, muy serio.

—Le doy mi palabra de caballero de que Laurie no hará nada de eso. Le encanta escribir, y le dará un tono nuevo a nuestra publicación, además de impedir que caigamos en el sentimentalismo, ¿no lo veis? Nosotras podemos hacer muy poco por él, y él hace tanto por nosotras; creo que lo mínimo que debemos plantearnos es ofrecerle un lugar aquí y darle la bienvenida si decide venir.

Aquella hábil alusión a los favores recibidos decidió a Tupman a ponerse en pie para hablar.

—Sí, deberíamos hacerlo, aunque nos dé miedo —afirmó—. Yo digo que puede venir, y su abuelo, si quiere, también.

Aquel animoso impulso de Beth electrizó al club, y Jo se levantó para ir a estrecharle la mano con calor.

—Bueno, venga, vamos a votar otra vez. Que todo el mundo se acuerde de que es nuestro Laurie. Decid «Sí» —exclamó Snodgrass con gran excitación.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! —contestaron al instante las tres voces.

—¡Bien! ¡Que Dios os bendiga! Y ahora, como «la ocasión la pintan calva», según nos suele recordar Winkle, permitidme que os presente al nuevo miembro.

Y, para asombro de resto del club, Jo abrió de par en par la puerta del armario y mostró a Laurie, que estaba sentado sobre una bolsa de trapos, sofocado de tanto contener la risa.



—¡Tramposa! ¡Traidora! Jo, ¿cómo has podido? —exclamaron las tres chicas mientras Snodgrass conducía a su amigo a la mesa con una sonrisa triunfal y sacaba para él una silla y una insignia que tenía preparadas.

—Vuestro descaro es increíble —comenzó el señor Pickwick, e intentó fruncir el ceño de un modo impresionante, pero lo que le salió fue una sonrisa.

El nuevo miembro, sin embargo, se mostró a la altura de la ocasión, y, poniéndose en pie, con una formal reverencia hacia la Presidencia, dijo en tono agradecido:

—Señor presidente, queridas damas…, perdón, caballeros… Permítanme presentarme como Sam Weller[34], humilde servidor de este club.

—¡Bien! ¡Muy bien! —dijo Jo aporreando la mesa con el mango de un calientacamas[35].

—Mi fiel amigo y noble patrocinador —continuó Laurie saludando con la mano—, que me ha presentado de un modo tan elogioso, no debe ser culpado por la artera estratagema utilizada esta noche. Yo la planeé, y solo cedió después de mucha insistencia por mi parte.

—Vamos, no te eches toda la culpa. Sabes que la idea del armario fue mía —interrumpió Snodgrass, que se lo estaba pasando en grande.

—No le hagan caso. Yo soy el infeliz que lo puso en práctica, señor —dijo el nuevo miembro con una nueva reverencia hacia Pickwick. Pero, por mi honor, no volveré a hacer nada parecido, y a partir de ahora me entregaré en cuerpo y alma a este inmortal club.

—¡Escuchadle! ¡Escuchadle! —dijo Jo, haciendo vibrar la tapa del calientacamas como si fuera un platillo.

—Solo quiero añadir que, como sencilla muestra de mi gratitud por el honor que acabo de recibir, y con el fin de promover la amistad entre naciones vecinas, he colocado un buzón en el seto, en la esquina de abajo del jardín. Se trata de una antigua pajarera. He abierto el techo para que quepan toda clase de cosas, y así nos ahorraremos un montón de tiempo. Cartas, manuscritos, libros y paquetes pueden intercambiarse a través del buzón, y, como cada nación va a tener una llave, creo que va a funcionar perfectamente bien. Permítanme hacerles entrega de la llave del club.

Siguió un gran aplauso mientras el señor Weller depositaba la llave sobre la mesa y ocupaba su asiento, acompañado por el salvaje tintineo del calientacamas. Cuando el alboroto se calmó, se produjo una larga discusión en la que todas las intervenciones fueron acaloradas e interesantes, porque todos querían dar lo mejor de sí mismos. Así que fue una reunión de lo más animada, y no terminó hasta bien tarde, con tres hurras de despedida al nuevo miembro.

Nadie se arrepintió nunca de la admisión de Sam Weller, porque no podía haber un miembro del club más entregado, educado y jovial. Desde luego, añadió «ingenio» a las discusiones y «tono» al periódico, porque sus discursos conmocionaban a la audiencia y sus artículos estaban muy bien escritos, ya fuesen patrióticos, ya clásicos, cómicos o dramáticos (pero nunca sentimentales). De modo que el Club Pickwick continuó siendo una institución de lo más respetable, y floreció como nunca, porque en sus reuniones surgían tantas cosas curiosas como en el nuevo buzón de correos. Tragedias y corbatas, poesía y pepinillos en vinagre, semillas para el jardín y

largas cartas, música y pan de jengibre, gomas de borrar, invitaciones, quejas y hasta cachorros. Al anciano señor Laurence le encantaban aquellos tejemanejes. Él mismo se encargaba de introducir en el buzón paquetes raros, mensajes misteriosos y telegramas graciosos, y su jardinero, gran admirador de Hannah, incluso llegó a mandarle una carta de amor por mediación de Jo. Todos se rieron de buena gana cuando el secreto salió a la luz… sin sospechar las muchas cartas de amor que aquel buzón estaba destinado a recibir en los años venideros.

Experimentos

¡YA ES UNO DE junio! Los King se van a la costa mañana, ¡y quedaré libre! Tres meses de vacaciones… ¡Cómo voy a disfrutarlos! —exclamó Meg entrando en casa una cálida tarde y encontrándose a Jo exhausta sobre el sofá mientras Beth le quitaba las botas y Amy preparaba limonada para todas.

—La tía March se ha ido hoy, ¡menos mal! —dijo Jo—. Tenía miedo de que me pidiera que fuese con ella. Si lo hubiese hecho, me habría sentido obligada a acompañarla, y Plumfield[36] es tan divertido como un cementerio. Tuvimos mucho jaleo con el equipaje, y yo estaba aterrada cada vez que me dirigía la palabra, porque tenía tantas ganas de verla marchar que fui mucho más agradable con ella de lo normal, pero luego pensé que, con tanta amabilidad, no iba a querer separarse de mí. Estuve temblando hasta que la vi en el coche, y todavía me dio un susto al final, porque, cuando ya habían arrancado, asomó la cabeza por la ventanilla y me llamó: «¿Josephine, no querrías…?». No oí la continuación, porque me di la vuelta y salí corriendo. Corriendo de verdad… No paré hasta que doblé la esquina.

—¡Pobre Jo! Llegó como si la hubiese estado persiguiendo una manada de osos —dijo Beth, acariciando a su hermana.

—¿Y qué vamos a hacer en vacaciones? —preguntó Amy.

—Yo, levantarme tarde y no hacer nada —contestó Meg desde la mecedora—. Llevo madrugando todo el invierno, trabajando para otra gente… Así que, ahora, pienso descansar todo lo que me dé la gana.

—No… A mí tanta inacción no me va. He conseguido un montón de libros, y me pienso pasar el día leyendo subida en el viejo manzano.

—Beth, nosotras también podríamos dejar de estudiar por un tiempo y dedicarnos a descansar, como ellas —propuso Amy.

—Me parece bien, si a mamá no le importa. Quiero aprender unas canciones nuevas, y mis muñecas no tienen ropa para el verano.

—¿Podemos, mamá? —preguntó Meg volviéndose hacia la señora March, que estaba cosiendo en su rincón habitual.

—Podéis probar una semana, como experimento, y a ver qué tal os sentís. Seguro que el sábado por la noche habréis llegado a la conclusión de que divertirse todo el rato es tan malo como trabajar sin descanso.

—¡Qué va! ¡Va a ser maravilloso! —suspiró Meg, encantada.

—Entonces, propongo un brindis —anunció Jo—. ¡Todo disfrutar y nada de sudar!

Todas alzaron los vasos de limonada y, después de beber alegremente, comenzaron el experimento.

A la mañana siguiente, Meg no apareció hasta las diez. Desayunar sola no le gustó demasiado, y la sala le pareció solitaria y desarreglada, porque Jo no había puesto flores en los jarrones, y Beth no había limpiado el polvo, y Amy había dejado sus libros por todas partes. Lo único que seguía estando limpio y ordenado era el rincón de su madre. Y allí se instaló Meg a «leer y descansar», es decir, a bostezar y a soñar con los preciosos vestidos de verano que iba a hacerse con su sueldo.

Jo se pasó la mañana en el río con Laurie, y la tarde leyendo emocionada *El ancho, ancho mundo* en la copa del manzano. Beth empezó a sacarlo todo del armario de sus muñecas, pero se cansó a la mitad, lo dejó patas arriba y se fue a tocar el piano, encantada de no tener que fregar los platos. Amy arregló su emparrado, se puso su mejor vestido blanco, se peinó los rizos y se sentó a dibujar bajo las madreselvas, con la esperanza de que alguien la viera y se preguntase quién era aquella joven artista. Pero, como no apareció nadie, aparte de una araña curiosa que observó su obra con interés, se fue a pasear, hasta que la sorprendió un chaparrón y tuvo que volver a casa empapada.

A la hora del té intercambiaron impresiones, y todas estuvieron de acuerdo en que había sido un día delicioso, aunque se les había hecho un poco largo. Meg, que había salido de compras por la tarde y había vuelto con una delicada muselina[37] azul, descubrió, después de cortar la tela, que no podía lavarse, y se llevó cierto disgusto. Jo se había quemado la nariz remando en el río, y le dolía la cabeza de tanto leer. Beth estaba agobiada con el desorden del armario y la dificultad de aprenderse tres o cuatro canciones a la vez, y Amy lamentaba haberse estropeado el vestido. Pero todo aquello no eran más que pequeños inconvenientes, y le aseguraron a su madre que el experimento iba de maravilla. Ella sonrió sin decir nada, y se ocupó con Hannah de hacer todo lo que había quedado pendiente para que la casa siguiese estando en perfecto orden.

Era asombroso el efecto de aquel «descanso y diversión» a medida que iba transcurriendo la semana. Los días se les hacían cada vez más largos, y el

humor de las muchachas se volvió tan inestable como el tiempo. Meg se permitió el lujo de dejar de coser, pero luego le sobraba tanto tiempo que empezó a estropear sus vestidos intentando remodelarlos y adornarlos. Jo leía hasta que le fallaba la vista, y terminó hartándose de los libros. Estaba tan nerviosa que hasta discutió con el bueno de Laurie, y eso la abatió tanto que empezó a lamentar no haberse ido con la tía March. A Beth le iba mejor, porque cada poco se le olvidaba el experimento y volvía a sus viejas costumbres, pero el ambiente general también la afectó, y se la veía más intranquila que de costumbre, tanto, que una vez incluso sacudió a su muñeca Joanna y le dijo que era un «espantajo». Amy era la que peor lo llevaba, porque no tenía tantos recursos como las otras, y, cuando se veía obligada a divertirse sola, sus aires de importancia resultaban un poco ridículos. No le gustaban las muñecas, los cuentos le parecían demasiado infantiles, y no podía pasarse todo el día dibujando. Tampoco le interesaban las excursiones ni los pícnics, a no ser que se organizasen a lo grande, así que, al cabo de unos días de diversión continua, estaba muerta de aburrimiento.

Ninguna de ellas habría admitido que estaba harta del experimento, pero, cuando llegó el viernes por la noche, todas se alegraron de que la semana se estuviera acabando.

Para que la lección calase todavía más, la señora March decidió rematar la prueba con una última sorpresa: le dio el día libre a Hannah, y dejó que las chicas descubriesen por sí mismas los efectos de tanta ociosidad.

El sábado por la mañana, cuando se levantaron, no había fuego en la cocina, ni desayuno en el comedor, y su madre no estaba por ninguna parte.

—¡Ay, Dios mío! Pero ¿qué ha pasado? —preguntó Jo, mirando a su alrededor desolada.

Meg corrió arriba y regresó al poco rato, aliviada pero bastante perpleja, y un poco avergonzada.

—Mamá no está enferma, solo cansada, y dice que se va a quedar tranquila en su cuarto todo el día, y que nos las arreglemos como podamos. Es muy raro, no es propio de ella… no parece ella misma. Pero dice que ha sido una semana muy dura, así que hoy tenemos que apañarnos solas.

—Eso es fácil, y me gusta la idea. Me muero de ganas de hacer algo…, quiero decir, de divertirme. Ya sabéis —aclaró Jo rápidamente.

En realidad, suponía un inmenso alivio tener algo que hacer, y todas se pusieron manos a la obra con la mejor voluntad del mundo. Sin embargo, no tardaron en darse cuenta de que el trabajo del hogar, como solía decir Hannah,

«no era ninguna broma». Había mucha comida en la despensa, y, mientras Beth y Amy ponían la mesa, Meg y Jo prepararon el desayuno.

—Le subiré el suyo a mamá, aunque dijo que no nos preocupásemos por ella —dijo Meg, que presidía la mesa como una pequeña matrona detrás de la tetera.

De modo que prepararon una bandeja y se la subieron con saludos de parte de las cocineras. El té estaba amargo, la tortilla, quemada, y las galletas tenían grumos, pero la señora March les dio las gracias, y solo se echó a reír cuando Jo se fue.

«Pobrecillas, lo van a pasar mal, pero les va a venir muy bien», se dijo, sacando otros manjares más apetecibles que se había preparado con antelación y tirando lo que le habían traído, para fingir que se lo había comido y no herir los sentimientos de las chicas. Abajo llovían las quejas, y la cocinera jefa estaba muy disgustada.

—No te preocupes, Meg. Yo haré la comida, y tú harás de señora de la casa, así no te estropearás las manos y podrás dar órdenes a todas —propuso Jo, que sabía todavía menos que ella de asuntos culinarios.

La oferta fue aceptada con agradecimiento, y Margaret se retiró a la sala, donde puso orden empujando las pelusas debajo del sofá y bajando las persianas para que no se viera el polvo. Jo, con gran fe en sus capacidades y deseosa de hacer las paces, envió de inmediato una nota al buzón, invitando a Laurie a comer.

—Deberías haber mirado qué es lo que hay antes de invitar a nadie —dijo Meg cuando fue informada de aquel arranque de hospitalidad.

—Bah… Hay carne en conserva y muchas patatas, y voy a comprar espárragos y una langosta, para darnos un capricho, como dice Hannah. Traeré también una lechuga y haremos ensalada. Y, de postre, arroz con leche y fresas. Y también café, que queda muy elegante.

—No te metas a hacer experimentos, Jo… Tú lo único que sabes cocinar son gachas[38] y almíbar[39]. Yo me lavo las manos con lo de la comida. Ya que eres tú la que has invitado a Laurie, ocúpate de él.

—No tienes que hacer nada más que ser agradable y servirle el postre. Me aconsejarás si me meto en algún lío, ¿no?

—Sí, pero yo tampoco tengo mucha idea. Y tendrás que pedirle permiso a mamá antes de comprar nada.

—Pues claro. No soy idiota. —Y Jo se fue, ofendida por las dudas de su hermana.

—Haz lo que quieras y no me molestes. Hoy voy a comer fuera, y no quiero tener que preocuparme de la casa —contestó la señora March cuando Jo fue a preguntarle—. Nunca me ha gustado cocinar, y hoy me voy a tomar el día libre. Quiero leer, escribir, hacer unas visitas y divertirme.

El inusual espectáculo de su madre sentada cómodamente en una mecedora leyendo le pareció a Jo un fenómeno asombroso, como un eclipse, un terremoto o una erupción volcánica.

—Hay algo que no va bien —se dijo mientras bajaba las escaleras—. Ahí está Beth llorando, y eso es señal de que las cosas van mal en esta familia. Como Amy le haya hecho algo, se va a enterar.

Jo corrió hacia el salón y se encontró a Beth sollozando por Pip, el canario, que estaba muerto en su jaula con las garras extendidas en un gesto patético, como pidiendo comida.

—¡Es culpa mía, se me olvidó! ¡No tenía ni agua ni una gota de alpiste! ¡Ay, Pip! ¿Cómo he podido ser tan cruel? —lloraba Beth con el pobre animal entre las manos, como si quisiera revivirlo.

Jo observó los ojos del canario, le puso un dedo en el corazón y, al encontrarlo frío y rígido, meneó la cabeza con tristeza. Después, ofreció su caja de dominó para enterrarlo.

—Mételo en el horno, a lo mejor al calentarse resucita —dijo Amy en tono esperanzado.

—Se ha muerto de hambre, y no pienso cocinarlo encima. Le haré una mortaja, y lo enterraremos en el jardín, y no volveré a tener otro pájaro jamás, nunca, ¡Pip mío! Soy demasiado mala para tener uno —murmuró Beth sentada en el suelo sin soltar el pajarillo.

—El funeral será esta tarde, e iremos todas. Pero no llores más, Beth. Es una pena, pero es que esta semana todo está saliendo mal, y Pip se ha llevado la peor parte del experimento. Hazle la mortaja, ponlo en mi caja, y, después de comer, le haremos un funeral precioso —dijo Jo, que empezaba a arrepentirse de las responsabilidades que había asumido.

Dejando a las otras con Beth, volvió a la cocina, que estaba completamente desorganizada. Poniéndose un gran delantal, apiló los platos para fregarlos, y solo entonces se dio cuenta de que el fuego estaba apagado.

—¡Qué bien! —dijo entre dientes, abriendo la estufa y removiendo las cenizas con energía.

Después de reavivar la llama, decidió ir al mercado mientras el agua se calentaba. El paseo le devolvió el ánimo, y, convencida de que había

comprado unas gangas estupendas, regresó con una langosta demasiado pequeña, unos espárragos pasados y dos cajas de fresas ácidas.

Cuando terminó de fregar, ya era la hora de hacer la comida. La señora March bajó y, después de preguntarles cómo iban las cosas y decirle unas palabras de consuelo a Beth, que presidía el velatorio del canario, se marchó. Al ver desaparecer su gorro gris a la vuelta de la esquina, una extraña sensación de desamparo las invadió a todas, y el desamparo se convirtió en desesperación cuando, unos minutos más tarde, apareció la señorita Crocker y anunció que se quedaba a comer. Aquella dama era una solterona delgada y amarillenta, con nariz de bruja y ojos inquisitivos, que se fijaba en todo para luego chismorrear sobre lo que veía. No les caía bien, pero les habían enseñado a ser amables con ella, ya que era pobre y anciana y tenía pocos amigos. Así que Meg le cedió su sitio y escuchó sus preguntas, sus críticas y sus cotilleos sobre los vecinos.



No hay palabras para describir los apuros que pasó Jo aquella mañana en la cocina, y todo para obtener al final un resultado desastroso. Coció los espárragos más de una hora, hasta que las puntas se deshicieron mientras la parte de abajo seguía dura. El pan se le quemó en el horno porque se entretuvo preparando el aliño de la ensalada. Tardó un buen rato en abrir la langosta, y lo poco que consiguió sacar de su interior se perdió en un mar de hojas de lechuga. Las patatas quedaron crudas, el arroz con leche, grumoso, y las fresas estaban mucho más verdes de lo que esperaba.

—Bueno, siempre pueden comer ternera de lata y mantequilla, si se quedan con hambre. Pero es humillante haber perdido toda la mañana para nada —pensó Jo mientras tocaba la campanilla, media hora después de lo habitual.

De buena gana se habría metido debajo de la mesa cuando los comensales comenzaron a probar los platos y a poner caras raras. Amy reía disimuladamente, Meg parecía muy disgustada, la señorita Crocker hacía pucheros, y Laurie hablaba y reía con toda su alma para animar un poco la escena. Todas las esperanzas de Jo estaban puestas en la fruta, porque la había endulzado con azúcar, y tenía un jarro entero de nata para acompañarla. Por fin respiró un poco cuando se repartieron los bonitos platos de cristal, y todo el mundo miró con aprobación las pequeñas islas rosadas que flotaban en el mar de nata. La primera en probarlo fue la señorita Crocker, que hizo una mueca rarísima y se apresuró a beber agua. Jo, que no se había servido, pensando que a lo mejor no había para todos, miró a Laurie, que se lo estaba comiendo como un valiente, aunque en su boca había un rictus extraño, y no levantaba los ojos del plato. Amy, que era muy golosa, se llevó a la boca una cucharada bien cargada, se atragantó y abandonó la mesa precipitadamente, con la cara oculta en su delantal.

—Pero ¿qué pasa? —preguntó Jo con voz temblorosa.

—Sal en lugar de azúcar, y la nata está agria —contestó Meg en tono trágico.

Solo entonces recordó Jo que se le había olvidado meter la nata en la nevera, y que había espolvoreado las fresas a toda prisa con un polvo blanco que había cogido de una de las dos cajas de la cocina. Se puso colorada, y estaba a punto de echarse a llorar, cuando sus ojos se encontraron con los de Laurie, que, a pesar de sus heroicos esfuerzos, brillaban de diversión. En ese momento vio el lado cómico del asunto, y se echó a reír hasta que las lágrimas le corrieron con las mejillas. Todos se contagiaron, incluso la

Crocker, y la desastrosa comida terminó alegremente, con un poco de pan y mantequilla, aceitunas y buen ambiente.

—Ahora no tengo fuerzas para recoger, así que mejor vamos a hacer el funeral —dijo Jo después de que la señorita Croker se despidiera para ir a contar en otra parte la historia de lo ocurrido.

Laurie cavó una tumba bajo los helechos del jardín, enterraron a Pip y lo cubrieron con musgo. Entre lágrimas, su desconsolada dueña depositó una guirnalda de violetas sobre la lápida, que llevaba el siguiente epitafio (compuesto por Jo mientras luchaba con la comida):

Aquí descansa Pip March,
canario alegre y despierto.
Falleció el siete de junio.
¡Ojalá no hubiera muerto!

Concluida la ceremonia, Beth se retiró a la habitación, agotada por tantas emociones, pero no pudo descansar porque las camas no estaban hechas, y encontró bastante consuelo mullendo las almohadas y ordenando las cosas. Meg ayudó a Jo a retirar los restos del festín, y terminaron tan cansadas que decidieron cenar solo tostadas con un poco de té.

Laurie se llevó a Amy a dar un paseo en coche, lo cual fue un acto de caridad, porque la nata agria parecía haber agriado también su humor. Cuando la señora March regresó a casa, se encontró a sus tres hijas mayores metidas en faena, y el orden impecable del armario le indicó que aquella parte del experimento estaba teniendo los resultados que esperaba.

Antes de que las amas de casa pudiesen descansar, vinieron varias visitas. Después, hubo que preparar el té, hacer algunos recados, coser un par de cosas que habían ido dejando para el último momento… Al atardecer, lograron reunirse por fin en el porche, donde ya florecían las rosas de junio, y, a medida que se iban sentando, se les iban escapando suspiros o gruñidos de satisfacción.

—¡Qué día tan horrible! —dijo Jo.

—Se me ha hecho más corto de lo normal, pero qué desagradable.

—No parecía nuestra casa.

—¿Cómo iba a parecerlo, sin mamá y sin Pip? —suspiró Beth, mirando con melancolía la jaula vacía que colgaba del techo.

—Pero mamá ya está aquí, y mañana tendrás un pájaro nuevo, si lo quieres —dijo la señora March sentándose entre ellas.

Daba la impresión de que su día de descanso no le había resultado mucho más agradable que a sus hijas.

—¿Estáis satisfechas con vuestro experimento, chicas, o queréis probar una semana más? —preguntó, mientras Beth se acurrucaba en su regazo.

—¡Yo no! —afirmó Jo con decisión.

—Yo tampoco —dijeron las otras.

—Holgazanear todo el día no compensa —añadió Jo, meneando la cabeza—. Y me ha dejado tan agotada, que creo que me voy a poner a trabajar en algo ahora mismo.

—Podrías aprender a cocinar. Es algo muy útil —dijo la señora March reprimiendo la risa, porque se había encontrado con la señorita Crocker y ya estaba al tanto de lo ocurrido con la comida.

—Mamá, ¿nos dejaste solas solo para ver cómo nos las arreglábamos? —preguntó Meg, que tenía esa sospecha desde por la mañana.

—Sí. Quería que vieseis que la comodidad de todas depende de que cada una haga su parte. Mientras Hannah y yo hicimos vuestro trabajo, todo fue más o menos bien, aunque no me daba la sensación de que estuvieseis muy contentas. Así que pensé que os vendría bien descubrir lo que pasa cuando cada uno piensa solo en sí mismo. ¿A que es mucho mejor ayudar, y se disfruta más del tiempo libre cuando se ha trabajado antes? El trabajo es bueno para la salud y para la mente, y nos da una sensación de poder e independencia que vale más que la moda o el dinero.

—Trabajaremos como abejas, y encantadas de la vida, además —dijo Jo—. Yo voy a aprender a cocinar como tarea de estas vacaciones, y la próxima vez que haga una comida será un éxito.

—Y yo coseré camisas para padre, en lugar de estar todo el día retocando mis vestidos, que ya están bien como están —dijo Meg.

—Yo estudiaré todos los días, y no pasaré tanto tiempo con la música y las muñecas —declaró Beth.

Y Amy, que no quería ser menos que las demás, anunció en tono heroico:

—¡Y yo voy a aprender a hacer ojales!

El señor Brooke

COMO ERA LA QUE más tiempo pasaba en casa, Beth se encargaba de recoger el correo. La muchacha disfrutaba yendo cada día al buzón, abriendo el candado y examinando la correspondencia. Un día de julio, volvió a casa tan cargada de cartas y paquetes, que parecía una auténtica cartera.

—Mamá, ¡aquí tienes tus flores! Laurie no se olvida nunca —dijo mientras colocaba en un jarrón el ramo que el afectuoso joven renovaba a diario—. Señorita Meg March, tengo una carta y un guante para usted.

—No entiendo. ¿Me dejé los dos y solo vuelve uno? —preguntó Meg examinando su guante gris de algodón—. ¿No se te habrá caído el otro en el jardín?

—No. En el buzón no había más que uno, de eso estoy segura.

—Odio tener guantes desparejados. No importa, puede que el otro aparezca. La carta es solo una traducción de una canción alemana que quería. Sé que la ha hecho el señor Brooke, porque no es la letra de Laurie.

La señora March miró pensativa a Meg, que estaba muy guapa con los rizos que le caían sobre la frente mientras cosía, pero la vio tan sumida en sus ensueños adolescentes y tan inocente y despreocupada, que se quedó tranquila.

—Una carta para el doctor Jo, un libro y un viejo sombrero muy gracioso —anunció Beth riendo al entrar en el estudio donde Jo se había puesto a escribir.

—¡Qué bromista es Laurie! Dije que ojalá se llevaran los sombreros grandes, porque siempre que hace calor me quemo, y me contestó: «¿Qué te importa la moda? ¡Ponte un sombrero grande y ve cómoda!». Yo dije que me lo pondría si tuviera uno, y va y me manda este, para ponerme a prueba. Me lo pienso poner, aunque solo sea por seguirle el juego.

Y, colgando el viejo sombrero sobre un busto de Platón, pasó a leer la carta, que era de Laurie:

Querida Jo,

Mañana van a venir a visitarme unos chicos y chicas ingleses y quiero organizar algo divertido. Si te parece bien, plantaré mi tienda en Longmeadow, e iremos remando hasta allí para comer y jugar al cróquet[40]*. Son gente maja, y nos lo pasaremos bien. Brooke vigilará a los chicos, y Kate Vaughn se encargará de que no haya nada impropio entre las chicas. Quiero que vengáis todas, no dejéis fuera a Beth, nadie la molestará. Yo me encargaré de todo, solo tenéis que venir.*

Con muchas prisas, pero con cariño,

Laurie

—¡Qué maravilla! —exclamó Jo, y corrió a darle la noticia a Meg.

—Podemos ir, ¿verdad, madre? Laurie nos necesita, porque yo sé remar, y Meg vigilará la comida, y las niñas… algo útil podrán hacer.

—Espero que los Vaughn no sean demasiado mayores y remilgados. ¿Sabes algo de ellos, Jo? —preguntó Meg.

—Solo que son cuatro. Kate es mayor que tú, los gemelos Fred y Frank tienen más o menos mi edad, y luego hay una niña, Grace, que tiene nueve o diez años. Laurie los conoció en Europa, y los chicos le caen bien. Por la forma que tiene de hablar de Kate, en cambio, yo creo que no la admira mucho. ¿Vas a venir, Betty?

—Si no dejáis a los chicos que me hablen.

—¡No los dejaremos!

—Quiero portarme bien con Laurie, y el señor Brooke no me da miedo, ¡es tan amable! Pero no quiero ni jugar, ni cantar, ni decir nada. Colaboraré y no daré problemas a nadie, y tú me cuidarás, Jo.

—Esa es mi chica. Estás luchando contra tu timidez, y eso me hace quererte más.

—A mí me han dejado en el buzón una caja de bombones y un grabado que quería copiar —anunció Amy, entrando con su correo.

—Y a mí una nota del señor Laurence pidiéndome que vaya esta noche a tocar un rato para él, antes de que enciendan las lámparas, y voy a ir —explicó Beth, cuya amistad con el anciano caballero iba viento en popa.

—Pues vamos a darnos prisa hoy para hacer doble trabajo, y así mañana podremos divertirnos sin preocuparnos de nada. —dijo Jo, dispuesta a cambiar su pluma por una escoba.

La mañana siguiente amaneció soleada, y desde muy temprano reinó en las dos casas un animado ajetreo.

—¡Jo, no irás a llevar ese horrible sombrero! Pareces un chico con él —protestó Meg al ver que su hermana se ataba la anticuada prenda que Laurie le había regalado en bromas con una cinta roja.

—Por supuesto que sí. Es genial, tan ancho, ligero y grande. Es gracioso, y no me importa parecer un chico si estoy cómoda.

Con estas palabras, Jo se dirigió a la puerta, y las demás la siguieron, todas con sus mejores vestidos de verano y la expresión más alegre posible en sus caras.

Laurie se adelantó a recibirlas y se hicieron las presentaciones en el césped. Además de los ingleses, estaban invitados Sallie Gardener y Ned Moffat, dos jóvenes del vecindario. Meg se tranquilizó al comprobar que la señorita Kate, a pesar de tener veinte años, iba vestida con gran sencillez, aunque tenía cierto aire de «mírame y no me toques» que contrastaba con los modales directos de las otras chicas. A Amy, Grace le pareció una personita encantadora y bien educada, y, después de los primeros momentos de incomodidad, enseguida se hicieron amigas.

Las tiendas y el almuerzo habían sido enviados de antemano, de modo que el grupo embarcó en dos botes, y el señor Laurence se despidió agitando el sombrero desde la orilla. Laurie y Jo manejaban los remos de una de las barcas, y Ned y el señor Brooke los de la otra. Meg, que iba en el primer bote, se fijó en la destreza de los remeros. El señor Brooke era un joven serio y silencioso, con unos preciosos ojos castaños y una voz muy agradable. A Meg le gustaban sus modales tranquilos, y lo consideraba una enciclopedia viviente. Él no solía hablarle, pero la miraba mucho, y estaba segura de que le caía bien.

Cuando llegaron a Longmeadow, la tienda ya estaba montada y las cestas dispuestas en una agradable pradera con tres robles de anchas copas.

—¡Bienvenidos al campamento Laurence! —dijo el anfitrión—. Brooke es el comandante en jefe; yo, el comisario general; y los otros chicos, los oficiales. Ustedes, queridas damas, son las invitadas. La tienda es para su disfrute particular. El primer roble es la sala; el segundo, el comedor, y el tercero, la cocina. Ahora, vamos a jugar un rato al cróquet antes de que haga demasiado calor. Ya comeremos después.

El señor Brooke eligió a Meg, Kate y Fred, mientras Laurie se quedaba con Sallie, Jo y Ned, y el resto hacían de espectadores. Los ingleses jugaban bien, pero los americanos eran mejores, y el equipo de Laurie terminó ganando, a pesar de las trampas de Fred.

—Hora de comer —anunció el señor Brooke mirando el reloj—. Comisario general, encienda el fuego y vaya a por agua mientras las señoritas March, Sallie y yo ponemos la mesa. ¿Quién sabe hacer café?

—Jo —dijo Meg, encantada de destacar la nueva habilidad de su hermana, que estaba aprovechando bien sus recientes lecciones de cocina.

Los más jóvenes se fueron a recoger palitos secos para la hoguera, y los muchachos prendieron el fuego mientras el comandante en jefe y sus ayudantes extendían el mantel, ponían encima las bebidas y las viandas, y lo decoraban todo con hojas verdes. Jo anunció que el café estaba listo, y todos se sentaron a disfrutar de una copiosa comida, porque, a esas edades, nadie suele tener problemas de estómago. La mesa estaba un poco coja, lo que provocó algunos percances con las tazas y las bandejas, cayeron bellotas en la leche, las hormigas decidieron probar algunos platos sin ser invitadas, y algunas orugas peludas bajaron de los árboles a ver qué ocurría.

—Ahí tienes la sal, si quieres —dijo Laurie, tendiéndole a Jo un plato de fresas.

—Prefiero las arañas, gracias —contestó ella pescando dos arañitas que se estaban ahogando en la nata—. ¿Cómo te atreves a recordarme aquella comida horrible, para compararla con lo perfecta que ha salido la tuya?

—Aquel día me lo pasé increíblemente bien, y no pienso olvidarlo. En cuanto a esto, no es mérito mío. Si está funcionando es gracias a Meg, a Brooke y a ti, y no te puedes imaginar lo agradecido que estoy.

Después de comer se trasladaron al primer árbol para jugar a diferentes juegos. Primero contaron historias por turnos, y luego jugaron a las prendas. Después, los pequeños se pusieron a jugar a «Autores» con Jo, Laurie y Fred. La señorita Kate se apartó para dibujar un rato, y Meg se dedicó a mirar, mientras Brooke se tumbaba en la hierba con un libro que no llegó a leer.

—¡Qué bien lo haces! Me encantaría saber dibujar —dijo Meg con una mezcla de admiración y envidia.

—¿Y por qué no aprendes? Yo diría que tienes gusto y talento —replicó generosamente la señorita Kate.

—No tengo tiempo.

—Tu madre prefiere otras aficiones, supongo. La mía también, pero contraté unas clases privadas para demostrarle que tenía talento, y, después de eso, aceptó que continuara. ¿No puedes hacer tú lo mismo con tu institutriz?

—No tengo institutriz.

—Ya. Se me olvidaba que aquí en América las chicas soléis ir al colegio. Y hay colegios muy buenos, según dice mi padre. Irás a uno privado,

supongo…

—No voy a ninguno. Yo misma soy institutriz.

—¡Oh, vaya! —dijo la señorita Kate, pero sonó más bien a «¡Oh, vaya horror!», y la expresión de su cara hizo que Meg se sonrojase, lamentando su franqueza.

El señor Brooke se incorporó y dijo rápidamente:

—Las jóvenes americanas aman tanto la libertad como sus antepasados, y todo el mundo las admira y respeta por ser capaces de mantenerse a sí mismas.

—Sí, por supuesto, tiene mucho mérito que lo hagan. Nosotros también tenemos muchas jóvenes valiosas que hacen lo mismo y trabajan para la nobleza, porque, al ser hijas de caballeros, están bien educadas e instruidas.

El tono de superioridad de la señorita Kate hirió el orgullo de Meg, haciéndole ver su trabajo no ya como desagradable, sino como degradante.

—¿Le gustó la canción en alemán, señorita March? —preguntó Brooke tras un silencio algo incómodo.

—¡Oh, sí! Es preciosa, y estoy muy agradecida a quien me la ha traducido. —Y el rostro de Meg se iluminó mientras hablaba.

—¿Lees en alemán? —preguntó Kate sorprendida.

—No muy bien. Mi padre, que es el que me enseñó, está fuera, y yo sola progreso despacio, porque no tengo a nadie que me corrija la pronunciación.

—Pruebe un poco ahora. Aquí tiene la *María Estuardo* de Schiller[41] y un profesor a quien le encanta enseñar. —Y Brooke puso en su regazo el libro con una sonrisa de aliento.

—Es tan difícil, que me da miedo intentarlo —dijo Meg, agradecida, pero un poco cohibida ante la talentosa joven que tenía al lado.

—Leeré yo un poco para animarte. —Y la señorita Kate leyó uno de los pasajes más bonitos con perfecta pronunciación, pero sin ninguna expresividad.

Brooke no hizo ningún comentario y le devolvió el libro a Meg, que comentó inocentemente:

—Pensaba que era poesía.

—En parte lo es. Pruebe con este pasaje.

En los labios de Brooke danzaba una sonrisa extraña cuando abrió el libro por la página del lamento de María.

Meg aceptó y empezó a leer despacio y con timidez, sin darse cuenta de que estaba transformando en poesía las secas palabras mediante los acentos de su voz musical. Sin embargo, poco a poco se fue olvidando de sus oyentes, se

dejó llevar por la belleza de la triste escena y empezó a leer como si estuviera sola, imprimiendo un tono levemente trágico a las frases de la desgraciada reina. Si en ese momento se hubiera fijado en los ojos castaños, se habría detenido en seco, pero no le dio por mirar, así que pudo continuar hasta el final.

—¡Realmente bien! —dijo el señor Brooke, pasando por alto sus muchos errores, y con cara de haber disfrutado de verdad.

Kate se puso el monóculo para examinar su pintura. A continuación, cerró el cuaderno de esbozos y dijo en tono condescendiente:

—Tienes un bonito acento, y con el tiempo leerás bien. Te aconsejo que aprendas, porque el alemán es muy útil para una profesora. Voy a ver qué hace Grace, no para de correr. —Y, con esto, la señorita Kate se marchó, añadiendo para sus adentros: «No he venido aquí para hacer de carabina de una institutriz, aunque sea joven y guapa. ¡Qué raros son estos americanos! Me temo que van a echar a perder a Laurie».

—Se me había olvidado que los ingleses desprecian a las institutrices y no las tratan como aquí —dijo Meg, mirando a la muchacha que se alejaba con expresión contrariada.

—Los preceptores tampoco reciben un buen trato, lo sé por experiencia. Para nosotros, los trabajadores, no existe ningún sitio como América.

—Entonces, me alegro de vivir aquí. No me gusta mi trabajo, pero gracias a él obtengo muchas satisfacciones, así que no tengo de qué quejarme. Solo que me gustaría disfrutar enseñando tanto como usted.

—Disfrutaría si tuviese un alumno como Laurie. Sentiré mucho perderlo el año que viene —dijo Brooke, excavando pequeños agujeros en el césped.

—Cuando vaya a la universidad, ¿no? —preguntó Meg, aunque lo que quería preguntar era, «¿y qué será de usted?».

—Sí, ya es hora de que vaya, porque está preparado. Y, en cuanto se marche, yo me alistaré.

—¡Me alegra oír eso! —exclamó Meg—. Yo creo que todos los jóvenes deberían animarse a ir, aunque resulte duro para sus madres y hermanas, que se quedan en casa.

—Yo no tengo familia, y muy pocos amigos a quienes les importe lo que me pase —dijo Brooke con cierta amargura, colocando una rosa marchita en uno de los agujeros que acababa de excavar y cubriéndola con tierra, como si fuera una pequeña tumba.

Mientras hablaban, la tarde había ido cayendo. Se hacía hora de recoger. El pequeño grupo se separó después de una cordial despedida, ya que los

Vaughns se iban a Canadá. Cuando las cuatro hermanas se alejaron atravesando el jardín, la señorita Kate las siguió con la vista, y dijo, esta vez sin ningún tono de superioridad:

—A pesar de sus modales poco refinados, las chicas americanas son muy agradables cuando se las conoce bien.

—No puedo estar más de acuerdo —convino el señor Brooke.

***

Una tarde de septiembre, algunas semanas más tarde, Laurie estaba mirando por la ventana hacia un bosquecillo de castaños con la cabeza en las nubes, cuando vio aparecer a las March, que parecían haber salido de expedición.

—¿Qué irán a hacer? —se preguntó.

Las cuatro llevaban sombreros de ala ancha, unos sacos marrones al hombro y un bastón. Meg transportaba un cojín, Jo, un libro, Beth, una cesta, y Amy una carpeta. Las vio salir por la verja pequeña del jardín y empezar a subir la colina que separaba la casa del río.

—Mira qué bien —se dijo—. Se van de pícnic y no me avisan. A lo mejor se les ha olvidado… Las alcanzaré.

Para atajar, tomó el camino más corto hasta el embarcadero y decidió esperarlas allí, pero, como no llegaban, decidió subir la colina e ir a su encuentro. Una de las laderas estaba cubierta de pinos, y allí descubrió, entre los árboles, a las cuatro hermanas en la hierba, con manchas de sombra y sol en sus rostros y sus vestidos. Meg, sentada en su cojín, estaba cosiendo, resaltaba sobre el verde como una flor. Beth estaba clasificando piñas, porque le gustaba hacer manualidades con ellas. Amy se había puesto a dibujar unos helechos, y Jo tejía mientras leía en voz alta. Laurie se quedó un rato observando antes de decidirse a interrumpir la pacífica escena.

—¿Puedo pasar o soy una molestia? —preguntó con timidez.

Meg levantó las cejas, pero Jo la miró desafiante y dijo de inmediato:

—Claro que puedes. Te habríamos invitado a venir, pero pensamos que te parecería un poco infantil nuestro juego.

—A mí siempre me gustan vuestros juegos. Pero, si Meg no me quiere aquí, me voy.

—No tengo inconveniente, pero tienes que ponerte a hacer algo. Estar ocioso aquí va contra las normas —dijo Meg en tono serio, aunque amable.

—Muchas gracias. ¿Qué puedo hacer? ¿Leer, coser, coger piñas, dibujo, o todo a la vez?

—Sigue leyendo tú —dijo Jo, tendiéndole el libro.

—A sus órdenes —fue la respuesta, y Laurie se puso a leer con toda la entrega posible, para demostrar su gratitud por haber sido admitido en el grupo.

La historia no era larga, y, cuando la terminó, se atrevió a hacer algunas preguntas.

—Por favor, señoritas, ¿puedo preguntar si esta encantadora e instructiva institución es nueva?

—¿Se lo vais a contar? —preguntó Meg a sus hermanas.

—Se va a reír —dijo Amy a modo de advertencia.

—¿Y qué más da? —dijo Jo.

—Yo creo que le va a gustar —afirmó Beth.

—¡Claro que sí! Prometo no reírme. Vamos, Jo, no tengas miedo…

—Bueno… De pequeñas jugábamos al Juego del Peregrino, y hemos vuelto a hacerlo, pero esta vez en serio. Llevamos desde el invierno.

—Sí, lo sabía —dijo Laurie.

—¿Y quién te lo dijo? —inquirió Jo.

—Los espíritus.

—No, se lo dije yo. Un día que estaba deprimido, quería entretenerlo… y le gustó, así que no me mires así, Jo —confesó Beth humildemente.

—No sabes guardar un secreto. No importa, así nos ahorramos explicaciones.

—Continúa, por favor —rogó Laurie al ver que Jo volvía a concentrarse en su labor con una mueca de descontento.

—Bueno… No queríamos malgastar las vacaciones, así que cada una se puso una tarea. A Madre le gusta que nos dé el aire, por eso nos traemos aquí el trabajo, y lo pasamos bien. Nos divierte ponernos los sombreros y usar los bastones para subir la colina, jugando a los peregrinos como hace años. A este sitio lo llamamos «La Montaña Deliciosa[42]», porque podemos mirar a lo lejos y ver el país donde algún día nos gustaría vivir.

Laurie miró hacia donde señalaba Jo y vio, a través de un claro del bosque, el ancho río y las praderas que se extendían al otro lado y, más allá de los suburbios de la gran ciudad, las verdes montañas que se alzaban hacia el cielo. El sol estaba próximo al horizonte, y la tarde resplandecía con los colores de un crepúsculo otoñal. Las cumbres de las colinas se hallaban envueltas en nubes doradas y púrpuras, y en medio de aquella luz rojiza se

alzaban los picos plateados, brillantes como las torres de una Ciudad Celestial.

—¡Qué maravilla! —dijo Laurie suavemente, porque sabía apreciar la belleza allá donde la encontraba.

—Es así muchas veces, y nos encanta mirarlo, porque siempre es distinto, pero siempre es precioso —contestó Amy, que hubiera deseado saber pintarlo.

—Sería bonito que ese país existiese de verdad, y que pudiésemos ir algún día —dijo Beth con aire soñador.

—¿No sería divertido si todos nuestros castillos en el aire se hicieran reales y pudiésemos vivir en ellos? —preguntó Jo.

—Yo tengo tantos que no sabría cuál elegir —suspiró Laurie, que se había tumbado en la hierba y estaba arrojándole piñas a una ardilla.

—Si pudieras elegir uno, ¿cuál sería? —preguntó Meg.

—Os hablaré del mío si vosotras me habláis de los vuestros.

—De acuerdo. Empieza, Laurie.

—Después de viajar por todo el mundo, me gustaría asentarme en Alemania y dedicarme a la música. Sería un gran músico y vendría gente de todas partes a escucharme, y nunca tendría problemas de dinero, simplemente disfrutaría haciendo lo que me gusta. Ese es mi castillo favorito. ¿Y el tuyo, Meg?

—A mí me gustaría tener una casa bonita, llena de cosas lujosas: buena comida, ropa a la moda, gente agradable a mi alrededor, y montones de dinero. Yo sería la señora de la casa y lo administraría todo a mi gusto, con una legión de criados a mi servicio, así no tendría que trabajar. ¡Qué bien lo pasaría! No estaría ociosa, me dedicaría a hacer buenas obras y todo el mundo me adoraría.

—¿Y en ese castillo no hay ningún príncipe? —preguntó Laurie arteramente.

—He dicho «gente agradable», ¿no? —dijo Meg, agachándose a atarse los cordones del zapato para que nadie viese su cara.

—¿Por qué no dices que tendrías un marido maravilloso y unos niñitos como ángeles? Tu castillo no estaría completo sin eso, y lo sabes —dijo Jo, con su habitual falta de tacto.

—Y el tuyo estaría lleno de caballos, tinteros y novelas —contestó Meg irritada.

—¿Y por qué no? Tendría un establo lleno de caballos árabes, habitaciones llenas de libros, y un tintero mágico, para escribir obras tan

famosas como la música de Laurie. Pero antes de ir a mi castillo quiero hacer algo espléndido, algo heroico o maravilloso para que no me olviden cuando muera. No sé qué, pero antes o después se me ocurrirá, y estoy segura de que algún día os asombraré a todos. Creo que escribiré libros y me volveré rica y famosa. Eso me iría bien, así que ese es mi sueño favorito.

—El mío es quedarme en casa con papá y mamá, y ayudar a la familia —dijo Beth satisfecha.

—¿Y no quieres nada más?

—Como ya tengo un piano, no necesito nada. Solo quiero que estemos juntos y bien, nada más.

—Yo tengo tantos sueños…, pero mi preferido es el de ser artista e ir a Roma y hacer cuadros increíbles, y ser la mejor pintora del mundo —dijo Amy, tan modesta como siempre.

—Somos una panda de ambiciosos, ¿eh? —dijo Laurie—. Todos queremos ser ricos y famosos y perfectos en algo… excepto Beth. Me pregunto si alguno conseguirá hacer realidad sus deseos.

—Yo ya tengo la llave de mi castillo, pero aún está por ver si consigo abrir la puerta —observó Jo con aire misterioso.

—Yo tengo la llave del mío, pero no me dejan probarla. ¡Maldita universidad! —suspiró Laurie.

—¡Esta es mi llave! —Y Amy agitó su lápiz.

—Yo no tengo ninguna —dijo Meg con tristeza.

—Sí la tienes —dijo Laurie rápidamente.



—¿Dónde?
—En tu cara.

—Tonterías.

—Espera y verás, a lo mejor te trae algo que merezca la pena —replicó el chico, riendo para sí al pensar en un secreto que creía haber descubierto.

Meg se ruborizó, pero no hizo más preguntas, y se limitó a mirar con aire ausente más allá del río.

—Dentro de diez años, si estamos vivos, nos encontraremos aquí y contaremos si hemos cumplido nuestros sueños o estamos más cerca que ahora de cumplirlos —dijo Jo, siempre dispuesta a hacer planes.

—Dios mío, qué vieja seré… ¡veintisiete! —exclamó Meg.

—Nosotros dos tendremos veintiséis, Beth veinticuatro, y Amy veintidós. ¡Qué venerables ancianos!

—Espero haber hecho algo grande para entonces, pero soy tan vago, que lo dudo —murmuró Laurie.

—Necesitas una motivación, y, cuando la tengas, harás cosas espléndidas —afirmó Jo.

—Debería darle gusto a mi abuelo, pero él quiere que me dedique al comercio con la India, y yo antes prefiero morirme. Odio el té y la seda y las especias, y, por mí, todos esos barcos que voy a heredar pueden irse a pique. Intentaré compensarle yendo a la universidad. Le dedicaré esos cuatro años, y, después, espero que me deje libre. Aunque está empeñado en que siga sus pasos, y tendré que hacerlo si no quiero romper con él. Si pudiera dejarlo al cuidado de alguien, me iría mañana mismo.

—Vete en uno de esos barcos vuestros y no vuelvas a casa hasta que hayas intentado abrirte camino por ti mismo —aconsejó Jo, cuya imaginación se exaltaba ante aquella atrevida posibilidad.

—Ese es un consejo malísimo, Jo, y tú no deberías hacer caso, Laurie. Haz lo que puedas en la universidad, y, cuando tu abuelo vea que intentas agradarle, seguro que confiará en ti. No tiene a nadie más, y nunca te lo perdonarías si te fueses sin su permiso, así que cumple con tu deber de buena gana, como hace el señor Brooke, a quien todo el mundo quiere y respeta.

—¿Qué sabes sobre él? —preguntó Laurie.

—Solo lo que nos ha contado tu abuelo: que cuidó a su madre hasta que murió, y que rechazó un trabajo importante en el extranjero para no dejarla sola. Y que ahora se ocupa de una anciana que cuidó a su madre, y que nunca se lo dice a nadie, y que es todo lo generoso y paciente que se puede ser.

—Es verdad que lo es —dijo Laurie de corazón—. Es muy propio del abuelo ir hablando bien de él sin que lo sepa, para que la gente lo quiera. Si alguna vez se cumplen mis deseos, ya veréis lo que hago por Brooke.

—Empieza por no darle disgustos —replicó Meg con aspereza.

—¿Por qué piensas que se los doy?

—Por su cara cuando sale de vuestra casa, siempre sé lo que ha pasado. Si te has portado bien, parece satisfecho y camina deprisa. Si le has hecho la vida imposible, parece triste y anda despacio, como si estuviera pensando en volver para hacer mejor su trabajo.

—O sea, que llevas un diario de mi comportamiento a partir de las caras de Brooke, ¿no?

—No te enfades, ¡y no vayas a contarle nada! —dijo Meg, alarmada por los efectos de su impetuosa confesión.

—No lo haré, pero, si Brooke va a ser mi termómetro, tendré que esforzarme en que siempre anuncie buen tiempo. ¡Y pienso hacerlo, ya lo veréis!

Secretos

JO ESTABA MUY OCUPADA en la buhardilla, porque los días de octubre eran cada vez más fríos, y las tardes se iban acortando. Aprovechando el sol que entraba por la claraboya, escribía sentada en el viejo sofá, con todos sus papeles diseminados sobre un baúl, y totalmente concentrada en su trabajo. Cuando terminó de llenar la última página, garabateó su firma con una llamativa rúbrica y soltó la pluma, diciendo:

—Bueno, lo he hecho lo mejor que he podido. Si no sirve, tendré que aprender a hacerlo mejor.

Tumbándose en el sofá, se puso a leer el manuscrito, y fue tachando algunas cosas aquí y allá, y añadiendo signos de exclamación por todas partes. Después lo ató con una cinta roja y se sentó a mirarlo un rato con expresión pensativa. Había puesto en él todo su esfuerzo.

Por último, sacó de un viejo cajón de lata otro manuscrito ya preparado y, guardándose los dos en el bolsillo, bajó silenciosamente las escaleras, se puso el sombrero y la chaqueta y salió por la puerta trasera. Después de caminar un rato por la hierba, regresó por un callejón hasta la vía principal. Una vez allí, detuvo con la mano a un ómnibus y se subió a él rumbo a la ciudad.

Si alguien la hubiera estado observando, sus movimientos le habrían parecido muy peculiares, porque, al bajarse del vehículo, se dirigió a grandes zancadas a un número concreto de una calle muy concurrida. Una vez allí, entró y miró hacia las sucias escaleras, se quedó quieta un minuto y volvió a salir a la calle tan deprisa como había entrado. Esta maniobra la repitió varias veces, para gran diversión de un joven de ojos oscuros que la estaba viendo desde el edificio de enfrente. La tercera vez, Jo se sacudió los hombros, se echó el sombrero sobre los ojos y subió las escaleras con la expresión de quien va a sacarse una muela.

Lo cierto es que había un anuncio de un dentista a la entrada, y, después de observar un instante un par de mandíbulas artificiales que se abrían y se cerraban lentamente para llamar la atención, el joven caballero se puso el abrigo, cogió el sombrero y cruzó la calle para adentrarse en el mismo portal,

diciéndose: «Es muy propio de ella venir sola, pero, si lo pasa mal, va a necesitar a alguien que la lleve a casa».

Diez minutos más tarde, Jo bajó las escaleras con la cara roja, como si acabase de vivir una experiencia complicada. Cuando descubrió al joven, no pareció en absoluto contenta, y pasó a su lado con una leve inclinación de cabeza. Pero él la siguió, y le preguntó con preocupación:

—¿Lo has pasado mal?

—No mucho.

—Has terminado enseguida.

—Sí, ¡gracias a Dios!

—¿Por qué has ido tú sola?

—No quería que nadie se enterase.

—Eres la persona más rara que he visto. ¿Cuántas te han sacado?

Jo miró a su amigo como si no le entendiera, y luego, de pronto, rompió a reír.

—Hay dos que quiero que me saquen, pero tengo que esperar una semana.

—¿De qué te ríes? Estás tramando algo, Jo —dijo Laurie, perplejo.

—Y tú. ¿Qué hacías en ese salón de billar, si puede saberse?

—Perdone, señorita, pero no es un salón de billar, es un gimnasio, y estaba en clase de esgrima.

—Ah… Me alegro.

—¿Por qué?

—Así podrás enseñarme, y, cuando hagamos *Hamlet*, tú podrás ser Laertes, y prepararemos una escena de esgrima impresionante.

Laurie soltó una carcajada que atrajo las miradas de varios transeúntes.

—Te enseñaré, tanto si hacemos *Hamlet* como si no. Es muy divertido, y muy bueno para mantenerse en forma. Pero no me has dicho que te alegras solo por eso, ¿a que no?

—No. Me alegro de que no fuera un salón de billar, porque no me gusta que vayas a esos sitios. ¿Vas?

—No mucho.

—Ojalá no fueras.

—No es nada malo, Jo. Tengo un billar en casa, pero no es divertido si no juegas con jugadores buenos, así que, de vez en cuando, vengo con Ned Moffat y algunos otros chicos.

—Pues cuánto lo siento, porque te gustará cada vez más, y te hará desperdiciar tiempo y dinero, y te volverás como esos chicos horribles.

—¿Es que no puede uno divertirse un poco sin dejar de ser respetable? —preguntó Laurie irritado.

—Depende de cómo se divierta y con quién. No me gustan Ned y su panda. Mi madre no los admite en casa, y, si te vuelves como ellos, a ti tampoco te admitirá.

—Está bien. Me volveré un santo.

—No soporto a los santos. Limítate a ser una persona sencilla y honesta, y nunca te abandonaremos.

—¿Es que no te fías de mí, Jo?

—A veces no… Cuando pareces descontento y malhumorado, porque eres muy terco, y, si te decides a comportarte mal, sería difícil pararte.

Laurie caminó en silencio unos instantes y Jo lo miró de reojo. Sus labios sonreían, pero sus ojos parecían enfadados.

—¿Vas a pasarte todo el camino soltándome sermones? —preguntó por fin.

—Claro que no. ¿Por qué?

—Porque, en ese caso, tomaría el bus. Si no, iré caminando contigo y te contaré algo muy interesante.

—No te sermoneraré más. Quiero oír esa historia.

—Muy bien. Pero es un secreto, y, si te lo cuento, tú tendrás que contarme el tuyo.

—No tengo ninguno —dijo Jo; pero se detuvo en seco al recordar que sí lo tenía.

—Sabes que sí. No eres capaz de disimular, así que venga, acepta el trato.

—Bueno…, pero no se lo contarás a nadie, ¿no?

—Ni una palabra.

—¿Y no me chantajearás en privado?

—Nunca lo hago.

—Sí lo haces. Consigues todo lo que quieres de la gente. No sé cómo, pero es verdad.

—Gracias. Venga, dispara.

—Pues… He dejado dos historias en la oficina de un periódico, y me dirán si las publican la semana que viene.

—¡Hurra por la señorita March, aclamada escritora americana! —exclamó Laurie lanzando al aire su sombrero para recogerlo luego al vuelo.

—¡Calla! Quedará en nada, seguramente, pero por lo menos tenía que intentarlo, y no quería contarlo porque así nadie se sentirá decepcionado cuando los rechacen.

—No los rechazarán. Jo, tus historias son Shakespeare al lado de la basura que se publica por ahí. ¿No sería increíble verlas impresas, y sentirnos orgullosos de nuestra escritora?

Los ojos de Jo relampaguearon de placer, porque siempre es agradable que crean en una.

—Bueno, ¿y cuál es tu secreto? Juega limpio, Teddy, o no volveré a creerte —dijo, cambiando rápidamente de tema.

—Puede que me meta en un lío por contarlo, pero no prometí callármelo, así que te lo voy a decir, porque no me quedaré tranquilo hasta que tú lo sepas. Sé dónde está el guante de Meg.

—¿Y eso es todo? —dijo Jo, decepcionada.

—Es mucho. Estarás de acuerdo conmigo cuando te diga dónde está.

—Pues dilo.

Laurie se inclinó sobre Jo y le susurró la respuesta al oído. Ella se quedó mirándolo con fijeza, sorprendida y disgustada al mismo tiempo. Finalmente, reanudó la marcha.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó con aspereza.

—Lo he visto.

—¿Dónde?

—En su bolsillo.

—¿Todo este tiempo?

—Sí… ¿No es romántico?

—No, es horrible.

—¿No te gusta?

—Claro que no. Es ridículo, no puede ser. ¿Qué pensaría Meg?

—Recuerda que no puedes decírselo a nadie.

—No lo he prometido.

—Lo he dado por hecho, y he confiado en ti.

—Está bien… No diré nada de momento, pero estoy enfadada, y habría preferido que no me lo contaras.

—Pensé que te agradaría.

—El qué, ¿la idea de que alguien se lleve a Meg? No, gracias.

—Te sentirás mejor cuando alguien te lleve a ti.

—Que alguien se atreva a intentarlo. Me gustaría verlo —replicó Jo con fiereza.

—¡Y a mí! —murmuró Laurie sonriendo.

—Creo que los secretos no van conmigo, me siento fatal por culpa de lo que me has dicho —dijo Jo con total ingratitud.

—Sube conmigo a la colina corriendo y te sentirás mejor —sugirió Laurie.

No había nadie que pudiera verlos, la carretera ascendía en suave pendiente delante de ella, e, incapaz de resistirse a la tentación, Jo echó a correr. En la carrera se le cayeron el sombrero, una peineta y unas cuantas horquillas. Laurie alcanzó antes la cima y quedó muy satisfecho del éxito de su tratamiento, porque su amiga llegó arriba sin aliento, con los ojos brillantes, las mejillas sonrosadas y ni rastro de enfado en su rostro.

—Me encantaría ser un caballo, así podría correr millas[43] y millas en este aire tan magnífico y no me quedaría sin respiración. Ha sido genial, pero mira cómo estoy… Anda, sé un buen chico y vete a recoger mis cosas —dijo Jo dejándose caer bajo un arce que había alfombrado el suelo de hojas rojas.

Laurie se fue a recuperar los objetos perdidos mientras Jo se recogía las trenzas con la esperanza de que no pasase nadie en ese momento. Pero sí pasó alguien, y tuvo que ser precisamente Meg, que venía de hacer visitas y parecía una auténtica dama con su mejor vestido.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —preguntó al encontrarse a su hermana tan despeinada.

—Recogiendo hojas —contestó Jo mansamente, y le mostró un puñado que justo acababa de agarrar.

—Y horquillas —añadió Laurie, arrojando media docena al regazo de Jo —. Crecen muchas en esta carretera, Meg, y también las peinetas y los sombreros de paja marrones.

—Has estado corriendo, Jo. ¿Cómo has podido? —preguntó Meg en tono reprobador—. ¿Cuándo vas a dejar de hacer esas locuras?

—Cuando sea vieja y lleve muletas. No me hagas parecer mayor antes de tiempo, Meg. ¿De dónde vienes tú, tan arreglada?

—De visitar a los Gardiner, y Sally me ha estado contando la boda de Belle Moffat. Fue espléndida, y ahora se han ido a pasar el invierno a París. ¡Imagínate qué maravilla!

—¿La envidias, Meg? —preguntó Laurie.

—Me temo que sí.

—Me alegro —murmuró Jo, atándose el sombrero.

—¿Por qué? —preguntó Meg, sorprendida.

—Porque, si te gusta tanto la riqueza, nunca te dará por casarte con un hombre pobre —contestó Jo mirando a Laurie con el ceño fruncido.

—No me va a «dar» por casarme con nadie —observó Meg, alejándose con dignidad mientras los otros dos la seguían riendo, susurrando, tirándose

piedrecitas y «comportándose como niños», según le parecía a Meg, aunque quizá se habría unido a ellos si no hubiese llevado su mejor vestido puesto.

Durante la quincena siguiente, Jo se comportó de un modo tan raro que sus hermanas no sabían qué pensar. Corría a abrir al cartero en cuanto lo oía, se mostraba desagradable con el señor Brooke cada vez que lo veía, se sentaba en frente de Meg y la miraba con tristeza, y de vez en cuando se levantaba de un salto para ir a darle un beso. Laurie y ella no paraban de hacerse gestos y de hablar en clave, y al segundo sábado después de la escapada a la ciudad, Meg, sentada a la ventana, vio escandalizada cómo Laurie perseguía a Jo por todo el jardín y por fin la alcanzaba en el emparrado de Amy. Lo que pasó allí no alcanzó a verlo, pero sí oyó las carcajadas, seguidas de un murmullo de voces y el crujido de las hojas de un periódico.

—¿Qué vamos a hacer con esta chica? Nunca se comportará como una dama.

—Eso espero —dijo Beth—. A mí me gusta tal como es.

Pocos minutos después irrumpió Jo, se fue directa al sofá y fingió que se ponía a leer.

—¿Hay algo interesante ahí? —preguntó Meg en tono condescendiente.



—Solo una historia, no es gran cosa —dijo Jo, y tapó la firma del artículo en el papel.

—Pues léela en alto, así nos divertimos todas —sugirió Amy—. ¿Cómo se titula?

—«Los pintores rivales».

—Suena bien. Lee —pidió Meg.

Jo se aclaró la voz y empezó a leer a toda velocidad. Las chicas escuchaban con atención, porque era una historia muy romántica, y bastante patética, ya que casi todos los personajes morían al final.

—Me ha gustado lo de ese cuadro espléndido —dijo Amy en tono aprobador cuando Jo terminó.

—A mí me gusta la parte amorosa. Viola y Angelo son dos de tus nombres favoritos, ¡qué coincidencia! —dijo Meg, secándose las lágrimas.

—¿Quién la ha escrito? —preguntó Beth, que había captado un destello en la mirada de Jo.

La lectora se puso en pie de un salto, abrió del todo el periódico y, con una mezcla curiosa de solemnidad y excitación, replicó:

—Vuestra hermana.

—¿Tú? —preguntó Meg, dejando caer su labor al suelo.

—¡Es muy buena! —dijo Amy, sorprendida.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! Ay, Jo, ¡estoy tan orgullosa!

Y Beth corrió a abrazar a su hermana, que estaba exultante.

—¿Cuándo ha salido? ¿Cuánto te han pagado? ¿Qué dirá papá? ¿Se reirá Laurie? —empezaron a preguntar todas a coro.

Jo les contó lo ocurrido en la ciudad cuando fue a llevar las historias al periódico.

—Cuando volví a la semana siguiente, el hombre me dijo que le gustaban las dos, pero que no pagaba a los principiantes, solo les dejaba publicar. Dijo que era experiencia, y que, cuando mejorase, cualquiera me pagaría. Así que le dejé las dos historias, y hoy me han enviado esto, y Laurie me pilló y se empeñó en verlo, así que le dejé. Y dijo que era buena, y que tengo que escribir más, y que conseguirá que la próxima me la paguen, y estoy muy contenta, porque creo que con el tiempo podré vivir de esto y echaros una mano…

Jo se quedó sin aliento, y, para rematar su relato, se permitió dejar escapar algunas lágrimas, porque ser independiente y ganarse la admiración de sus seres queridos eran sus dos deseos principales en la vida, y aquel parecía el primer paso para hacerlos realidad.

Un telegrama

NOVIEMBRE ES EL MES más desagradable del año —dijo Meg, de pie junto a la ventana, mientras contemplaba el jardín escarchado.

—Por eso nací en él —murmuró Jo pensativa.

—Si justo ahora pasase algo agradable, nos parecería un mes precioso —dijo Beth, que siempre veía el lado bueno de todo, incluso de noviembre.

—Seguramente, pero nunca pasa nada bueno en esta familia —se quejó Meg, que estaba baja de ánimos—. No hacemos más que trabajar y trabajar.

—Tienes razón… ¡Cómo me gustaría poder arreglarte la vida como se la arreglo a mis heroínas! Ya eres lo bastante guapa y lo bastante buena, así que solo te falta un pariente que te deje en herencia una fortuna. Así podrías despreciar a todos los que te han mirado por encima del hombro, y viajar al extranjero, y volver convertida en *lady* algo, resplandeciente de elegancia.

—Ya nadie deja en herencia fortunas así. Los hombres tienen que trabajar, y las mujeres se casan por dinero. Es un mundo horriblemente injusto —dijo Meg con amargura.

—Jo y yo vamos a hacer fortuna por las cuatro, ya veréis —dijo Amy, que estaba en un rincón modelando figuritas de arcilla.

—Estaría bien, pero no tengo demasiada fe en la tinta ni en el barro, aunque os agradezco las buenas intenciones.

Meg suspiró y volvió a mirar hacia el jardín, y Jo apoyó los codos en la mesa con expresión desanimaba, pero Beth, que estaba mirando por la otra ventana, anunció:

—Están a punto de pasar dos cosas buenas: viene mamá por la calle, y Laurie se acerca por el jardín con cara de tener algo agradable que decir.

Al momento estaban los dos en la sala.

—¿Alguna carta de padre, chicas? —fue lo primero que preguntó su madre.

Le contestaron que no había llegado ninguna.

—¿Alguien quiere venir a dar una vuela en el coche? —preguntó Laurie —. Tengo la cabeza embotada de tantas matemáticas, y voy a refrescarme un

poco. Llevaré a Brooke a casa, así que será divertido. Vamos, Jo… Tú y Beth os venís, ¿a que sí?

—Claro que vamos.

—Muchas gracias, pero yo no puedo —se disculpó Meg.

—Nosotras tres estaremos listas enseguida —dijo Amy, y salió corriendo a lavarse las manos.

—¿Puedo hacer algo por usted, madre? —preguntó Laurie inclinándose hacia la señora March con expresión de afecto.

—No, gracias… Excepto ir a la oficina de correos, si eres tan amable, querido. Hoy nos tocaba recibir carta y no ha venido el cartero. Mi marido es puntual como un reloj… No sé, a lo mejor ha habido algún retraso en la ruta.

En ese momento oyeron la vibración aguda del timbre, y un minuto después entró Hannah con un sobre.

—Es uno de esos horribles telegramas, señora —dijo, manteniéndolo alejado de su cuerpo como si tuviera miedo de que fuese a estallar.

La señora March se lo arrebató y leyó a toda prisa las dos líneas que contenía. Después se dejó caer en el sillón, blanca como el papel. Laurie corrió a buscar agua, mientras Meg y Hannah intentaban reanimarla, y Jo leyó en tono aterrado:

Señora March:
Su marido está muy enfermo. Venga enseguida.

S. HALE
Hospital Blank, Washington

Fue como si el día se oscureciese de improviso, y el mundo entero cambió de golpe mientras las cuatro muchachas se arremolinaban alrededor de su madre con la sensación de que toda la alegría y el consuelo de sus vidas les iban a ser arrebatados.

La señora March se recompuso un poco, volvió a leer el mensaje y abrazó una por una a sus hijas, diciendo:

—Tengo que salir ya, aunque quizá sea demasiado tarde. ¡Hijas, ayudadme!

Durante unos minutos no se oyeron más que sollozos, hasta que Hannah reaccionó.

—No voy a perder el tiempo llorando —dijo—. Voy a hacerle el equipaje, señora. —Y, limpiándose las lágrimas con el delantal, salió derecha a cumplir su tarea.

—Tiene razón, no es momento de lágrimas. Vamos a calmarnos. Dejadme pensar… ¿Dónde está Laurie? —preguntó la señora March, mirando alrededor.

—Aquí estoy. Por favor, ¡permítame hacer algo! —exclamó el chico, irrumpiendo desde la habitación contigua, donde se había refugiado para no interferir en aquellas primeras muestras de dolor, que le parecieron sagradas.

—Envía un telegrama diciendo que voy para allá. El próximo tren sale por la mañana temprano. Lo cogeré.

—¿Qué más? Los caballos están listos. Puedo ir adonde me diga, hacer lo que sea.

—Deja una nota en casa de tía March. Jo, dame pluma y papel.

Jo arrancó una hoja de su cuaderno y se la tendió, consciente de que su madre iba a tener que pedir dinero para el triste viaje que debía emprender.

—Ya está. Puedes irte, hijo, pero no hagas que el carruaje corra demasiado. No hace falta.

La advertencia de la señora March no sirvió de mucho, porque un minuto después vieron pasar a Laurie cabalgando al galope, como si le fuera la vida en ello.

—Jo, vete a las oficinas del ejército y avisa de que hoy no iré. En el camino compra estas cosas. En los hospitales no siempre las tienen. Beth, vete a pedirle al señor Laurence un par de botellas de vino buenas. Papá tiene que tener lo mejor. Amy, dile a Hannah que saque el baúl negro, y Meg, ayúdame a preparar el equipaje, porque estoy desorientada.

Era normal que lo estuviese, teniendo que escribir, pensar y dar órdenes al mismo tiempo, así que Meg le rogó que subiese a descansar un rato a su cuarto y las dejase trabajar. Se dispersaron como un puñado de hojas lanzadas al viento, y la casa quedó sumida en un triste silencio, como si el telegrama hubiese atraído sobre ella una maldición. El señor Laurence regresó con Beth para asegurar que cuidaría de las muchachas en ausencia de la madre. No hubo nada que no ofreciera, desde su propio batín hasta ir él mismo de acompañante. La señora March declinó el ofrecimiento, pero el anciano caballero advirtió la expresión de gratitud que por un momento cruzó su rostro, y, con el ceño fruncido, se despidió abruptamente, diciendo que volvería enseguida. Nadie volvió a pensar en ello hasta que, al cruzar el vestíbulo con unas botas en una mano y una taza de té en la otra, Meg se dio de bruces con el señor Brooke.

—Siento mucho las noticias, señorita March —dijo él en tono grave y sereno—. He venido para ofrecerme a acompañar a su madre. El señor

Laurence tiene unos recados para mí en Washington, y me haría muy feliz poder ser de alguna utilidad.

Meg dejó caer las botas, y a punto estuvo de dejar caer el té cuando al estrechar la mano del joven, resplandeciente de gratitud.

—¡Qué amable es usted! Mamá aceptará, estoy segura, y será un gran consuelo saber que cuidará de ella. ¡Muchas, muchísimas gracias!

Para cuando Laurie volvió con un sobre de la tía March que contenía la suma solicitada, ya estaba todo preparado. La señora March guardó el dinero y se fue a terminar los preparativos con ayuda de Meg, Hannah se dedicó a planchar unas prendas para el viaje, y las dos pequeñas prepararon el té, pero Jo seguía sin regresar. Todos empezaron a preocuparse, y Laurie salió en su busca, pero no se cruzaron, y al poco rato entró ella con una expresión rara en el semblante; una expresión en la que se mezclaban la diversión y el miedo, la satisfacción y la tristeza. Todas la miraron perplejas cuando le tendió a su madre un fajo de billetes, diciendo con voz entrecortada.

—¡Esta es mi contribución para que papá esté bien y puedas traerlo a casa!

—Hija… ¿De dónde lo has sacado? ¡Veinticinco dólares! No habrás hecho ninguna locura…

—No, me lo he ganado honradamente. No he mendigado, ni he pedido prestado, ni he robado. Solo he vendido algo que era mío.

Mientras hablaba, Jo se quitó el gorro, y se oyó un grito general de horror, porque se había cortado su larga melena.

—¡Tu pelo! ¡Tu precioso pelo!

—Jo, ¿cómo has podido? ¡Era lo mejor que tenías!

—Hija mía, no era necesario…

Beth corrió a abrazarla.

—Ya no pareces mi Jo, ¡pero te quiero más que nunca!

Jo asumió un aire de indiferencia que no engañaba a nadie, y dijo, atusándose el pelo con la mano, como si le encantase el nuevo corte:



—No se va a hundir el país por esto, así que no llores, Beth. A mi vanidad le vendrá bien, estaba demasiado orgullosa de mi cabellera. Mi cerebro estará

encantado, con menos peso que soportar, y, además, es muy agradable sentirse más ligera y fresca. Estoy contenta, así que coge el dinero y vamos a comer.

—Pero ¿cómo se te ocurrió? —preguntó Amy, que antes se habría dejado arrancar la cabeza que sus rizos.

—Bueno, quería hacer algo por padre, y al principió pensé que podría buscar trabajo en alguna tienda. Entonces pasé por la barbería y vi en el escaparate unas pelucas con el precio, y había una que valía cuarenta dólares. Así que, sin pararme a pensar, entré, pregunté si compraban pelo y cuánto me darían por el mío.

—No sé cómo te atreviste —dijo Beth, llena de admiración.

—Bueno, el hombre al principio me dijo que no, que el color de mi pelo no estaba de moda, y que no me iba a pagar mucho, pero yo insistí, y le dije que tenía mucha prisa, y le conté la historia, y apareció su mujer, que me había oído, y le dijo: «¡Acéptalo, Thomas, y dale una alegría a la muchacha! Yo haría lo mismo por nuestro Jimmy».

—¿Quién es Jimmy? —preguntó Amy.

—Su hijo, que está en el ejército. El caso es que la mujer era un encanto, y me entretuvo charlando mientras su marido me cortaba.

—¿Y no te sentiste fatal al ver caer el primer mechón? —preguntó Meg estremeciéndose.

—Le eché una última mirada a mi melena mientras el hombre preparaba las tijeras, y nada más. Yo no me obsesiono con tonterías. Aunque confieso que me sentí un poco rara cuando vi toda la melena extendida en la mesa. Era casi como si me hubiesen cortado un brazo o una pierna. La mujer captó mi reacción y me regaló un mechón para que lo guardase. Te lo regalo, mamá, para que te acuerdes de los viejos tiempos, porque esto es tan cómodo que no sé si me volveré a dejar el pelo largo.

—Gracias, hija —murmuró su madre, y lo cogió para ponerlo junto a un mechón gris que guardaba en su escritorio.

Esa noche, antes de irse a la cama, Beth tocó el piano y cantaron la canción favorita de su padre. Empezaron con energía, pero la voz se les fue quebrando a todas excepto a Beth, que siguió cantando con toda su alma hasta el final, porque la música era su mayor consuelo.

—Acostaos y no os pongáis a hablar, que mañana hay que levantarse temprano. Buenas noches, hijas —dijo la señora March cuanto terminaron.

Le dieron un beso de despedida y subieron a su cuarto tan calladas como si el pobre enfermo estuviese en la habitación de al lado. Beth y Amy se

durmieron enseguida, a pesar de todas las emociones del día, pero Meg no podía conciliar el sueño. Pensaba que Jo estaba dormida, porque no se movía, hasta que oyó un débil sollozo y, al alargar la mano, tocó una mejilla empapada de lágrimas.

—Jo…, cielo, ¿qué pasa? ¿Lloras por papá?

—No, ahora no.

—¿Entonces?

—Mi… ¡mi pelo! —estalló la pobre Jo, enterrando el rostro en la almohada para ahogar su llanto.

Meg besó y acarició a la afligida heroína con la mayor ternura.

—No es que me arrepienta —dijo Jo con la voz quebrada—. Volvería a hacerlo mañana mismo. Es solo mi parte vanidosa la que llora de esta manera tan tonta. No se lo digas a nadie, ya se me está pasando. Pensé que estabais todas dormidas. ¿Cómo es que estás despierta?

—No puedo dormir, estoy tan nerviosa…

—Piensa en algo agradable y ya verás como te duermes.

—Lo he intentado, pero me he desvelado todavía más.

—Pues… ¿en qué has pensado?

—En rostros apuestos… sobre todo, los ojos —murmuró Meg, sonriendo para sí misma en la oscuridad.

—¿Y de qué color los prefieres?

—Castaños…, bueno, algunas veces. Los azules también son bonitos.

Jo se echó a reír, y Meg le ordenó con aspereza que se callara. Después, prometió que le ayudaría a rizarse el pelo, y se quedó dormida soñando con su castillo en el aire.

Una niña abnegada

LA AUSENCIA DE LA señora March se hacía notar en cada rincón de la casa, que de pronto parecía más fría y desangelada. Sin embargo, había que seguir adelante. Meg continuó yendo cada día a casa de los King, Jo volvió a sus deberes en casa de la tía March, y las dos hermanas pequeñas ayudaban a Hannah en las tareas domésticas.

Las noticias no se hicieron esperar, ya que Brooke enviaba un boletín diario para informar del estado del enfermo. Al parecer, la llegada de su esposa había provocado una mejoría notable, aunque seguía estando en peligro. Como cabeza de familia, Meg insistía en leer en voz alta los informes, que se fueron volviendo más esperanzadores a medida que pasaban los días.

Durante la primera semana, la bondad acumulada en la vieja casa habría bastado para abastecer al vecindario entero. Todas se comportaban como ángeles, trabajaban sin descanso, y no dudaban en sacrificarse por las demás. Sin embargo, cuando empezaron a sentirse aliviadas por las buenas noticias que llegaban de Washington, poco a poco fueron volviendo a sus viejas costumbres. Trabajaban duro, como al principio, pero de cuando en cuando se tomaban un descanso de tanta perfección.

Jo cogió un violento resfriado por olvidarse de abrigar su rapada cabeza, y recibió la orden de quedarse en casa hasta que se curase, ya que a la tía March no le gustaba que le leyeran con voz acatarrada. A Jo le pareció estupendo, y, después de recorrer la casa desde el sótano hasta la buhardilla buscando dónde acomodarse, se instaló en el sofá del salón para tratar su enfermedad con arsénico y libros. Amy se dio cuenta de que tanto trabajar en la casa interfería en su arte, y decidió volver a sus figuras de arcilla. Meg seguía yendo a atender a sus alumnos cada día, y en casa cosía, o eso le parecía a ella, porque la mayor parte del tiempo lo empleaba en escribirle largas cartas a su madre o en leer y releer los informes que llegaban del hospital. Solo Beth continuó trabajando al mismo ritmo, sin caer en la melancolía o en la indolencia. Hacía sus tareas y buena parte de las de sus hermanas, cada vez

más olvidadizas, y, cuando sentía decaer sus ánimos, se refugiaba en cierto armario especial para ella, enterraba en la cara en los pliegues de una vieja bata que adoraba, y dejaba escapar algunos sollozos, hasta que se tranquilizaba.

El caso es que el revuelo de los primeros días había pasado, y todas sentían que habían superado la prueba con nota, lo que las llevó a relajarse más de la cuenta. Por desgracia, las consecuencias de aquel cambio no se hicieron esperar.

—Meg, deberías ir a ver a los Hummel. Mamá nos dijo que no nos olvidásemos de ellos —dijo Beth, diez días después de la partida de la señora March.

—Esta tarde estoy muy cansada —contestó Meg, meciéndose confortablemente en su butaca mientras cosía.

—¿No puedes ir tú, Jo?

—Hace muy mal tiempo, demasiado para mi catarro.

—Pensé que ya estabas casi bien…

—Estoy lo bastante bien para salir con Laurie, pero no para ir a casa de los Hummel —aclaró Jo riendo, aunque parecía un poco avergonzada de su incoherencia.

—¿Por qué no vas tú? —preguntó Meg.

—He ido todos los días, pero el bebé está enfermo, y yo no sé qué hacer ya. La señora Hummel se marcha a trabajar y lo deja al cuidado de la hija mayor. Pero el pobre cada día está peor, y yo creo que deberíais ir tú o Hannah.

Beth hablaba con tal preocupación, que Meg prometió ir al día siguiente.

—Pídele a Hannah que prepare algo rico y llévaselo, Beth. Te vendrá bien tomar el aire —dijo Jo, y añadió en tono de disculpa—: Iría yo, pero quiero terminar esto que estoy escribiendo.

—Es que me duele la cabeza y estoy cansada, por eso pensé que podríais ir vosotras —dijo Beth.

—Amy llegará enseguida, se lo puedes pedir —sugirió Meg.

De modo que Beth se tumbó un rato en el sofá, y las otras siguieron sus ocupaciones y no volvieron a pensar en los Hummel. Transcurrió una hora. Amy no llegaba, Meg se había ido a su habitación a probarse un vestido nuevo, Jo estaba totalmente concentrada en su historia, y Hannah se había quedado dormida como un tronco junto a la lumbre de la cocina, así que Beth se puso su capa, metió en la cesta algo de comida para los pobres niños y salió al aire gélido del crepúsculo con la cabeza embotada y una expresión de

pesadumbre en sus pacientes ojos. Era tarde cuando regresó, y nadie la vio subir las escaleras y encerrarse en la habitación de su madre. Media hora después, Jo fue al armario de sus padres a buscar algo y se encontró a la pequeña Beth sentada ante el botiquín, muy seria, con los ojos rojos y una botella de alcanfor[44] en la mano.

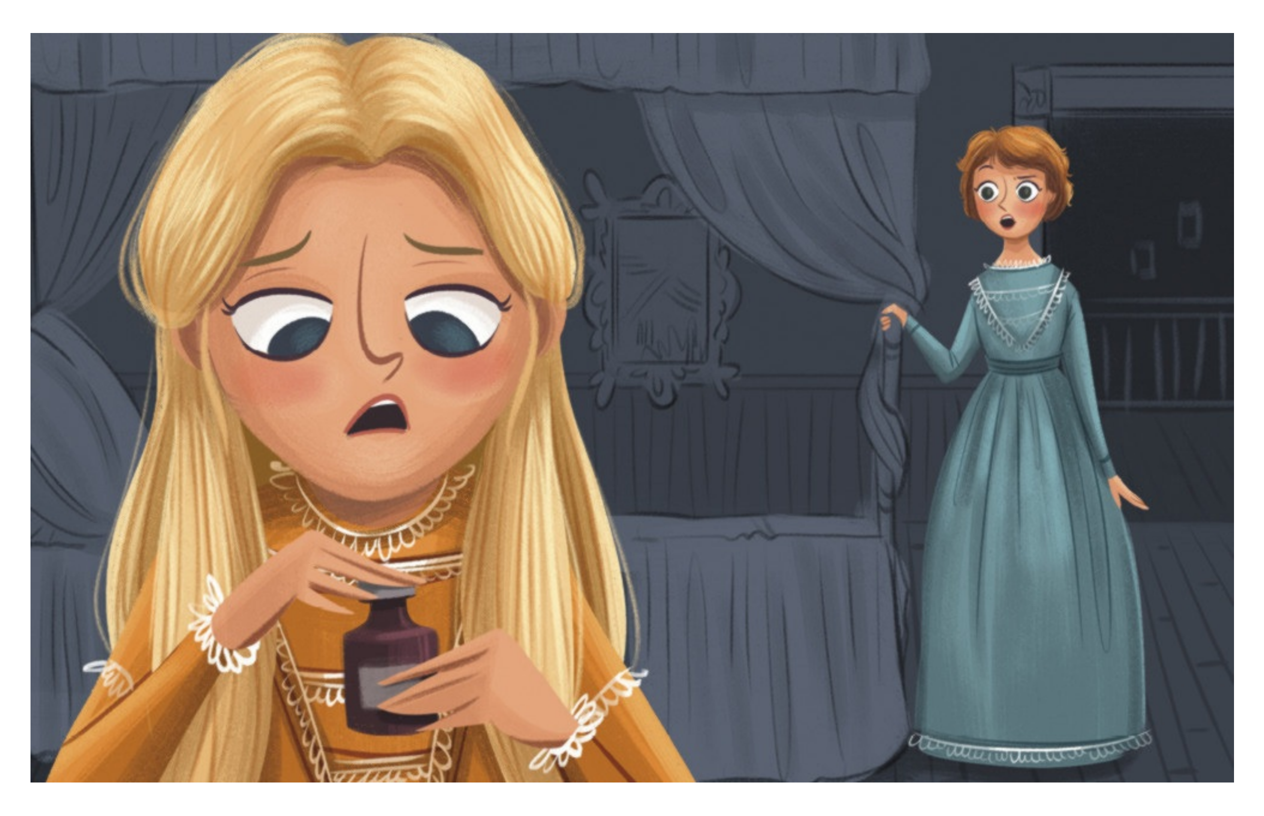
—¡Por Cristóbal Colón! Pero ¿qué te pasa? —exclamó Jo.

Beth le hizo una seña para que se mantuviera a distancia.

—Tú ya has pasado la escarlatina[45], ¿verdad? —preguntó.

—Hace años, a la vez que Meg. ¿Por qué?

—Ay, Jo… ¡El niño se ha muerto!



—¿Qué niño?

—El de los Hummel. Murió en mis brazos antes de que su madre llegase a casa —contestó Beth con un sollozo.

—Pobrecita, ¡qué horrible para ti! Debería haber ido yo —dijo Jo, y, sentándose en el sillón de su madre, tomó a su hermana en brazos con expresión de remordimiento.

—No fue horrible, Jo, solo muy triste. Vi enseguida que estaba peor, pero Lotty, la niña mayor, dijo que su madre había ido en busca del médico, así que lo cogí un rato en brazos para que ella descansara. Parecía dormido, pero de repente soltó un pequeño gemido y empezó a temblar, y luego se quedó

muy quieto. Intenté calentarle los pies, y Lotty le dio leche, pero no se movía, y me di cuenta de que estaba muerto.

—¡No llores, preciosa! ¿Y qué hiciste?

—Me quedé allí sentada con él en brazos hasta que llegó la señora Hummel con el médico. Dijo que estaba muerto, y luego miró a Heinrich y Minna, que tenían dolor de garganta. «Es escarlatina, señora. Tendría que haberme avisado antes», dijo enfadado. La señora Hummel contestó que era pobre y que había intentado curar ella misma al bebé, pero que ya era tarde, y le pidió que ayudase a los otros, aunque no le podía pagar. Él entonces sonrió, y se mostró más amable, pero todo fue muy triste, y yo lloré con ellos hasta que el médico me dijo de repente que me fuera a casa y tomase belladona[46], o me entraría la enfermedad.

—¡No, no te va a entrar! —exclamó Jo, abrazándola aterrada—. ¡Ay, Beth, como caigas enferma no me lo voy a perdonar munca! ¿Qué podemos hacer?

—No te asustes. No creo que me dé muy fuerte. He mirado en el libro de mamá y pone que empieza con dolor de cabeza y de garganta y malestar general, como el que tengo, así que ya me he tomado la belladona, y me siento mejor —dijo Beth, poniendo sus manos heladas sobre la frente, que le ardía.

—¡Si al menos estuviese mamá en casa! —murmuró Jo.

Cogió el libro, leyó una página, miró a Beth, le puso una mano en la frente, le hizo abrir la boca para observar su garganta y, finalmente, declaró con gravedad:

—Has estado con ese niño cada día durante más de una semana, y también con los otros que la están incubando, así que me temo que la vas a tener, Beth. Llamaré a Hannah, ella sabe mucho de enfermedades.

—No dejes que Amy se me acerque. No la ha tenido, y no quiero contagiársela. Meg y tú no podéis volver a pasarla, ¿verdad?

—Creo que no. Pero no me importaría. Me estaría bien empleado, por egoísta —murmuró Jo, y salió a consultar a Hannah.

La buena mujer se despertó al instante y asumió el mando en el acto. Le aseguró a Jo que todo el mundo pasaba la escarlatina antes o después y que, si se trataba bien, no se moría nadie.

—Os diré lo que haremos —dijo, después de examinar e interrogar a Beth —. Llamaremos al doctor Bangs, solo para que te eche un vistazo y quedarnos tranquilas. Enviaremos a Amy a casa de la tía March, para que no se contagie, y una de vosotras dos se quedará en casa a cuidar a Beth por unos días.

—Lo haré yo, por supuesto —comenzó Meg, que parecía nerviosa y avergonzada de sí misma.

—No, lo haré yo, porque es culpa mía que esté enferma. Le dije a madre que yo haría los recados, y no los he hecho —replicó Jo con decisión.

—¿A quién prefieres, Beth? Solo necesitamos a una —intervino Hannah.

—A Jo, por favor. —Y Beth miró a su segunda hermana con expresión satisfecha, dando por zanjada la cuestión.

—Voy a avisar a Amy —dijo Meg, un poco dolida, aunque, en el fondo, aliviada, porque no le gustaba cuidar enfermos.

Amy se rebeló al principio, y declaró con vehemencia que prefería ponerse enferma a tener que irse con la tía March. Por más que Meg intentó razonar con ella y convencerla, fue en vano. Dijo que no iría, y Meg se fue a pedirle ayuda a Hannah, pero antes de que volviese se presentó Laurie y se encontró a la niña llorando en el sofá. Amy le contó la historia, esperando que él se pusiese de su parte, pero Laurie se limitó a escuchar con el ceño fruncido, absorbido en sus pensamientos. Cuando terminó de hablar, se sentó a su lado y le dijo:

—Venga, sé una chica sensata y haz lo que te dicen. No llores, que tengo un plan estupendo. Tú te vas a casa de la tía March y yo te sacaré de paseo todos los días. Lo pasaremos genial. ¿No es mejor que quedarte aquí deprimida?

—No quiero que me quiten del medio como si fuese un estorbo.

—Es para que no te contagies, mujer. ¿Es que quieres ponerte enferma?

—No, claro que no. Pero voy a enfermar de todas formas, porque he estado con Beth todo el tiempo.

—Razón de más para que te vayas, antes de que empeoren las cosas. Un cambio de aires te vendrá bien, e, incluso si enfermas, no te afectará tanto. Así que te aconsejo que te vayas lo antes posible, porque la escarlatina no es ninguna broma.

—¿Prometes venir a verme todos los días?

—Te doy mi palabra de caballero.

—¿Y me traerás en cuanto Beth se ponga bien?

—En ese mismo instante.

—¿Y me llevarás al teatro?

—A una docena de teatros, si hace falta.

—Bueno…, supongo que iré.

Meg y Jo entraron en ese momento, justo a tiempo de presenciar la milagrosa conversión de Amy, que se sentía una heroína por el sacrificio que

iba a hacer.

—¿Cómo está la pobre enferma? —preguntó Laurie, que le tenía un cariño muy especial a Beth, y estaba más preocupado por ella de lo que quería demostrar.

—Está en la cama de mamá, y se siente mejor. Seguramente es solo un resfriado. Eso dice Hannah, pero parece angustiada —contestó Meg.

—No salimos de un problema y nos metemos en otro… Y yo, sin mamá, no sé qué tenemos que hacer.

—¿Quieres que le envíe un telegrama? —preguntó Laurie.

—Yo creo que deberíamos avisarla —dijo Meg—, pero Hannah insiste en que no, porque no puede dejar solo a padre, y solo conseguiremos que se inquiete. Hannah dice que sabe lo que hay que hacer, y mamá nos ordenó que la obedeciésemos, así que eso haremos, aunque no me parece del todo bien.

—Ya… No sabría decirte. Podemos preguntarle a mi abuelo, después de que la vea el doctor.

—Sí. No podemos decidir nada hasta que el doctor la vea. Jo, vete a buscarlo enseguida —ordenó Meg.

—Quédate donde estás, Jo. Yo soy el chico de los recados de este establecimiento. —Y salió corriendo de la habitación mientras Jo se quedaba mirando hacia la puerta con una sonrisa aprobadora.

El doctor Bangs afirmó que Beth tenía síntomas de la enfermedad, pero que esperaba que la pasase en forma leve, aunque la historia de los Hummel pareció dejarle preocupado. Ordenó que Amy abandonara la casa, y la niña partió enseguida con gran pompa, escoltada por Jo y por Laurie.

La tía March los recibió con su amabilidad habitual.

—¿Y ahora qué queréis? —preguntó, mirando por encima de sus anteojos**[47]**, mientras el loro, posado en el respaldo de su silla, repetía:

—Fuera. Chicos fuera.

Laurie se retiró a una ventana mientras Jo contaba la historia.

—Era de esperar que pasase algo así, si os permiten ir a husmear entre esas pobres gentes —gruñó la tía March cuando terminó—. Amy puede quedarse y hacer algo útil, si no está enferma, aunque seguramente lo estará, porque ya tiene mala cara. No llores, niña, no me gusta la gente llorona. ¿Qué se sabe de vuestra madre?

—Padre está mucho mejor.

—¿Ah, sí? No creo que dure mucho. Nunca ha tenido mucha vitalidad —fue la alegre respuesta.

—Jaja… El muerto al hoyo y el vivo al bollo —chilló el loro, que se llamaba Polly.

—¡Cállate, loro maleducado! Y tú, Jo, vete cuanto antes, no son horas de andar por ahí con un chico…

—¡Cállate, loro maleducado! —interrumpió Polly, y salió volando hacia Laurie, que no podía contener la risa.

«No creo que resista esto, pero lo intentaré», se dijo Amy cuando se quedó sola con la anciana.

—¡Vete de aquí, espantajo! —le gritó Polly.

Y, ante aquella desagradable acogida, Amy no pudo contener las lágrimas.

Días oscuros

BETH TENÍA LA ESCARLATINA, y estaba mucho más enferma de lo que sospechaban todos excepto Hannah y el doctor. Las chicas no sabían nada de enfermedades, y al señor Laurence no le habían permitido verla, así que Hannah lo organizó todo según le pareció mejor, y el ocupado doctor Bangs hizo lo que pudo, pero delegó casi todos los cuidados en aquella excelente enfermera. Meg se quedó en casa, por temor a infectar a los King; se ocupaba de las labores domésticas, pero se sentía llena de ansiedad y un poco culpable cada vez que escribía una carta sin mencionar la enfermedad de Beth. No le parecía bien engañar a su madre, pero le habían dicho que obedeciera a Hannah, y esta no quería ni oír hablar de preocupar a la pobre señora March «por una tontería».

Jo se dedicaba a cuidar a Beth día y noche, tarea bastante fácil, porque Beth era muy paciente y soportaba el dolor sin quejarse. Pero llegó un momento en que la fiebre la hacía delirar, y hablaba con voz entrecortada, tecleaba sobre el edredón como si fuera su querido piano, e intentaba cantar con aquella garganta tan inflamada que no podía emitir ninguna música. Dejó de reconocer los rostros que la rodeaban, empezó a equivocarse con los nombres, y llamaba implorante a su madre. Entonces Jo se asustó, Meg rogó que le permitieran contar la verdad, e incluso Hannah dijo que se lo pensaría, aunque «todavía no había peligro». Una carta procedente de Washington empeoró la situación, ya que anunciaba una recaída del señor March, que impediría a su esposa volver a casa durante una larga temporada.

Qué oscuros parecían los días, qué vacía y desolada la casa, y qué peso sentían las hermanas mientras trabajaban y esperaban, con la sombra de la muerte sobrevolando aquel hogar tan alegre en otros tiempos. Fue entonces cuando Margaret, dejando caer las lágrimas sobre su labor, comprendió que los mayores lujos de la vida no se pueden comprar con dinero. Fue cuando Jo, encerrada siempre en la sombría habitación, observando a su hermana y oyendo su patética voz, reconoció el valor de la entrega de Beth a los demás. Y Amy, desde su exilio, soñaba con volver a casa y ser de alguna utilidad.

Laurie deambulaba por su mansión como un fantasma, y el señor Laurence cerró con llave el piano grande, porque le hacía daño recordar los conciertos de su joven vecina al atardecer.

Todo el mundo echaba de menos a Beth. El lechero, el panadero, el tendero y el carnicero preguntaron por ella, la pobre señora Hummel fue a pedir perdón por su irresponsabilidad, los vecinos enviaron toda clase de regalos y mensajes, e incluso las que mejor la conocían se sorprendieron al descubrir cuantos amigos tenía su tímida hermana.

Mientras tanto, ella seguía en la cama con la vieja muñeca Joanna a su lado, porque ni siquiera cuando deliraba se olvidaba de su protegida. Preguntaba mucho por sus gatos, pero no quería que se los llevasen, por miedo a que enfermaran, y cuando se sentía un poco mejor se preocupaba por Jo, mandaba mensajes a Amy y pedía que le dijesen a su madre que pronto escribiría. Hasta que esos intervalos de lucidez fueron despareciendo, y se pasaba las horas balanceándose y diciendo palabras incoherentes, cuando no se hundía en un pesado sueño que no le proporcionaba ningún descanso. El doctor Bangs la visitaba dos veces al día, Hannah se quedaba en vela por la noche, Meg tenía un telegrama en su escritorio listo pare enviarlo en cualquier momento, y Jo no abandonaba la cabecera de la enferma.

El uno de diciembre amaneció gélido y desapacible. Soplaba el viento, caían algunos copos de nieve, y el año parecía listo para morir. Esa mañana, después de examinar largamente a Beth y sostener su mano durante un minuto, el doctor Bangs se volvió hacia Hannah y dijo en voz baja:

—Si la señora March puede dejar a su marido, sería mejor que viniese cuanto antes.

Hannah asintió en silencio, Meg se dejó caer en una silla, desfallecida, y Jo, muy pálida, corrió a la sala, cogió el telegrama y, poniéndose el abrigo a toda prisa, salió a la calle. No tardó en volver, y, mientras se estaba quitando el sombrero y los guantes, llegó Laurie con una carta que anunciaba una nueva mejoría de su padre. Jo la leyó agradecida, pero la expresión de tristeza no desapareció de su rostro.

—¿Qué pasa? —preguntó Laurie—. ¿Está peor Beth?

—He enviado a buscar a madre —contestó ella mientras luchaba para sacarse las botas de goma.

—Muy bien hecho, Jo. ¿Lo has hecho por tu cuenta?

—No. El doctor nos lo pidió.

—Oh, Jo… ¿Tan mal está?

—Sí. No nos reconoce, ya ni siquiera habla. No parece mi Beth, y no tenemos a nadie para ayudarnos.

Las lágrimas empezaron a rodar por las mejillas de la muchacha. Laurie tomó una de sus manos entre las suyas y murmuró, con un nudo en la garganta:

—Me tienes a mí. ¡Apóyate en mí, Jo, querida!

Ella no pudo contestar, pero le hizo caso, y aquel gesto amigable bastó para reconfortarla un poco. Laurie habría querido decir algo que la consolase, pero se había quedado sin palabras, así que se limitó a acariciar con dulzura la cabeza de su amiga, como hacía su madre algunas veces. Fue lo mejor que pudo hacer, porque aquella forma de expresar su afecto llegó al corazón de Jo e hizo que se sintiese mejor. Enseguida se limpió las lágrimas, y levantó el rostro para mirarle con una sonrisa llena de gratitud.

—Gracias, Teddy, me siento mejor. Intentaré soportar lo que venga…

—No pierdas la esperanza, Jo. Tu madre llegará pronto, y todo se arreglará.

—Es que no puedo perder a Beth. Ella es mi conciencia. No puedo renunciar a ella. ¡No puedo!

Volvió a enterrar la cara en el pañuelo empapado y lloró con desesperación, porque hasta aquel momento no se había permitido derramar ni una sola lágrima. Laurie le secó los ojos con la mano, pero no pudo decir nada, ya que los labios le temblaban y tenía un nudo en la garganta. Quizá a algunos les parezca una reacción poco masculina, pero no pudo evitarlo… y yo me alegro. Por fin, cuando los sollozos de Jo se fueron calmando, dijo en tono esperanzado:

—No creo que muera. Es tan buena y la queremos todos tanto, que no creo que Dios se la lleve.

—La gente buena siempre es la que se muere —murmuró Jo, que había dejado de llorar.

—No es propio de ti hablar así. Estás agotada. Para un poco. Espera, voy a traerte algo que te anime.

Laurie salió disparado hacia la cocina, y Jo apoyó la cabeza en la capa marrón de Beth, que seguía sobre la mesa, en el mismo sitio donde ella la había dejado. Quizá tuviese algún poder mágico, porque el espíritu resignado de su dueña pareció invadir a Jo, y, cuando Laurie entró con un vaso de vino, lo aceptó con una sonrisa:

—Me lo beberé… ¡a la salud de Beth! Eres un buen médico, Teddy, y un amigo increíble. ¿Cómo voy a pagarte esto?

—Ya te enviaré la factura uno de estos días, y esta noche te voy a dar algo que te animará más que una botella entera de vino —dijo Laurie, radiante de satisfacción.

—¿Qué es? —preguntó Jo, olvidándose de su dolor por un momento.

—Ayer le envié un telegrama a tu madre, y Brooke me contestó que vendría enseguida, y que estaría aquí esta noche. ¿Qué te parece?

Laurie enrojeció de placer a medida que hablaba, porque había mantenido su plan en secreto por miedo de que no saliera bien y las chicas se llevasen una decepción. Jo palideció, se levantó de su silla y al momento siguiente lo electrizó rodeándole el cuello con sus brazos:

—¡Oh, Laurie! ¡Madre! ¡Estoy tan contenta! —exclamó, y empezó a reírse histéricamente, aferrando a su amigo como si la buena noticia le diese un poco de miedo.

Laurie, a pesar de su asombro, reaccionó con gran presencia de ánimo. Le dio unas palmaditas en la espalda, y, al ver que estaba mejor, se atrevió con un tímido beso o dos, que devolvieron a Jo bruscamente a la realidad.

—¡Oh, no! Yo no quería… Ha sido una tontería por mi parte, pero es tan maravilloso lo del telegrama, que me ha salido así —dijo, apartándolo suavemente—. Cuéntamelo todo, y no me vuelvas a dar vino, que empiezo a hacer estupideces.

—A mí no me importa —rió Laurie, recolocándose la corbata—. Estaba empezando a impacientarme, y mi abuelo también. Los dos pensamos que Hannah se estaba excediendo con su autoridad, y que había que avisar a tu madre. Nunca nos lo habría perdonado si Beth… Bueno, si pasase algo. Así que decidí que había llegado el momento de actuar, porque el doctor no daba el paso y Hannah casi me arranca la cabeza cuando propuse lo del telegrama. Yo creo que su reacción fue la que me dio el último empujón, porque no soporto que me mangoneen. El caso es que el último tren llega a las dos de la mañana, y yo iré a recoger a tu madre, y tú solo tienes que contener tu entusiasmo y mantener tranquila a Beth hasta que llegue.

—Laurie, ¡eres un cielo! ¿Cómo te lo puedo agradecer?

—Vuelve a abrazarme. Me ha gustado bastante —dijo Laurie con aire travieso, volviendo a sus modales desenfadados de siempre.

—No, gracias. Venga, déjate de bromas y vete a descansar, porque vas a tener que levantarte en mitad de la noche. ¡Bendito seas, Teddy!

Tan pronto como terminó su discurso, Jo huyó a refugiarse en la cocina, y allí le contó a Hannah lo sucedido.

—Es el chico más metomentodo que he conocido, pero le perdono, y espero que la señora March llegue lo antes posible —dijo la buena mujer con expresión de alivio.

Meg se llevó una gran alegría, y luego se fue a releer la carta mientras Jo ponía en orden la habitación de la enferma y Hannah horneaba un par de empanadas «por si llegaba alguien sin avisar». Fue como si un soplo de aire fresco atravesase la casa, y las habitaciones se iluminasen con algo mejor que la luz del sol. Todos parecieron notar el cambio. El nuevo pájaro de Beth comenzó a cantar, y alguien descubrió un capullo de rosa en la maceta de Amy. En la chimenea, el fuego ardía con inusual fuerza, y, cada vez que se cruzaban, las dos hermanas mayores sonreían y se abrazaban, diciendo: «¡Viene mamá! ¡Viene mamá!».

Todos se alegraban, menos Beth. La muchacha seguía sumida en un pesado estupor, inconsciente de lo que ocurría a su alrededor. Daba lástima ver aquel rostro, siempre tan sonrosado, ahora sin expresión, y las hacendosas manos tan lánguidas, y los labios, acostumbrados a sonreír, enmudecidos, y la espléndida melena enredada sobre la almohada. Permaneció así todo el día, levantando de vez en cuando la cabeza para pedir agua con una voz casi inaudible. Meg y Jo estuvieron pendientes de ella continuamente. Fuera seguía nevando, soplaba un viento helado, y las horas se deslizaban con una lentitud exasperante, pero por fin llegó la noche, y, cada vez que el reloj daba las campanadas, las dos hermanas, sentadas una a cada lado de la enferma, se miraban con los ojos brillantes, porque sentían que la ayuda estaba cada vez más cerca. El doctor había dicho que, hacia la madrugada, probablemente se produciría algún cambio, a peor o a mejor, y prometió regresar. Hannah, completamente exhausta, se tumbó en el sofá a los pies de la cama y se quedó dormida. El señor Laurence caminaba arriba y abajo por el salón, y Laurie, tendido en la alfombra, fingía descansar, aunque en realidad estaba mirando el fuego con una expresión pensativa que había vuelto sus ojos más hondos y aterciopelados que nunca.

Hacia las doce, tuvieron un sobresalto, porque les pareció que algo cambiaba en el rostro de Beth, pero luego transcurrió una hora más sin que se produjese ninguna alteración. Laurie partió hacia la estación, y pasó otra hora. Empezaron a temer que la nevada hubiese provocado el retraso del tren o algún accidente en el camino.

Eran más de las dos cuando Jo, que estaba mirando por la ventana, oyó un movimiento en la cama. Al volverse, vio a Meg arrodillada en el suelo con la

cabeza escondida. Un miedo incontrolable se apoderó de ella. «Beth se ha muerto y Meg no se atreve a decírmelo», pensó.

Cuando se acercó a la cama, descubrió una sorprendente transformación. La congestión de la fiebre y el gesto de dolor habían desparecido, y la enferma descansaba tranquila y pálida. Jo ni siquiera pudo llorar. Inclinándose sobre la almohada, besó la frente húmeda de sudor.

—Adiós, mi pequeña Beth. Adiós.

El movimiento despertó a Hannah, que corrió hacia la cama, miró a Beth, le cogió las manos, le examinó los labios, y finalmente se sentó en la mecedora y comenzó a balancearse, diciendo sin aliento:



—La fiebre ha bajado, está durmiendo. Tiene la piel sudorosa, significa que está respirando bien. ¡Gracias al Cielo!

Antes de que las chicas tuvieran tiempo de reaccionar, llegó el doctor para confirmarlo.

—Sí, creo que podemos decir que ha salido de peligro —afirmó, visiblemente aliviado—. Que siga durmiendo, y cuando se despierte, hay que darle…

Lo que había que darle, ni Jo ni Meg llegaron a oírlo, porque las dos hermanas se habían sentado en las escaleras y estaban abrazadas, demasiado emocionadas para decir palabra. Cuando regresaron a la habitación se encontraron a Beth acostada de lado, como era su costumbre, con la mejilla en la almohada. La terrible palidez de un momento atrás había desaparecido.

—Mira —dijo Meg, mostrándole a Jo una rosa blanca y medio abierta—. Pensé que mañana estaría lista para ponérsela a Beth en la mano si… si al final se nos iba. Pero se ha abierto durante la noche, así que la voy a poner en el jarrón, para que sea lo primero que vea cuando se despierte. Eso, y la cara de mamá.

El amanecer les pareció más glorioso que nunca, a pesar del agotamiento que sentían después de la dura noche en vela.

—Parece un cuento de hadas —dijo Meg, contemplando la aurora desde la ventana con una sonrisa.

—¡Eh, escucha! —exclamó Jo, levantándose de un salto.

Sí, se oyó un tintineo de campanillas en la puerta, un grito de Hannah, y luego la voz de Laurie llamándolas con alegre suavidad:

—Chicas, ya está en casa. ¡Ya está en casa!

Confidencial

NO HAY PALABRAS PARA describir el encuentro entre la madre y las hijas. Son momentos maravillosos cuando se viven, pero muy difíciles de contar, así que me limitaré a decir que había auténtica felicidad en aquella casa, y que el deseo de Meg se hizo realidad, porque, cuando por fin se despertó de aquel largo sueño reparador, lo primero que vio la enferma fue la pequeña rosa y la cara de su madre. Demasiado débil para asombrarse de nada, sonrió y se acurrucó en aquellos añorados brazos, completamente satisfecha. Cuando volvió a quedarse dormida, sus hermanas le llevaron la comida a su madre, porque esta no quería soltar la delgada mano que se aferraba a ella incluso en sueños.

Hannah había preparado un fastuoso desayuno para la viajera, y Meg y Jo se lo administraron como dos cigüeñas a sus polluelos, mientras escuchaban en susurros las noticias sobre su padre, la promesa del señor Brooke de quedarse a cuidar de él, el retraso provocado por la tormenta de nieve, y el indescriptible consuelo que había sentido al ver el rostro esperanzado de Laurie a su llegada.

Fue un día muy extraño, pero alegre, porque todo el mundo había salido a disfrutar de la primera nevada, y, sin embargo, en la casa reinaba una completa quietud. Con la sensación de haberse librado de una pesada carga, Meg y Jo se fueron a dormir. Laurie se encargó de llevarle a Amy las buenas noticias, pero estaba tan agotado que se quedó dormido en el sofá de la tía March, y esta, conmovida por su agotamiento, cerró las cortinas del salón y le dejó descansar hasta la noche. Por la tarde, mientras Meg escribía una carta a su padre, Jo se deslizó hasta la habitación de Beth, miró a su madre, que seguía sentada junto a la enferma, y permaneció en silencio con gesto preocupado, mientras se enroscaba y se desenroscaba un mechón de pelo con el dedo.

—¿Qué te pasa, hija? —preguntó la señora March, tendiéndole una mano.

—Quiero contarte una cosa, mamá.

—¿Sobre Meg?

—¡Qué rápido lo has adivinado! Sí… Es una tontería, pero me pone nerviosa.

—Beth está dormida, así que cuéntamelo en voz baja.

Jo se sentó en el suelo, a los pies de su madre.

—El verano pasado, Meg se olvidó unos guantes en casa de los Laurence, y solo le devolvieron uno. Lo habíamos olvidado, hasta que Teddy me dijo que el otro lo tenía Brooke, y que le había confesado que Meg le gustaba, aunque no se atrevía a decirle nada, porque él es pobre y ella muy joven. ¿No es una situación horrible?

—¿Crees que Meg le quiere? —preguntó la señora March con cierta ansiedad en la mirada.

—¡No tengo ni idea! ¡Yo de esas tonterías de amor no sé nada! —exclamó Jo con una mezcla de curiosidad y desdén—. En las novelas, las chicas enamoradas se sonrojan, se desmayan, adelgazan, y se comportan como idiotas. Pero Meg no hace nada de eso. Come, bebe y duerme como una criatura sensata, me mira a la cara cuando le hablo de ese hombre, y solo se sonroja un poco cuando Teddy bromea con cosas de amor.

—Entonces, ¿crees que a Meg no le interesa John?

—¿Quién? —preguntó Jo, mirándola asombrada.

—El señor Brooke. Ahora lo llamo John. Cogí esa costumbre en el hospital, y a él le gusta.

—¡Oh, no! Te vas a poner de su parte. Se ha portado bien con papá, y no serás capaz de echarle. Le dejarás que se case con Meg, si ella quiere. ¡Qué astuto! ¡Ir a cuidar a papá y a ayudarte a ti, para que le cojáis cariño!

—No te enfades, hija. John me acompañó porque se lo pidió el señor Laurence, y se portó tan bien con tu pobre padre, que era inevitable que sintiésemos aprecio por él. Fue abierto y honorable con el tema de Meg, porque nos confesó que la quiere, pero piensa conseguir una posición antes de pedirle que se case con él. Solo deseaba que le diésemos permiso para amarla y trabajar por ella, y para lograr que ella le ame también, si es posible. La verdad es que es un hombre excelente, y no podíamos negarnos a escucharle, pero no permitiré que Meg se comprometa tan joven.

—Claro que no. ¡Sería estúpido! Sabía que la tragedia estaba en el aire, y es peor incluso de lo que me imaginaba.

—Jo, no quiero que le digas nada a Meg por el momento. Cuando vuelva John y los vea juntos, podré hacerme una idea más clara de la situación.

—En cuanto vea esos bonitos ojos castaños de los que tanto habla, estará todo perdido. Es demasiado impresionable, y se derretirá como mantequilla al

sol con cualquier tontería sentimental. Lee los informes que él manda mucho más que tus cartas, y dice que le gustan los ojos castaños, y que John es un nombre muy bonito, y la muy boba se enamorará y se acabará la diversión en esta casa. ¡Lo veo venir! Brooke se las arreglará para llevársela, y dejará un vacío en esta familia que nadie podrá llenar, y a mí se me romperá el corazón.

Jo apoyó la barbilla en sus rodillas con aire desconsolado. La señora March suspiró, y Jo la miró aliviada.

—¿A ti tampoco te gusta, madre? Me alegro. Que se ocupe de sus asuntos, y a Meg no le diremos ni una palabra. Todo seguirá como hasta ahora.

—No debería haber suspirado, Jo. Es normal que cada una forme su propia familia, pero siento que esto haya ocurrido tan pronto, porque Meg solo tiene diecisiete años, y tu padre y yo estamos de acuerdo en que no debe casarse antes de los veinte. Si ella y John se quieren, pueden esperar, así pondrán a prueba su amor. Mi pequeña… Solo espero que sea feliz.

—¿Y no preferirías que se casase con alguien rico?

—El dinero es útil, Jo, y me gustaría que a mis hijas nunca les faltara. Espero que John logre establecerse y ganar lo suficiente para proporcionarle a Meg un hogar agradable, pero no ambiciono una gran fortuna, ni un apellido de alcurnia para mis hijas. Si todo eso viene unido al amor y la bondad, lo aceptaré agradecida, y me alegraré por vosotras, pero sé por experiencia cuánta felicidad puede albergar una casa humilde donde hay que ganarse el pan a diario y las privaciones hacen más dulces los placeres. No me importaría ver a Meg empezar desde abajo, porque, si no me equivoco, tendrá la posesión más valiosa del mundo, que es el corazón de un buen hombre.

—Lo entiendo, madre, y estoy de acuerdo contigo, pero me da pena por Meg, porque yo pensaba que se terminaría casando con Teddy y viviría rodeada de lujo y comodidades el resto de su vida.

—No hagas esa clase de planes, Jo. Es mejor no mezclar esa «basura romántica» como tú la llamas, en nuestra amistad con Laurie. Podría arruinarla.

—Ya lo sé… Ojalá no tuviésemos que hacernos mayores. Pero los capullos se convierten en rosas, y los gatitos en gatos… ¡no hay nada que hacer!

—¿Qué pasa con las rosas y los gatos? —preguntó Meg, que acababa de entrar para enseñarle a su madre la carta que había escrito.

—Uno de mis discursos absurdos. Me voy a la cama —dijo Jo, estirándose para levantarse.

—Muy bien escrita, hija. Por favor, añade que envío recuerdos a John —dijo la señora March, devolviéndole la carta.

—¿Ahora le llamas «John»? —preguntó Meg, mirando a su madre a los ojos con una sonrisa.

—Sí. Se ha portado con nosotros como un hijo, y le hemos cogido mucho cariño —replicó la señora March sosteniéndole la mirada.

—Me alegro. Está tan solo… Buenas noches, mamá querida. No sabes lo maravilloso que es tenerte aquí.

Su madre la besó con ternura, y, cuando se fue, murmuró, con una mezcla de satisfacción y melancolía:

—Todavía no siente nada por John, pero pronto lo sentirá.

Al día siguiente, la cara de Jo era todo un poema, porque el secreto le pesaba, y le resultaba imposible no darse cierto aire de importancia. Meg se dio cuenta, pero no se molestó en preguntar, porque había aprendido que la mejor forma de manejar a Jo consistía en aplicarle la ley de los opuestos, y por eso estaba segura de que se lo contaría todo si no preguntaba. Se sorprendió mucho al comprobar que, esta vez, su hermana no rompía el silencio. Dolida, adoptó una actitud digna y reservada y se dedicó completamente a su madre. Esto dejó a Jo bastante sola, porque la señora March había ocupado su puesto como enfermera, y Amy seguía fuera. Su único refugio era Laurie, pero le daba un poco de miedo quedar con él, porque podía llegar a sonsacarle su secreto. Sus temores estaban justificados, porque el malicioso muchacho, en cuanto sospechó que había un misterio, se propuso averiguarlo como fuera. Rogó, chantajeó, ridiculizó, amenazó, se enfadó, fingió indiferencia, declaró que ya lo sabía, y, al final, gracias a su perseverancia, fue informado sobre lo que ocurría con Meg y Brooke. Indignado de que su tutor no hubiese confiado en él, puso entonces todo su ingenio en diseñar una venganza apropiada.

Meg, mientras tanto, parecía completamente ajena al asunto y concentrada en los preparativos para el regreso de su padre, hasta que, de pronto, se produjo un abrupto cambio, y durante un día o dos no fue ella misma. Se sobresaltaba cuando le hablaban, se sonrojaba cuando la miraban, y, mientras cosía, una expresión de preocupación empañaba su rostro.

—Lo nota en el aire. El amor, quiero decir. Tiene la mayoría de los síntomas: está irritable, no come, no duerme, y anda escondiéndose por los rincones. La he pillado cantando esa canción que él le dio, y una vez dijo «John», como tú, y luego se puso colorada como una amapola. ¿Qué vamos a

hacer? —dijo Jo, dispuesta a tomar las medidas necesarias, por agresivas que fuesen.

—Nada, solo esperar. Déjala en paz, sé amable con ella. Cuando venga tu padre todo se aclarará —contestó su madre.

***

—Ha llegado una nota para ti, Meg, y está sellada —anunció Jo al día siguiente mientras repartía el correo de su famoso buzón.

Después de leer el mensaje, Meg dejó escapar un gemido, y se quedó mirando el sobre con horror.

—Hija, ¿qué pasa? —preguntó su madre.

—Es todo una equivocación, él no lo envió. Oh, Jo, ¿cómo has podido? —Meg escondió el rostro entre las manos, llorando desconsolada.

—¿Yo? ¡Si no he hecho nada! ¿De qué va todo esto?

Los ojos de Meg relampaguearon de ira cuando sacó de su bolsillo un papel arrugado y se lo lanzó a Jo.

—Lo escribiste tú —dijo, en tono de reproche—. Y ese chico horrible te ayudó. ¿Cómo habéis podido ser tan ruines, tan crueles con nosotros?

Jo apenas la oyó, porque ella y su madre estaban leyendo la nota, escrita con una caligrafía muy peculiar:

Mi queridísima Margaret:

No puedo seguir ocultando mi pasión, y necesito conocer mi destino antes de volver. Aún no me he atrevido a hablar con tus padres, pero sé que aceptarían si supiesen lo mucho que nos adoramos. El señor Laurence me ayudará a establecerme, y entonces, mi dulce muchacha, me harás feliz. Te ruego que no le digas nada aún a tu familia, pero envía una nota de aliento a tu devoto

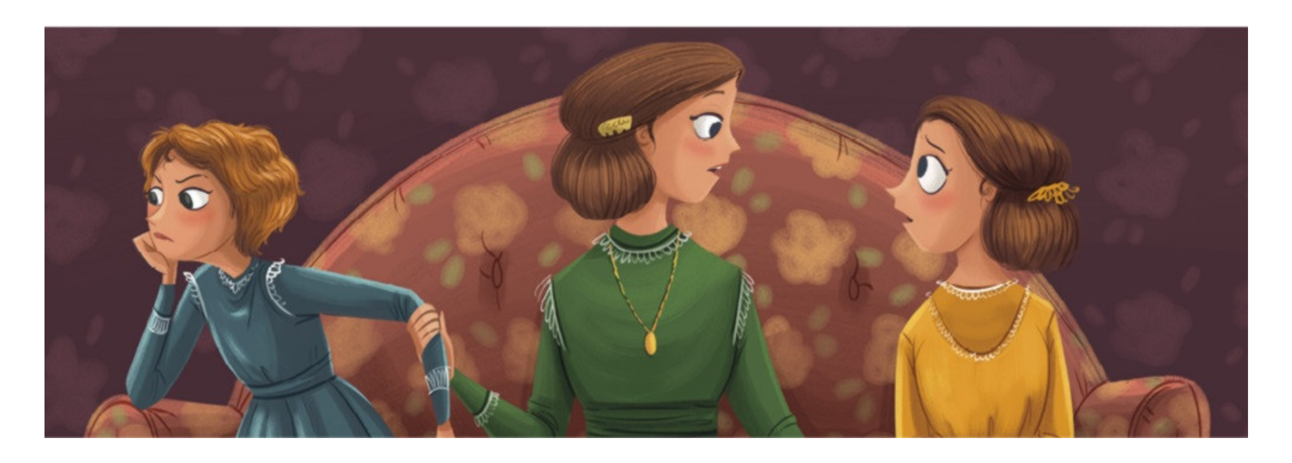
John

—Oh… ¡Ese pequeño monstruo! Así es como se venga de mí por haber mantenido la promesa que le hice a mamá. Le obligaré a pedir perdón —exclamó Jo, hirviendo de ganas de impartir justicia; pero su madre la retuvo con una expresión de gravedad que pocas veces adoptaba.

—Para, Jo. Antes, tienes que demostrar tu inocencia. Te gustan tanto las bromas, que no me extrañaría que hubieses tenido algo que ver en esta.

—¡Qué no, mamá! ¡Nunca había visto esa nota! —dijo Jo, con tanta seriedad que la creyeron—. Si hubiese tomado parte en esto, lo habría hecho mejor, y habría escrito algo sensato. Deberías saber que el señor Brooke no escribiría una cosa tan absurda.

—Pero… se parece a su letra —murmuró Meg, comparándola con la otra nota que acababa de recibir.



—Ay, Meg… ¡No me digas que le contestaste!

—Sí, ¡lo hice! —confesó la muchacha, abrumada de vergüenza.

—¡Qué gamberro! Dejadme que traiga aquí a ese granuja para que le caiga una buena regañina. No estaré tranquila hasta que lo agarre. —Y Jo se dirigió muy decidida hacia la puerta.

—¡Espera! Deja que me ocupe yo. Margaret, cuéntanos toda la historia —dijo la señora March, sentándose junto a Meg sin soltar a Jo, que parecía empeñada en salir corriendo.

—La primera nota me la dio Laurie. Él no parecía saber nada de su contenido. Al principio me preocupé mucho y pensé en decírtelo, pero luego pensé en cuánto aprecias al señor Brooke, y decidí que no pasaba nada por guardar el secreto un par de días mientras decidía qué hacer. Y al final le escribí…

—¿Qué le dijiste? —preguntó la señora March.

—Solo que soy demasiado joven, y que no quería tener secretos con mis padres, y que debía hablar con mi padre. Le agradecí su amabilidad y le dije que sería su amiga, pero nada más, por el momento.

La señora March sonrió complacida, y Jo soltó una carcajada.

—Eres la prudencia en persona. Sigue, Meg… ¿Y él qué te contestó?

—Me escribe en un tono completamente distinto, diciendo que él no ha enviado ninguna carta de amor, y que lamenta mucho que la bromista de mi

hermana le haya suplantado. Es muy amable y respetuoso, pero ¡qué horrible todo!

—Yo creo que Brooke no ha visto ninguna de estas dos notas, y que las dos las ha escrito Teddy para vengarse de mí porque no quería contarle mi secreto.

—¿Qué secreto? ¿Y por qué no se lo contaste a mamá?

—Fue ella la que me lo contó a mí, Meg.

—Basta, Jo. Yo se lo explicaré mientras tú vas a buscar a Laurie. Pienso aclarar el asunto hasta el fondo, y no toleraré más bromas como esta.

Allá se fue Jo, mientras la señora March le explicaba a Meg los verdaderos sentimientos del señor Brooke.

—Y ahora, dime, ¿qué sientes tú? ¿Le quieres lo bastante como para esperar a que te pueda dar un hogar, o prefieres no comprometerte por ahora?

—He estado tan preocupada con esto, que no quiero saber nada más de amores durante una buena temporada… o a lo mejor nunca —contestó Meg de mal humor—. Si John no sabe nada, no se lo digáis, y yo me encargaré de que Jo y Laurie mantengan la boca cerrada. ¡No permitiré que se rían a mi costa!

En cuanto oyeron a Laurie poner un pie en el vestíbulo, Meg corrió a refugiarse a su cuarto, y la señora March recibió al culpable ella sola. Jo no le había explicado al muchacho lo que pasaba, pero lo adivinó en cuanto vio la cara de su vecina, y empezó a retorcer el ala de su sombrero con expresión culpable. A Jo no se le permitió quedarse, y se dedicó a hacer guardia a la puerta, por si acaso el prisionero intentaba huir. Las voces de la sala subieron y bajaron de tono durante la siguiente media hora, pero las chicas nunca llegaron a saber lo que se había dicho en aquella entrevista.

Cuando por fin las llamaron, Laurie tenía tal cara de arrepentimiento, que Jo lo perdonó en el acto. En cuanto a Meg, escuchó en silencio su humilde disculpa, y se sintió bastante reconfortada al oír que Brooke no sabía nada de la broma.

—No se lo diré mientras viva, y haré lo que sea para demostrar lo arrepentido que estoy y para que me perdones, Meg —aseguró, visiblemente avergonzado de sí mismo.

Meg le perdónó, y, sin embargo, el daño estaba hecho, porque, aunque los demás no tardaron en olvidar el incidente, ella no podía olvidarlo. Nunca volvió a aludir a cierta persona, pero pensaba mucho en él, soñaba más que nunca, y un día, al buscar unos sellos en el escritorio de su hermana, Jo encontró un papel arrugado que ponía: «Señora de John Brooke». Gruñendo

trágicamente, lo arrojó al fuego. Tenía la sensación de que la broma de Laurie no había hecho más que empeorar la situación.

Verdes praderas

LAS APACIBLES SEMANAS QUE siguieron fueron como la calma después de la tempestad. Los enfermos mejoraban rápidamente, y el señor March empezó a hablar de volver a casa a principios del nuevo año. Muy pronto, Beth pudo levantarse y tumbarse en el sofá del estudio todo el día, al principio entreteniéndose con sus queridos gatos, y, más adelante, cosiendo para sus muñecas. Sus piernas, antes ágiles, se habían quedado tan débiles y rígidas que Jo la sacaba cada día en brazos a tomar el aire. Meg no lamentaba endurecerse sus blancas manos cocinando los platos más delicados para la pequeña, y Amy no perdía oportunidad para regalarle sus más preciadas posesiones.

A medida que se fue acercando la Navidad, los misterios volvieron a adueñarse de la casa. Jo provocaba de vez en cuando una conmoción familiar planificando las más espléndidas y absurdas ceremonias, y Laurie, igual de fantasioso, proponía hogueras, cohetes y arcos triunfales. Después de muchas escaramuzas, la ambiciosa pareja rebajó sus expectactivas, y demostraban su decepción adoptando una expresión alicaída que desaparecía mágicamente cada vez que les daba por reír a carcajadas.

Hannah vaticinó que el día de Navidad iba a ser espléndido, y sus profecías se cumplieron. Para empezar, el señor March escribió anunciando que pronto se reuniría con la familia. Beth amaneció mejor que de costumbre, y, vestida con una bata de lana carmesí que era el regalo de su madre, fue llevada en triunfo a la ventana para ver la sorpresa que le habían preparado Jo y Laurie. Los incombustibles habían hecho honor a su hombre y habían trabajado como elfos toda la noche, tallando una preciosa doncella de nieve con una corona de acebo, que llevaba una cesta de frutas y flores en una mano, un rollo de partituras en la otra, una manta con todos los colores del arcoíris sobre los hombros, y una felicitación navideña metida en la boca. ¡Cómo rio Beth al ver todo aquello! Laurie iba y venía entregándole los regalos, mientras Jo pronunciaba rimbombantes discursos.

—Estoy tan contenta que, si papá estuviera aquí, ya no me cabría ni una gota más de felicidad —dijo Beth con un suspiro de satisfacción al regresar al estudio.

—Yo también —dijo Jo, dándose unas palmaditas en el bolsillo, donde llevaba su preciado ejemplar de *Ondina y Sintram*.

—Yo igual —coreó Amy, contemplando un grabado de la Virgen con el niño que su madre le había regalado.

—¡Y yo! —exclamó Meg, alisándose los pliegues plateados de su primer vestido de seda, porque el señor Laurence había insistido en regalárselo.

—¿Cómo no vamos a estar contentas? —dijo la señora March en tono agradecido mientras acariciaba el broche de cabellos grises, dorados, castaños y negros que sus hijas le acababan de colocar en el pecho.

Media hora después, Laurie asomó la cabeza por la puerta de la sala reprimiendo a duras penas su excitación.

—Aquí llega otro regalo de Navidad para la familia March —anunció, sin aliento.

No había terminado de hablar, cuando alguien le apartó, y en su lugar apareció un hombre alto, abrigado hasta las orejas, que se apoyaba en el brazo de otro hombre de la misma estatura. Se produjo una estampida general, y en los siguientes minutos todos se comportaron como si hubiesen perdido el juicio, porque hacían cosas extrañas y no eran capaces de decir palabras.

El señor March desapareció entre los brazos de sus hijas, Jo estuvo a punto de desmayarse, el señor Brooke besó a Meg por error, como explicó de forma un tanto incoherente, y la digna Amy tropezó con un taburete y cayó a los pies de su padre. La señora March fue la primera en recobrar la compostura, y alzó la mano con un gesto de advertencia.

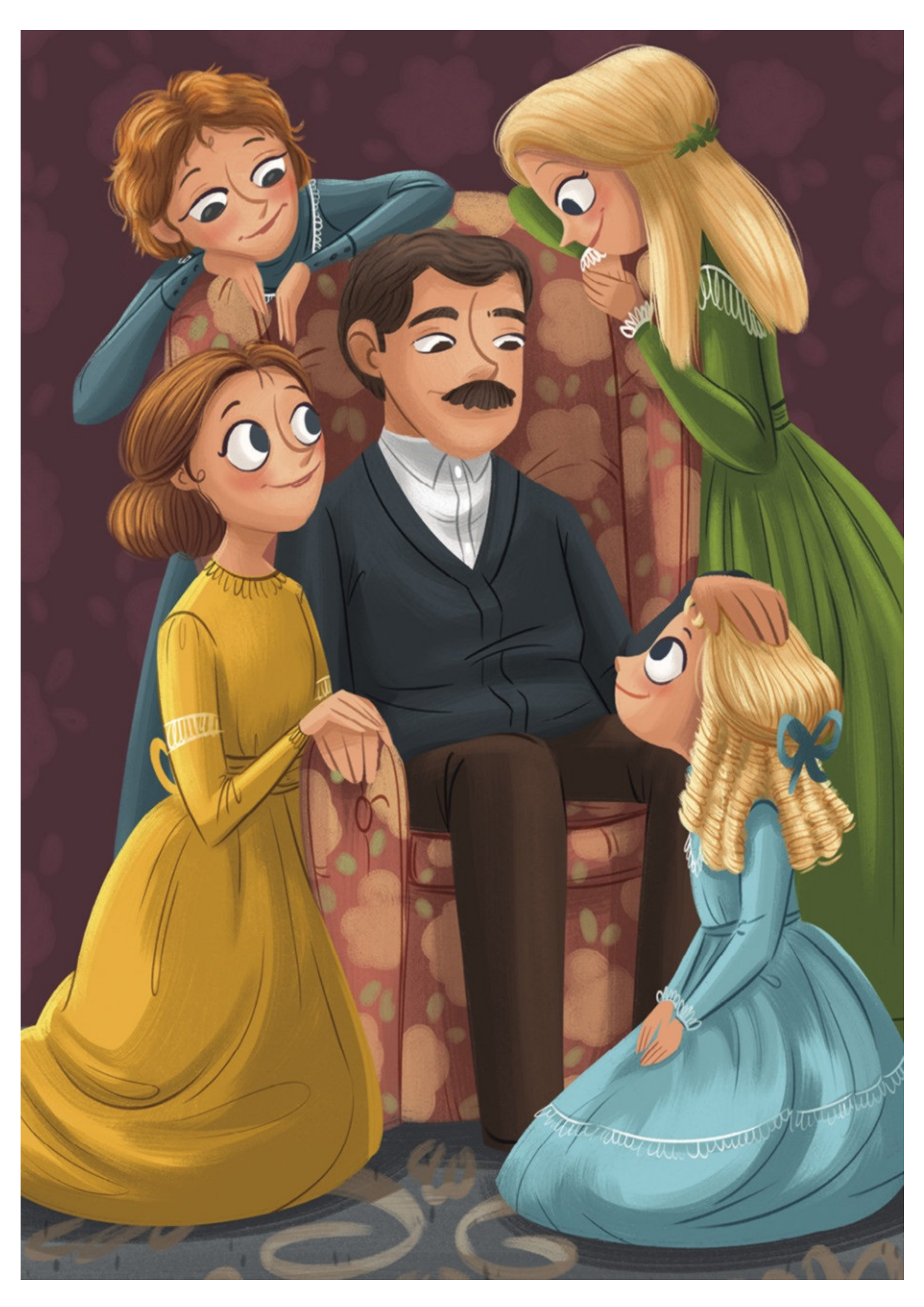
—¡Silencio! Acordaos de Beth…

Demasiado tarde. Las puertas del estudio se abrieron de par en par y apareció una bata roja. La alegría parecía haberle dado fuerzas, y Beth corrió a los brazos de su padre. Fue como si aquel instante borrase todas las amarguras del pasado, dejando solo la belleza del presente.

El señor March contó que llevaba tiempo preparando la sorpresa, y que, aprovechando el buen tiempo, el doctor le había permitido realizar sus deseos. También contó lo bien que se había portado Brooke con él, añadiendo que era un joven de lo más estimable. Por qué al decirlo miró hacia a Meg y luego hacia su mujer, arqueando levemente las cejas, es fácil de imaginar. Jo vio y entendió la mirada, y se fue a la cocina a por un poco de vino y té,

murmurando para sus adentros: «¡Odio a los jóvenes inestimables con ojos castaños!».

Nunca ha habido una comida de Navidad como la de aquel día. El enorme pavo era digno de ver cuando Hannah lo llevó a la mesa relleno, asado y decorado. Lo mismo puede decirse del pudín de ciruelas, que se fundía en la boca, y las confituras, que hicieron las delicias de Amy. Todo salió de maravilla, algo asombroso, según comentó Hannah, porque, según dijo, «con tanta emoción era un milagro que no hubiera asado el pudín y rellenado el pavo con pasas». El señor Laurence y su nieto comieron con ellos, al igual que el señor Brooke, a quien Jo lanzaba de vez en cuando miradas asesinas, para gran diversión de Laurie. A la cabecera de la mesa colocaron un sillón para Beth y otro para su padre, y ambos comieron un sencillo plato de pollo y un poco de fruta. Brindaron varias veces, se contaron historias, cantaron villancicos, comentaron viejos recuerdos, y se lo pasaron divinamente. Habían planeado un paseo en trineo, pero las chicas no querían separarse de su padre, así que los invitados se fueron pronto, y la feliz familia se reunió alrededor de la chimenea.



—Hace justo un año estábamos quejándonos por las Navidades tan tristes que íbamos a tener. ¿Os acordáis? —preguntó Jo.

—Pues, en conjunto, ha sido un año bastante agradable —afirmó Meg contemplando el fuego con una sonrisa.

—Yo creo que ha sido muy duro —observó Amy mirándose un anillo que le había dado la tía March con ojos pensativos.

—Yo me alegro de que haya pasado, porque has vuelto —dijo Beth, sentada en las rodillas de su padre.

—Ha sido un camino difícil, mis pobres peregrinas, especialmente la última parte. Pero habéis sido muy valientes, y creo que vuestras cargas no tardarán en desaparecer —dijo el señor March con ojos brillantes.

—¿Cómo lo sabes? ¿Te lo contó mamá? —preguntó Jo.

—No me contó mucho. Pero a lo largo del día he ido encontrando muchas pistas.

—¡Dinos cuáles! —pidió Meg, sentada a su lado.

Su padre le cogió la mano y señaló tres pequeñas callosidades y una quemadura en ella.

—Esta es una. Me acuerdo de cuando esta mano era blanca y lisa, y estabas obsesionada con que se mantuviera así. Era muy bonita entonces, pero, para mí, ahora lo es más, porque en cada una de estas imperfecciones leo una historia de trabajo y sacrificio.

—¿Y qué pasa con Jo? Dile algo bonito, porque ha sido tan buena conmigo… —susurró Beth al oído de su padre.

Él se echó a reír y miró hacia la muchacha alta que se sentaba frente a él.

—A pesar de esos cabellos cortos, no veo al chicarrón de hace un año —dijo—. Veo a una joven con el cuello del vestido en su sitio y los cordones de las botas atados, que no silba, ni dice palabrotas ni se tira en la alfombra. Ahora mismo está un poco delgada y pálida por las preocupaciones recientes, pero me encanta mirarla, porque hay en ella una dulzura nueva. Se mueve con menos brusquedad, y cuida de cierta personita con una ternura que me conmueve. Echaré de menos a mi chica salvaje, pero, si a cambio puedo contar con una mujer responsable, me doy por satisfecho. No sé si, después de que la esquilaran, nuestra oveja negra se habrá amansado. Lo que sé es que en todo Washington no pude encontrar nada lo bastante bonito como para pagar por ello los veinticinco dólares que me enviaste.

—Ahora, Beth —dijo Amy, ansiosa por que le llegase el turno, pero dispuesta a esperar.

—Queda tan poco de ella que no sé qué puedo decir algo sin que se evapore, pero veo que no es tan tímida como antes —comenzó el padre, alegre. Sin embargo, al recordar lo cerca que habían estado de perderla, la

apretó entre sus brazos y añadió en un murmullo—: Estás a salvo, Beth, y te cuidaremos.

Tras un minuto de silencio miró a Amy, que estaba sentada a sus pies, y le acarició el cabello.

—He visto que Amy elegía las tajadas menos jugosas en la comida, que se ha pasado la tarde haciendo recados para su madre, que le ha cedido todo el protagonismo a Meg esta noche, y que se ha comportado todo el tiempo con paciencia y buen humor. También he visto que no se ha mirado ni una sola vez al espejo, por lo que deduzco que ha aprendido a pensar más en los demás y menos en ella misma, y que está moldeando su carácter con el mismo cuidado con el que modela sus figuras de arcilla. Y me alegra mucho, porque, aunque estoy muy orgulloso de sus esculturas, lo estoy todavía más de su talento para hacerse la vida agradable a sí misma y a los que la rodean.

—¿En qué piensas, Beth? —preguntó Jo, después de que Amy agradeciera los elogios de su padre.

—En el libro de *El progreso del peregrino*, dice que, después de muchos sufrimientos, Cristiano y Esperanza llegan a unas verdes praderas donde florecen las azucenas todos los días del año, y que allí se detienen a descansar antes de continuar su camino —contestó la muchacha, y abandonó los brazos de su padre para ir hacia el piano—. Es hora de cantar, y quiero ocupar mi sitio de siempre. Voy a cantar la canción del pastor al que oyen los peregrinos. La he compuesto para papá, porque le encanta esa parte.

Sentada al piano, Beth acarició las teclas, y con aquella dulce voz que habían temido no volver a oír, cantó el extraño himno, que parecía irle como anillo al dedo:

No teme el humilde
que hieran su orgullo.
Los que están abajo
no temen caer.
Yo con lo que tengo
me doy por contenta:
sea mucho o poco,
lo he de agradecer.

Pesada es la carga
y largo el camino,
pero no se rinde
nunca el peregrino.

La tía March decide la cuestión

AL DÍA SIGUIENTE, TODA la familia se pasó el día revoloteando alrededor del señor March, intentando cuidarlo y desentendiéndose de todo lo demás. Fueron tantas las atenciones que recibió, que a punto estuvieron de matarlo de amabilidad. Por fin lo tenían todo para sentirse felices… y, sin embargo, daba la sensación de que faltaba algo. El señor y la señora March se miraban preocupados de vez en cuando, y luego miraban a Meg. Jo tenía ataques de melancolía, y la vieron amenazar con el puño el paraguas que el señor Brooke se había dejado olvidado en el vestíbulo. Meg parecía ausente, tímida y silenciosa, se sobresaltaba cuando sonaba el timbre, y se sonrojaba cada vez que alguien mencionaba el nombre de John.

—Es como si todo el mundo estuviese esperando a que suceda algo, pero no sé qué puede ser, porque papá ya está en casa —dijo Amy.

Laurie pasó junto a la casa por la tarde, y, al ver a Meg en la ventana, empezó a actuar como en una obra de teatro, arrodillándose en la nieve, golpeándose el pecho, tirándose de los cabellos y alzando las manos en actitud implorante. Cuando Meg le dijo que se fuera, se alejó secándose unas lágrimas imaginarias con el pañuelo.

—¿Qué le pasa a este bobo? —dijo Meg riéndose y apartándose de la ventana.

—Te está preparando para la declaración de tu John. ¿Emocionante, verdad? —replicó Jo con ironía.

—No digas que es «mi John», no es verdad —contestó Meg—. No me hagas rabiar, Jo, ya te he dicho que no va a pasar nada. Seguiremos siento amigos y nada va a cambiar.

—No es verdad, porque tú has cambiado y pareces más lejos de mí que nunca. No quiero hacerte rabiar, pero me gustaría acabar con esta incertidumbre de una vez. Odio esperar, así que, si vas a hacerlo, hazlo y termina con esto de una vez.

—No puedo hablar si él no lo hace, y no lo hará, porque padre le ha dicho que soy demasiado joven —se justificó Meg con la vista fija en su labor y una

sonrisita que demostraba que no estaba de acuerdo con la opinión de su progenitor.

—Si te dice algo, no vas a saber qué contestarle. Te pondrás colorada o te echarás a llorar, y dejarás que se salga con la suya, en lugar de decirle que no.

—No soy tan débil ni tan boba como tú crees. Sé exactamente lo que le diría, porque lo tengo planeado, por si acaso. No se sabe lo que puede pasar, así que prefiero estar preparada.

—¿Y se puede saber qué le vas a decir? —preguntó Jo, con algo más de respeto.

—Por supuesto. Simplemente le diré, en tono tranquilo pero decidido: Gracias, señor Brooke, es usted muy amable, pero estoy de acuerdo con mi padre en que soy demasiado joven para comprometerme, así que, por favor, no diga nada más, y sigamos siendo amigos como hasta ahora.

—Vaya… ¡es bastante formal y frío! No creo que llegues a decírselo, y, si lo haces, no se conformará. Si es como los enamorados de los libros, terminarás cediendo por no herir sus sentimientos.

—No, no lo haré. Le diré que está decidido, y saldré de la habitación con dignidad.

Meg se puso en pie, como para ensayar su digna salida, y justo entonces se oyeron en vestíbulo unos pasos que le hicieron regresar rápidamente a su asiento y ponerse a coser tan deprisa como si la vida le fuera en ello. Jo reprimió una carcajada. Un instante después, cuando llamaron tímidamente a la puerta, adoptó una actitud lúgubre y nada hospitalaria para abrir:

—Buenas tardes. He venido a por mi paraguas…, quiero decir…, también a ver cómo se encuentra hoy su padre —dijo el señor Brooke, algo confuso mientras sus ojos iban de un rostro a otro.

—Está muy bien. Está en el paragüero. Iré a buscarlo, y le diré que está aquí. —Y, después de mezclar de esa manera a su padre con el paraguas, Jo salió de la habitación para darle a Meg la oportunidad de pronunciar su discurso. Pero, en cuanto desapareció, Meg comenzó a deslizarse hacia la puerta, murmurando…

—A mi madre le gustará verle. Por favor, siéntese… Voy a buscarla.

—No se vaya. ¿Me tiene miedo, Margaret? —Y el señor Brooke pareció tan dolido, que Meg temió haber sido maleducada. Se sonrojó hasta la raíz del pelo, porque nunca antes la había llamado Margaret, y le sorprendió lo natural que sonaba en sus labios. Deseosa de mostrarse amigable y desenvuelta, le tendió la mano en un gesto de confianza.

—¿Cómo podría tenerle miedo, con lo amable que ha sido con mi padre? —contestó—. Ojalá supiera cómo agradecérselo.

—¿Quiere que se lo explique? —contestó Brooke apretándole la mano entre las suyas, y mirando a Meg con tanto amor en sus ojos castaños que el corazón de la joven empezó a latir con vehemencia.

—No, no… Prefiero que no —murmuró, tratando de retirar la mano con gesto alarmado.

—No quiero molestarte. Solo deseo saber si te importo un poco, Meg. Te quiero tanto… —añadió Brooke con ternura.

Era el momento perfecto para el discurso tranquilo y digno, pero Meg no lo pronunció. Se le olvidó del todo, y se limitó a bajar la cabeza y a decir:

—No sé.

Lo dijo con tanta suavidad, que John tuvo que inclinarse para oír la respuesta, y cuando finalmente la oyó pareció bastante satisfecho, porque sonrió y apretó la mano de la muchacha con gratitud, mientras decía en tono persuasivo:

—¿Tratarás de averiguarlo, por favor? Necesito tanto saberlo… porque quiero trabajar duro, pero me gustaría saber si puedo albergar la esperanza de ser recompensado al final…

—Soy demasiado joven —contestó Meg en tono desfallecido.

—Esperaré, y, mientras tanto, quizá puedas aprender a apreciarme un poco. ¿Será una lección muy difícil de estudiar, querida?

—No, si yo decido aprenderla, pero…

—Por favor, decídelo, Meg. Me encanta enseñar, y esto es más fácil que el alemán —dijo John apoderándose de la otra mano, de modo que ella ya no pudo esconder su rostro cuando él se inclinó para mirarla.

Su tono era implorante, pero Meg se dio cuenta de que en sus ojos se mezclaban la ternura y la diversión, como si estuviese completamente seguro de su éxito. Eso la molestó, y le entraron ganas de demostrar su poder. Se sentía nerviosa y extraña, y, dejándose llevar por aquel impulso, retiró las manos con brusquedad.

—Decido que no —dijo, en tono irritado—. Por favor, váyase y déjeme en paz.

Al pobre Brooke se le derrumbó en el acto su precioso castillo en el aire, porque nunca había visto a Meg hablar de aquella manera, y se quedó perplejo.

—¿Lo dice de verdad? —preguntó, temblando.

—Sí. No quiero pensar en esas cosas ahora. Mi padre dice que no tengo por qué, es demasiado pronto, y prefiero no hacerlo.

—¿Puedo esperar que, con el tiempo, tal vez, cambie de idea? Esperaré y no volveré a decir nada hasta que esté preparada. No juegue conmigo, Meg… Nunca pensé esto de usted.

—Deje de pensar en mí del todo. Prefiero que no lo haga —replicó Meg con una satisfacción maligna ante la reacción de su enamorado.

Él, pálido y grave, se parecía más que antes a los héroes de las novelas. Sin embargo, no se golpeó la frente contra las paredes ni empezó a caminar desesperado por la habitación. Simplemente se quedó mirándola con unos ojos tan tiernos y pensativos, que ella empezó a flaquear. Y nadie sabe qué habría pasado a continuación si no hubiese irrumpido la tía March.

La anciana, al enterarse de la llegada de su sobrino, no había podido resistirse a sus deseos de verlo. La familia estaba reunida en la parte trasera de la casa, y ella entró por el vestíbulo para darles una sorpresa. Desde luego, consiguió sorprender a Meg, que se quedó mirándola como si fuera un fantasma mientras el señor Brooke salía huyendo hacia el estudio.

—Dios mío, ¿qué es esto? —exclamó la dama descargando un bastonazo en el suelo al notar la palidez del caballero y el rubor de Meg.

—Es un amigo de mi padre. ¡Qué sorpresa! —tartamudeó Meg.

—Es evidente —replicó la tía March, sentándose—. ¿Y qué te estaba diciendo ese amigo de tu padre para que te hayas puesto roja como una amapola? Aquí pasa algo malo, e insisto en saber qué es.

—Solo estábamos hablando. El señor Brooke vino a recoger su paraguas.

—¿Brooke? ¿El tutor de ese muchacho? Ah, ahora lo entiendo. Lo sé todo, porque Jo hizo un comentario sobre una carta de tu padre y le saqué la verdad. No lo habrás aceptado, ¿no? —preguntó la tía March escandalizada.

—¡Shh! Puede oírla. ¿Llamo a mi madre? —preguntó Meg, presa de una gran turbación.

—Todavía no. Tengo algo que decirte, y prefiero hacerlo cuanto antes. ¿Piensas casarte con ese tal Cook? Si lo haces, no te dejaré ni un céntimo en la herencia. Recuérdalo, y actúa como una chica sensata —dijo la anciana en tono impresionante.

La tía March tenía el don de provocar la rebelión de los jóvenes, por muy pacíficos que fuesen. Si le hubiera rogado a Meg que aceptase a John Brooke, la muchacha seguramente habría dicho que no, pero, cuando le ordenaron de forma perentoria que se olvidase de él, decidió de inmediato que no lo haría.

—Me casaré con quien quiera, tía March, y puede dejarle su dinero a quien le dé la gana —contestó, sosteniéndole la mirada con aire desafiante.

—¡Vaya, vaya! ¿Así es como te tomas mi consejo, señorita? Ya te arrepentirás cuando descubras que el amor en un hogar pobre no lleva más que al fracaso.

—No creo que sea peor que la vida de algunas personas ricas.

La tía March se puso las gafas y miró a la joven de arriba abajo, porque no la reconocía. Meg también estaba asombrada de sí misma. Se sentía valiente, independiente, y muy contenta de poder defender a John y de declarar su derecho a amarle, si quería. La tía March se dio cuenta de que había empezado con mal pie, y, después de una breve pausa, decidió intentarlo de nuevo.

—Vamos, Meg, querida, sé razonable y escucha mi consejo. Te lo digo con la mejor intención. No quiero que arruines tu vida cometiendo un error justo al principio. Deberías casarte bien y ayudar a tu familia. Tu deber es hacer un buen matrimonio, deberías saberlo.

—Mis padres no opinan lo mismo. John les gusta, a pesar de ser pobre.

—Tus padres tienen el mismo sentido práctico que un par de bebés.

—Pues yo me alegro —afirmó Meg, retadora.

La tía March no se dio por aludida.

—Ese Rook es pobre y no tiene ningún pariente rico, ¿no es cierto?

—No, pero tiene buenos amigos.

—De la amistad no se vive. Tampoco tiene ningún negocio, ¿no?

—Todavía no. El señor Laurence le va a ayudar a establecerse.

—Eso no durará. James Laurence es un anciano caprichoso, y no se puede confiar en él. ¿Así que piensas casarte con un hombre sin dinero ni posición y vivir con más penalidades todavía que ahora, cuando podrías tener una vida estupenda si me hicieras caso? Pensé que tenías más cabeza, Meg.

—¡No encontraría un hombre mejor ni aunque esperase toda la vida! John es bueno e inteligente, tiene un montón de talento, va a trabajar duro y estoy segura de que conseguirá lo que se proponga, ¡está lleno de energía y valor! Todo el mundo lo respeta y lo aprecia, y me siento orgullosa de que me ame, aunque yo sea pobre y joven y boba —afirmó Meg, más atractiva que nunca al adoptar aquel tono grave y firme.

—Él sabe que tienes parientes ricos, niña. Ahí está la razón de su amor, seguramente.

—Tía March, ¿cómo se atreve a decir una cosa así? John está por encima de esas mezquindades, y no pienso escuchar ni un minuto más si continúa

hablando de esa manera. Mi John nunca se casaría por dinero, ni yo tampoco. Estamos dispuestos a trabajar, y también a esperar. No me da ningún miedo ser pobre, porque, hasta ahora, siempre he sido feliz, y sé que con él lo seré porque me quiere, y…

Meg se calló bruscamente al recordar que todavía no había tomado una decisión, que le había dicho a «su John» que se fuera, y que él podía estar oyendo su incoherente discurso. La tía March se enfadó mucho, porque se había propuesto conseguir una buena boda para aquella sobrina tan guapa, y algo en la felicidad del rostro de la muchacha la llenaba de tristeza y amargura.

—Bueno, ¡yo me lavo las manos con todo este asunto! Eres una chiquilla terca, y con esta estupidez has perdido mucho más de lo que crees. No, no voy a quedarme. Me has decepcionado, y se me han quitado las ganas de ver a tu padre. No esperes nada de mí cuando te cases. Que se ocupen de vosotros los amigos del señor Brooke. He terminado contigo para siempre.

Y, con gran dignidad, la tía March salió dando un sonoro portazo. Meg se quedó mirando hacia la puerta sin saber si llorar o reír, pero, antes de que pudiera decidirse, Brooke ya estaba a su lado, diciendo sin aliento:

—No he podido evitar oírte, Meg. Gracias por defenderme… y a la tía March por demostrarme que algo sí te importo.

—No sabía cuánto hasta que empezó a insultarte —dijo Meg.

—Entonces, no tengo que dejarte en paz…, ¿verdad, querida? ¿Vamos a ser felices?

Era una nueva oportunidad para pronunciar el aplastante discurso que tenía preparado, pero Meg ni siquiera se acordó de él, y renunció para siempre a ganarse la admiración de Jo al sustituirlo con un suave:

—¡Sí, John!

Quince minutos después de la partida de la tía March, Jo bajó sin hacer ruido las escaleras y se detuvo a escuchar en la puerta de la sala. Al no oír nada, asintió satisfecha, diciéndose a sí misma: «Ha cumplido lo que dijo, y el asunto está arreglado. A ver qué me cuenta, nos reiremos un rato».

Pero la pobre Jo se quedó sin sus risas, porque el espectáculo que contempló al abrir la puerta la dejó petrificada en el umbral. El enemigo sobre el que creía haber triunfado estaba pacíficamente sentado en el sofá, y su hermana, acomodada en sus rodillas, lo miraba con arrobamiento. La visión la dejó tan helada, que dejó escapar un gemido. Solo entonces la vieron los dos enamorados.

Meg corrió a su encuentro con una mezcla de orgullo y timidez, pero «aquel hombre», como lo llamaba Jo, fue hacia ella riendo, y le dio un beso mientras decía:

—Hermana Jo, ¡felicítanos!

Aquello era echarle sal a la herida, y Jo, incapaz de soportarlo, huyó corriendo escaleras arriba e irrumpió en la habitación de su padre, donde estaba reunida toda la familia.

—¡Alguien tiene que hacer algo! —exclamó trágicamente—. John Brooke se está comportando muy mal, ¡y a Meg le gusta!

El señor y la señora March salieron a toda prisa, y ella, dejándose caer sobre la cama, les contó la terrible noticia a Beth y a Amy. A las niñas, sin embargo, les pareció un acontecimiento de lo más agradable, y Jo no pudo obtener ningún consuelo de ellas, así que tuvo que refugiarse en su querida buhardilla.

Lo que les dijo Brooke a los padres de su prometida, nadie llegó a saberlo, pero, al parecer, logro dejarlos estupefactos con su elocuencia al defender su causa y describir sus planes. Aún no había terminado de explicar los detalles del paraíso que pensaba construir para Meg, cuando sonó la campanilla para la cena y, tomando del brazo a su prometida, se dirigió radiante hacia el comedor. Amy quedó muy impresionada ante la devoción de John y la dignidad de Meg, Beth resplandecía de alegría, y el señor y la señora March observaban a la joven pareja con tanta satisfacción, que la tía March se habría desmayado al verlos comportarse con «tan poco sentido práctico como dos bebés». Nadie comió mucho, pero todos estaban exultantes, y hasta la habitación parecía más luminosa que antes con aquel primer romance de la familia.

—Ahora ya no puedes decir que nunca nos pasa nada agradable, ¿eh, Meg? —observó Amy.

—No, desde luego que no.

—En muchas familias hay años que, por lo que sea, vienen cargados de acontecimientos, pero este, por lo menos, termina bien —dijo la señora March.

—Pues espero que el próximo termine mejor —gruñó Jo.

—Todavía será mejor dentro de tres años, si se cumplen todos mis planes —dijo el señor Brooke mirando a Meg con una sonrisa.

—¿No es una espera muy larga? —preguntó Amy, que estaba deseando ir a la boda.

—Tengo tanto que aprender antes de estar preparada, que se me va a pasar volando —contestó Meg con una dulce seriedad que era completamente nueva en ella.

—Solo tienes que esperar, yo haré todo el trabajo —dijo John, y decidió comenzar en ese mismo momento recogiendo la servilleta de Meg.

En ese momento se oyó el sonido de la puerta principal.

—Ahí viene Laurie —dijo Jo, aliviada—. Por fin alguien hablará con sensatez.

Pero Jo se equivocaba, porque Laurie entró exultante con un ramo de novia para la «futura señora Brooke», y muy orgulloso por lo bien que había manejado todo el asunto.

—Sabía que Brooke lo conseguiría, porque, cuando se empeña en algo, siempre se sale con la suya —dijo, después de felicitar calurosamente a los novios.

—Muchas gracias. Me lo tomo como un cumplido, y desde este momento quedas invitado a la boda —contestó Brooke, que se sentía en paz con todo el mundo, incluido su travieso alumno.

—No me la perdería por nada del mundo, aunque solo fuese para ver la cara de Jo. No parece contenta, señorita —añadió, siguiendo a su amiga hasta un rincón de la sala mientras los demás salían a recibir al señor Laurence.

—No apruebo esta boda, pero me haré a la idea, y no diré nada contra ella —replicó Jo solemnemente—. Tú no sabes lo que es para mí renunciar a Meg.

—Vamos, anda, no te disgustes. Todo está bien. Meg es feliz, mi abuelo ayudará a Brooke a abrirse camino, y será estupendo ir a verlos a su nueva casa. Nos lo pasaremos muy bien cuando se vayan, porque yo terminaré enseguida la universidad y podremos organizar un viaje al extranjero. ¿No te gustaría?

—Creo que sí, pero nadie sabe lo que puede pasar en tres años —contestó Jo pensativa.

—Eso es verdad. ¿No estaría bien que pudiésemos viajar en el tiempo y echar una ojeada? Yo lo haría.

—Yo no, porque podríamos ver algo triste, y ahora todos parecen tan felices, que no creo que la cosa pueda mejorar mucho.

Mientras hablaba, los ojos de Jo recorrieron la habitación y se fueron iluminando más y más, ya que la escena era verdaderamente alegre. Sus padres, sentados juntos, estaban rememorando los inicios de su propio romance, veinte años atrás. Amy se había puesto a hacer un retrato de los novios, que conversaban ajenos a todo, como habitantes de un mundo

resplandeciente cuyo brillo la joven artista no era capaz de captar en su dibujo. Beth, tumbada en el sofá, charlaba animadamente con el anciano Laurence, que le sujetaba la mano como si se tratase de un pequeño talismán. Jo fue a acomodarse en su sillón favorito, y Laurie, apoyado en el respaldo, les sonreía a todos con su aspecto más amigable, lanzando de vez en cuando un guiño al espejo que los reflejaba a los dos.

Así cae el telón sobre las vidas de Meg, Jo, Beth y Amy. Si vuelve a alzarse o no, dependerá de la acogida que tenga este primer acto del drama doméstico titulado *Mujercitas*.




Apéndice

Mujercitas: cómo surgió el proyecto… y cómo se desarrolló

Cuando el editor Thomas Nile, amigo de la familia Alcott, le propuso a Louise que escribiera un libro para muchachas adolescentes, al principio se negó. Al igual que Jo en la novela, Louisa siempre había conectado mejor con los chicos de su edad que con las chicas, y no le interesaban demasiado los entretenimientos considerados «femeninos». Sin embargo, ante la insistencia de Thomas y de su padre, terminó cediendo. Decidió tomar como ejemplo a las únicas adolescentes que había conocido bien: ella misma de joven y sus tres hermanas. A partir de anécdotas personales, Louisa fue tejiendo en los meses siguientes un relato realista y apegado a la vida cotidiana, que no se parecía en nada a sus novelas anteriores. Ella misma contó que no creía en el proyecto, que sufrió tremendamente para acabar la novela, y que el resultado no le gustó demasiado. Aun así, completó *Mujercitas* en un tiempo récord, ya que la familia pasaba apuros económicos y necesitaba el dinero.

Para escribir más deprisa, Louisa aprendió a escribir también con la mano izquierda. De ese modo, cuando le daban calambres en una mano después de una larga sesión de trabajo, podía cambiar a la otra.

Una vez finalizada la obra, Louisa se la envió a Thomas Nile, que no se mostró excesivamente entusiasmado con ella. Sin embargo, en cuanto se publicó se convirtió en un éxito de ventas, hasta tal punto, que la primera edición de 2000 ejemplares se agotó en pocos días.

La primera novela juvenil «para chicas»

En la segunda mitad del siglo XIX no existía una distinción clara entre literatura juvenil y literatura para adultos, pero algunos autores se habían especializado en escribir historias de aventuras que gustaban mucho a los adolescentes. El problema era que estas novelas estaban siempre protagonizadas por personajes masculinos. Los personajes femeninos no tenían entidad propia, y todo su mundo giraba siempre alrededor del amor.

Thomas Nile comprendió que había un espacio editorial para publicar otro tipo de historias, más orientadas hacia las chicas, y que reflejaran sus intereses y preocupaciones reales. Le pareció que Louisa May Alcott era la persona adecuada para desarrollar el proyecto, y acertó. Aunque se trataba de una novela para público de todas las edades, desde el principio gozó de gran popularidad entre las lectoras adolescentes. Era la primera vez que una novela se centraba en las vivencias de las chicas de esa edad sin adoptar un tono aleccionador y moralista, utilizando el humor y la sinceridad para retratar a unas jóvenes muy alejadas de los estereotipos femeninos de la época. El éxito fue arrollador, y abrió el camino para que muchos otros escritores publicaran obras dirigidas a ese mismo público.

Las claves del éxito

Las novelas más populares de la segunda mitad del siglo XIX eran folletines donde los protagonistas vivían rocambolescas peripecias, ambientadas en lugares exóticos y protagonizadas por héroes ideales y villanos de cartón piedra. La propia Louisa May Alcott disfrutaba escribiendo historias de género gótico, donde lo más importante era diseñar una trama llena de giros sorprendentes. Sin embargo, su enfoque a la hora de crear *Mujercitas* fue completamente distinto, ya que todos los personajes que aparecen en la obra están inspirados en personas del entorno de la escritora, y por eso están llenos de vida. El público y la crítica supieron apreciar desde el primer momento la verosimilitud que destila cada página. Jo, Meg, Amy y Beth no son simples máscaras que realizan una función en el argumento, sino personajes multidimensionales, que van evolucionando capítulo tras capítulo. Las lectoras jóvenes encontraron en ellos un modelo para su propia evolución, un modelo que no podían encontrar en el mundo real, donde las mujeres ocupaban siempre un segundo plano, supeditadas a las decisiones de los varones. Además, les resultaba fácil identificarse con las cuatro hermanas porque no eran fantásticamente ricas, abrumadoramente buenas o increíblemente guapas. Representaban a cuatro adolescentes de clase media con distintos intereses y temperamentos, que convertían los problemas cotidianos en aventuras irrepetibles.

¿Por qué es *Mujercitas* una novela revolucionaria?

A los lectores actuales no nos sorprenden demasiado las actitudes y comportamientos de las protagonistas de la novela, pero, para la época en que se publicó el libro, eran personajes absolutamente rompedores. La naturalidad con la que Jo asume sus gustos «masculinos», por ejemplo, la convierte en un personaje único en la historia de la literatura. Igual de revolucionaria resulta la «feminidad» de Teddy, el principal personaje masculino. Lejos de presentarla como un defecto, la voz narrativa ensalza este rasgo y lo pone en valor. Está claro que Louisa May Alcott era capaz de romper todos los estereotipos de género para crear personajes creíbles, alejados de los modelos de feminidad abnegada y masculinidad agresiva.

Otra decisión revolucionaria a la hora de escribir el libro fue la de rehuir la historia de amor tópica (que habría sido el romance entre Jo y Teddy) para poner el foco del argumento en otros aspectos de la evolución de los personajes. En la segunda parte, Teddy le pide a Jo que se case con él, pero ella lo rechaza. Es su amigo, y valora esa relación tal y como la vive, sin desear convertirla en otra cosa. Con el tiempo, Jo se enamorará de otro personaje masculino muy poco convencional, que se caracteriza por su actitud «maternal» hacia los niños y su forma humanista y desenfadada de entender la educación.

Personajes que van contra las normas

También resultaba chocante e innovador para la época el hecho de que las muchachas trabajasen y valorasen su independencia, la relación de igualdad que establecen con su empleada doméstica, su desprecio de la riqueza y su interés por las causas sociales. Hay que tener en cuenta que, en el siglo XIX, la inmensa mayoría de las mujeres veía el matrimonio como una forma de asegurarse el futuro, y ni siquiera se planteaba otras alternativas.

Otro aspecto en el que los personajes de este libro chocan con las costumbres de la clase media de la época son sus inclinaciones artísticas: Meg tiene talento para el teatro, Jo para la literatura, Amy para la pintura y Beth para la música. En su familia, a pesar de los problemas económicos, siempre se alientan estas aptitudes, y constituyen una parte muy importante de las preocupaciones de cada una de las hermanas. Algunos de los momentos más emocionantes de la obra están ligados a ellas: por ejemplo, cuando el señor Laurence invita a Beth a tocar su gran piano, o cuando Jo publica en un periódico su primera historia.

¿Qué hay de Louisa M. Alcott en Jo March?

El personaje de Jo March tiene mucho de autobiográfico. Al igual que Jo, Louisa May Alcott actuaba en muchos aspectos como un hombre, algo que siempre asumió con naturalidad. El personaje busca la independencia económica a través de la escritura, que es lo mismo que hizo Louisa, y ambas publican su primera obra de manera anónima en un periódico cuando son todavía adolescentes. Las relaciones de Jo con Meg, Amy y Beth reflejan así mismo las relaciones de Louisa con sus hermanas Anna (la mayor, que se casó muy joven), May (con quien tenía más diferencias, y que fue el modelo de Amy) y Lisbeth (que sirvió de modelo para el personaje de Beth, y que murió cuando solo tenía veintitrés años).

Uno de los personajes más interesantes del libro, la madre (*Marmee* en el original) está modelado también a partir de Abigail Alcott, la madre de Louisa, una mujer de gustos refinados totalmente volcada en los demás, y que, en sus propias palabras, «está furiosa todos los días de su vida», aunque nadie lo note. En la novela no se dice abiertamente, pero todo indica que los motivos de *Marmee* para estar enfadada son los mismos que tenía Abigail: se trata de una actitud de rebelión frente a la situación de inferioridad de las mujeres en la sociedad de la época, algo que queda muy claro en los diarios que escribió Abigail a lo largo de su vida.

Hay un aspecto, sin embargo, en el que las vidas de Jo y de Louisa M. no coinciden. En la segunda parte de *Mujercitas* (*Aquellas mujercitas*), Jo termina enamorándose y casándose. En cambio, Louisa no se casó nunca, y defendió su independencia toda su vida. Pese a esta diferencia con su personaje, la escritora se acostumbró a que los lectores la llamasen Jo, y nunca los corregía cuando lo hacían.

Aquellas mujercitas y otras secuelas

La última frase de *Mujercitas* deja claro que su autora ya se estaba planteando la posibilidad de escribir una segunda parte cuando la publicó, pero parece que no tenía decidido el argumento. Fue el éxito fulminante de la obra el que decidió a Louisa a escribir inmediatamente después la secuela, que sitúa a los personajes cuatro años después de la acción de la novela original y muestra cómo ha evolucionado cada uno. A partir de 1880, en Estados Unidos se publicaron casi siempre las dos partes juntas, mientras que en Europa

siguieron publicándose por separado. En Reino Unido, la segunda parte se editó bajo el título Good Wives (*Buenas esposas*), y en España se tituló *Aquellas mujercitas*.

El tercer título de la saga, *Hombrecitos*, se publicó en 1871 y narra las aventuras de los hijos de Meg (sobrinos de Jo) y de los alumnos del colegio de Plumfield, que Jo funda con su marido. El último título de la serie, de 1886, se publicó bajo el título *Los muchachos de Jo*, y muestra a los personajes de *Hombrecitos* cuando ya están en la universidad.

La influencia de Mujercitas

Desde el momento en que se publicó, *Mujercitas* nunca ha perdido el favor de la crítica y del público. Continuamente se suceden las reimpresiones y las reediciones, a menudo adaptadas para facilitar la lectura al público juvenil. Algunas escritoras actuales, como Margaret Atwood o J. K. Rowling, han puesto de manifiesto su admiración hacia la novela y la influencia que tuvo en ellas el personaje de Jo.

La obra se ha adaptado al cine en siete ocasiones. La primera es una película muda del 1917, y la última, un aclamado largometraje dirigido por Greta Gerwig en 2019, en el que se ofrece una lectura feminista de la obra. También hay que destacar la versión dirigida por George Cuckor en 1933, con la gran Katharine Hepburn en el papel de Jo, y la de 1949, dirigida por Mervin Leroy y protagonizada por June Allyson y Elizabeth Taylor. Existen además varias versiones televisivas, entre las que destacan una serie de anime japonesa de los años ochenta del pasado siglo, y otra de Bollywood de 2018, en la que la acción se traslada a la India en la época actual.

Notas

[1] Se refiere a la guerra de Secesión, que se desarrolló entre 1861 y 1865 y enfrentó a los estados esclavistas y secesionistas del sur de EE. UU. (confederados) con los estados unionistas del norte. La guerra terminó con la rendición del bando confederado y la abolición de la esclavitud, después de dejar unos 750000 muertos. El padre de las protagonistas lucha en el bando unionista. <<

[2] Como segunda en edad de las hermanas, Jo recibe el tratamiento de señorita March o *miss* March, mientras su hermana mayor, Meg, es conocida como señorita Margaret o *miss* Margaret (es decir, por el nombre de pila y no por el apellido). <<

[3] *Arsénico:* sustancia extremadamente tóxica, que en el siglo XIX, se utilizaba para tratar distintas enfermedades. <<

[4] Se refiere al dramaturgo inglés del siglo XVI, su obra se considera la cumbre de la literatura inglesa. <<

[5] Desde los estados unionistas, se llamaba «rebeldes» a los combatientes del bando confederado en la guerra de Secesión, ya que pertenecían a los estados del sur que se habían rebelado contra el gobierno federal. <<

[6] Este juego está inspirado en una novela religiosa de John Bunyan publicada en el siglo XVII, que describe de manera simbólica el camino recorrido por un cristiano hasta alcanzar la salvación eterna. El título completo era: El progreso del peregrino desde este mundo al venidero, mostrado como un sueño. En la historia, el protagonista, Cristiano, parte de la Ciudad de la Destrucción, atraviesa el Pantano del Desaliento y el Collado de las Dificultades, donde se enfrenta a dos leones, lucha con el diablo Apolión y, después de recorrer otros muchos lugares, llega al Castillo de las Dudas y finalmente a la Ciudad Celestial, que simboliza la salvación. **<<**

[7] Se refiere a Josephine March, tía de Robert March, el padre de las cuatro hermanas, una viuda rica que desaprueba la pobreza y las costumbres caritativas de la familia de su sobrino. Jo trabaja para ella haciéndole compañía y leyéndole libros en voz alta. <<

[8] Los libros que se encuentran las cuatro protagonistas bajo la almohada son ejemplares de *El progreso del peregrino* de John Bunyan (ver nota 6 del capítulo anterior). <<

[9] La madre de las protagonistas se llama Margaret March, aunque en la familia suelen utilizar para nombrarla el apelativo cariñoso de «Marmee», intraducible al español, ya que es una mezcla de su nombre de pila (Margaret) y *Mommy*, diminutivo de «mamá» que suena muy parecido. <<

[10] Significa «¡Ay, Dios mío!» en alemán, ya que estos personajes son inmigrantes procedentes de Alemania. <<

[11] *Críquet*: juego de bate y pelota que enfrenta a dos equipos de once jugadores sobre un campo de hierba ovalado. Se inventó en Inglaterra y es muy popular en los países anglosajones. <<

[12] Novela publicada en 1854 y escrita por la novelista inglesa Charlotte Mary Yonge, autora de más de cien libros y creadora de una revista para jóvenes. <<

[13] *Popelín*: tela fina, ligera y con algo de brillo, generalmente de algodón o seda, que forma finas rayas horizontales. <<

[14] *Bigudí:* cilindro de papel u otro material, usado para enroscar el pelo alrededor y conseguir que se rice. <<

[15] Ciudad suiza del cantón de Vaud, en la orilla superior del lago Leman. <<

[16] Sí, señorita. <<

[17] En la época, solo las familias ricas disponían de un carruaje propio. Los March no lo tienen, y por eso las hermanas discuten sobre la posibilidad de ir a alquilar uno. <<

[18] *Árnica:* planta de la familia de las asteráceas que se utiliza como antiinflamatorio para tratar golpes y contusiones. <<

[19] *Manguito:* cilindro de piel, lana u otro tejido grueso que se emplea para resguardar las manos y mantenerlas calientes durante el invierno. <<

[20] Se refiere a William Belsham, escritor e historiador inglés que vivió entre 1752 y 1827. Publicó numerosos ensayos sobre política. <<

[21] Es una alusión al pintor italiano Rafael Sanzio, uno de los grandes genios del arte del Renacimiento. <<

[22] Novela del escritor irlandés Oliver Goldsmith (1728-1774) publicada en 1766. Fue muy popular en los siglos XVIII y XIX. <<

[23] *Cornalina:* mineral de color marrón utilizado como piedra semipreciosa. Es una variedad de la calcedonia. **<<**

[24] Novela de la escritora Harriet Beecher Stowe publicada en 1852. Su tema central es la inmoralidad de la esclavitud. <<

[25] Novela histórica del escritor romántico escocés Walter Scott. Se publicó en 1820, y narra las aventuras de Ivanhoe, un caballero de origen sajón en la época del rey Ricardo Corazón de León (siglo XII). <<

[26] *Heliotropo:* planta herbácea de la familia de las boragináceas que se cultiva en los jardines por sus preciosas flores de color moradas, que giran siguiendo la luz del sol. <<

[27] El diablo en el libro *El progreso del peregrino*, que las protagonistas recibieron como regalo el día de Navidad. <<

[28] *Mirto:* arbusto de hoja perenne que da unas pequeñas flores blancas muy aromáticas. <<

[29] Se refiere al nombre que las hermanas le han puesto a una de las gallinas de su corral. <<

[30] Plantas de jardín que se caracterizan por sus flores delicadas de diversos colores y aromas. <<

[31] *Ipomeas:* planta trepadora que da flores azules con forma acampanada. <<

[32] Charles Dickens (1812-1870) fue un novelista británico, uno de los grandes maestros de la literatura universal. **<<**

[33] Referencia a *Los papeles póstumos del Club Pickwick*, primera novela de Dickens, que cuenta los viajes de Samuel Pickwick, un anciano caballero fundador de un club al que pertenecen también sus amigos Nathaniel Winkle, Augustus Snodgrass y Tracy Tupman, todos ellos personajes extravagantes que viven pintorescas aventuras. <<

[34] Es el nombre del criado de Samuel Pickwick y uno de los personajes más destacados de la novela de Dickens. <<

[35] *Calientacamas:* utensilio que se utilizaba antiguamente para calentar las camas antes de usarlas. Estaba formado por un recipiente de cobre o latón con orificios y un mango. Dentro del recipiente se colocaban piedras o ladrillos calientes, o bien brasas de la cocina. <<

[36] Nombre de la gran mansión en el campo de la tía March. <<

[37] *Muselina*: tela de algodón fina, vaporosa y semitransparente, muy utilizada en el siglo XIX para confeccionar vestidos. <<

[38] *Gachas:* plato sencillo que se elabora cociendo avena en leche. En los países anglosajones suele consumirse para desayunar. **<<**

[39] *Almíbar:* jarabe casero que se elabora calentando agua con azúcar a fuego lento, y se utiliza para endulzar postres. <<

[40] *Cróquet:* juego que consiste en golpear unas bolas con un mazo y hacerlas pasar, en un recorrido marcado por una estaca central, por unos arcos clavados en el suelo. <<

[41] Friedrich Schiller (1759-1805) fue un poeta y dramaturgo del clasicismo alemán. Entre sus obras más recordadas figura el *Himno a la Alegría*, incluido por Beethoven en su 9.ª Sinfonía. *María Estuardo* es una de sus obras de teatro más conocidas, y narra los últimos días de vida de la reina María I de Escocia. <<

[42] Otra referencia a uno de los lugares que aparecen en la novela *El progreso del peregrino*. Lo mismo ocurre con la Ciudad Celestial, que se cita más abajo. <<

[43] *Milla:* unidad de longitud muy utilizada en el mundo anglosajón. Una milla equivale a 1,6 km. <<

[44] *Alcanfor:* sustancia que se obtiene del alcanforero y es usada en medicina por sus variadas propiedades y beneficios. <<

[45] *Escarlatina:* enfermedad infecciosa provocada por una bacteria llamada *Streptococcus pyogenes*. Se contagia por vía aérea y suele afectar más a los niños que a los adultos. Los síntomas son fiebre, inflamación en las vías respiratorias y erupciones en la piel. Se presenta generalmente en forma leve, pero en algunas ocasiones puede complicarse. <<

[46] *Belladona:* planta muy venenosa utilizada con fines terapeúticos. **<<**

[47] *Anteojos:* gafas. <<

